

La Nina de Luzmela

Concha Espina

The Project Gutenberg eBook of La Nina de Luzmela, by Concha Espina

This eBook is for the use of anyone anywhere at no cost and with almost no restrictions whatsoever. You may copy it, give it away or re-use it under the terms of the Project Gutenberg License included with this eBook or online at www.gutenberg.net

Title: La Nina de Luzmela

Author: Concha Espina

Release Date: March 22, 2004 [EBook #11657]

Language: Spanish

Character set encoding: ASCII

*** START OF THIS PROJECT GUTENBERG EBOOK LA NINA DE LUZMELA ***

Produced by Stan Goodman, Virginia Paque and the Online Distributed Proofreading Team.

LA NINA DE LUZMELA

CONCHA ESPINA

LA NINA DE LUZMELA

1922

PRIMERA PARTE

I

Habiase convertido don Manuel en un sonador quejoso. Hacia tiempo que parecian extinguidas en el aquellas rafagas de alegria loca que, de

Livros Grátis

<http://www.livrosgratis.com.br>

Milhares de livros grátis para download.

tarde en tarde, solian sacudirle, agitando toda la casa.

En tales ocasiones, parecia don Manuel un delirante. Todo su cuerpo se conmovia con el huracan de aquel extrano gozo que le hacia cantar, correr, tocar el piano y reirse a carcajadas. Mirabanle entonces, compadecidos, los criados, y la vieja Rita, haciendose cruces en un rincon, desgranaba su rosario a toda prisa, murmurando:

--Son _los malos_..., _los malos_...; siempre estuvo el mi pobre poseido....

Carmencita seguia los pasos acelerados de su padrino, palida y silenciosa, prestando un dulce asentimiento a aquella alegria dispartada y sonriendo con mucha tristeza.

En algunas de estas extranas crisis don Manuel tomaba entre sus manos ardientes la cabeza gentil de la nina y, mirando en extasis sus ojos garzos y profundos, le habia dicho con fervor:

--Llamame padre..., ?oyes?... llamame padre.

La nina, tremula, decia que si.

Y pasado el frenesi de aquellas horas, cuando el caballero, deprimido y amustiado, se hundia en su sillón patriarcal a la vera de la ventana, llamaba a Carmencita, y acariciandole lentamente los cabellos, le decia "a escucho":

--Llamame padrino, como siempre, ?sabes?

Tambien la nina respondia que si.

* * * * *

Aquel día don Manuel sentia en el pecho un dolor agudo y persistente, un zumbido penoso en la cabeza.... ?Iria a morirse ya?

El hidalgo de Luzmela aseguraba que no tenia miedo a la muerte, que habiendo meditado en ella durante muchas horas sombrías de sus jornadas, no habia salido de sus funebres cavilaciones con horror, sino con la mansa resignacion que deben inspirar las tragedias inevitables.

Sin embargo, don Manuel estaba muy triste en aquella tarde oscura de septiembre.

Miraba a Carmen jugar en el amplio salon, con aquel apacible sosiego que era encanto peregrino de la criatura. Todos sus movimientos, todos sus ademanes, eran tan serenos, tan suaves y reposados, que placia en extremo contemplarla y figurarse que aquellas innatas maneras senoriles respondian a un alto destino, tal vez a un elevado origen.

Podia fantasearse mucho sobre este particular, porque Carmencita era un misterio.

En uno de sus viajes frecuentes y desconocidos, trajo don Manuel aquella nina de la mano. Tenia entonces tres años y venia vestida de luto.

El caballero se la entrego a su antigua sirvienta, Rita, convertida ya en ama de llaves y administradora de Luzmela, y le dijo:

--Es una huérfana que yo he adoptado, y quiero que se la trate como si fuera mi hija.

La buena Rita miro a don Manuel con asombro, y viendo tan cerrado su semblante y tan resuelta su actitud, tomo a la pequeña en sus brazos con

blandura, y comenzo a cuidarla con sumision y esmero.

La nina no se mostro ingrata a esta solicitud, y desde el dia de su llegada se hizo un puesto de amor en el palacio de Luzmela.

--?Como te llamas?--le habia preguntado Rita con mucha curiosidad.

Y ella balbucio con su vocecilla de plata:

--Carmen....

--?Y tu mama?...

--Mama....

--?Y tu papa?...

--Padrino....

--?De donde vienes?

--De alli--y senalo con un dedito torneado, del lado del jardin.

--iClaro, como las flores!--dijo Rita encantada de la docilidad graciosa de la nina.

Rita deletreaba las facciones de la pequena con avidez, como quien busca la solucion de un enigma.

Mirandola detenidamente, movia la cabeza.

--En nada, en nada se parece.... El senor es moreno y flaco, tiene narizona y le hacen cuenca los ojos; esta chiquilla es blanca como los nacares, tiene placenteros los ojos castanos y lozano el personal...; en nada se le parece.

Y la buena mujer se quedo sumida en sus perplejidades y enamorada de la nina.

Con una facilidad asombrosa acomodose Carmencita a la vida sedante y fria de Luzmela. Su naturaleza robusta y bien equilibrada no sufrio alteracion ninguna en aquel ambiente de letal quietud que se respiraba en el palacio; ella lo observaba todo con sus garzos ojos profundos, y se identificaba suavemente con aquella paz y aquellas tristezas de la vieja casa senorial.

El encanto de su persona puso en el palacio una nota de belleza y de dulzura, sin agitar el manso oleaje de aquella existencia tranquila y silenciosa, en medio de la cual Carmencita se sentia amada, con esa aguda intuicion que nunca engana a los ninos.

Parecia ella nacida para andar, con su pasito sosegado y firme, por aquellos vastos salones, para jugar apaciblemente detras del recio balconaje apoyado en el escudo y para abismarse en el jardin penumbroso, entre arbustos centenarios y divinas flores palidas de sombra.

Jamas la voz argentina de la pequena se rompia en un llanto descompuesto o en un acedo grito; jamas sus magnificos ojos de gacela se empanecian con iracundas nubes, ni su cuerpo gallardo se estremecia con el espasmo de una mala rabieta. Su caracter sumiso y reposado y la nobleza de sus inclinaciones tenian embelesados a cuantos la trataban, y la buena Rita, convertida en guardiana de la criatura, no podia mencionarla sin decir con intima devocion:

--Es una santa, una santa.... Solo una vez se recordaba que Carmencita hubiese alzado en el silencio de la casa su voz armoniosa deshecha en sollozos.

Fue un dia en que dona Rebeca, la unica hermana de don Manuel, residente en un pueblo proximo, llego a Luzmela de visita.

Atravesaba la nina por el corral con su bella actitud tranquila cuando la dama se apeo de un coche en la portalada.

Era dona Rebeca menuda y nerviosa, de voz estridente y semblante anguloso; fuese hacia Carmencita a pasitos cortos y saltarines, la tomo por ambas manos, y de tal manera la miro, y con tales demasias le apreto en las muñecas finas y redondas, que la pobrecilla rompio en amargo llanto, toda llena de miedo.

Se revolvió la servidumbre asombrada, y el mismo don Manuel corrió inquieto hacia la nina, a quien dona Rebeca cubria ya de besos chillones y babosos, diciendo a guisa de explicacion:

--Como no me conoce, se asusta un poco.

Carmencita tendio ansiosa los brazos a su padrino, y poco despues se refugiaba en los de Rita hasta que dona Rebeca se hubo despedido.

II

El caballero de Luzmela miraba a la chiquilla, aquella tarde, con una extrana expresion de vaguedad, como si al traves de ella viese otras imagenes lejanas y tentadoras.

Acaso delante de aquellas pupilas extasiadas e inmóviles, la ilusion rehacia una historia de amor toda hechizo y misterio; tal vez, por el contrario, era una tragedia dolorosa. ¿Quien sabe?... ¡Don Manuel habia rodado tanto por el mundo, y habia sido tan galan y aventurero!

De pronto se le apago al sonador su vision misteriosa encendida en el muro blanco del salon, sobre la cabeza rizada de la nina.

Exhalo un suspiro amargo, y bajo los ojos para mirar sus manos exangueas, extendidas sobre las rodillas. Era cierto que estaba muy enfermo; ¿iria a morirse ya?...

Carmencita, en este momento mecía a su muñeca regaladamente, sentada en un taburete en el hueco profundo de una ventana.

Llamaron a la puerta del salon, y al mismo tiempo anunciaron:

--El señorito Salvador.

--Que pase--dijo don Manuel, y la nina, levantandose, corrió a recibir la visita con sonrisa placida.

Entro un joven mediano. Era mediano en todo lo aparente: en belleza, en elegancia, en estatura; mediano era tambien en ingenio; solo en lealtad y en nobleza era grande aquel mozo.

Tendria acaso veinticinco años, y encontramos muy natural que el caballero de Luzmela le dijese:

--iHola, medico!

No podia ser otra cosa sino medico este hombre que se presentaba de visita calzando espuelas y botas de montar y llevando en la mano unos guantes viejos.

Don Manuel se habia enderezado en el sillón de nogal y la nina enlazaba su bracito al del mozo recién llegado.

--No sabes lo oportunamente que llegas, hijo--exclamo el enfermo.

--Que, ¿se siente usted peor, acaso?

--Me siento mal siempre, muy mal; la hipocondria me consume, y tengo la preocupacion constante de que voy a vivir ya contados dias.

--Precisamente esa es la unica enfermedad de usted: la monomania de la muerte. Es una de las formas mas penosas de la psicosis.

--Si, si, sacame a colacion nombres modernos para despistarme. Lo que yo tengo es algun eje roto aqui--y senalo su corazon--, y creo que aqui tambien--anadio tocando su cabeza, prematuramente blanca.

Salvador se echo a reir con una impetuosa carcajada jovial, que rodo por la sala con escandalo. La nina, muy seria y cuidadosa, escuchaba atentamente.

Observandola don Manuel, le dijo:

--Vete, querida mia, a jugar abajo, ¿quieres?

Ella, un poco premiosa para obedecer, objeto:

--¿Pero de verdad tienes rota una cosa en el pecho y otra en la frente?

--No, preciosa, no te apures; son bromas que yo le digo a tu hermano.

Salvador la atrajo a sus rodillas y la acaricio tiernamente.

--Son bromas del padrino, Carmen; anda, corre a jugar.

Se fue con su paso majestuoso y su aire noble de madona.

Desde el umbral de la puerta se volvio a sonreirles, segura de que ellos estaban mirandola, en espera de aquella gracia suya.

Reino en el salon un breve silencio, y, con otro suspiro doliente, murmuro don Manuel:

--Por ella, por ella lo siento, sobre todo.

--Por Dios, deseche usted esa idea....

Pero el, obediente a su pensamiento, concluyo:

--Y por ti tambien, Salvador.

El mozo trago la saliva con alguna dificultad, y balbucio unas, entrecortadas frases de consuelo; estaba emocionado y torpe.

Le miro el enfermo con carino, y tomandole las manos cordialmente, le dijo:

--Vamos, hay que ser hombres de veras; yo he andado, hijo mio, temerosos caminos sin temblar, y es preciso que no me acobarde en el

anhelo de este ultimo que voy a emprender. Tu debes ayudarme, y en ti confio; te necesito, Salvador; ¿estas pronto, hijo, a valerme?

--¿Yo, señor?... Yo siempre estoy pronto a lo que usted mande. ¿Acaso mi vida no le pertenece a usted?

--¡Oh, muchacho, que cosas dices! Tu vida le pertenece a la humanidad, a la ciencia; le pertenece a la juventud, a la dicha.... Tu vienes ahora, Salvador, yo me voy; me voy temprano.... ¡he vivido tan de prisa! He amado mucho, he sufrido mucho, y tambien he gozado, que no es esta hora de mentir, ni siquiera de disimular.... Y mira, no creas que yo he sido tan malo como dicen.... Anduve por el mundo locamente y peque y cai veces innumerables; pero otras veces, ¡tambien muchas!, levante a los caidos en mis brazos, prodigue a los tristes mi corazon y mi fortuna..., fui piadoso y noble....

Callaba Salvador entristecido y confuso. Don Manuel miraba vagamente una nubecilla blanca que se deshacia en jirones leves, sobre el fondo gris de un cielo hurano.

Volviose hacia el joven, y le dijo de pronto:--¿Sabes que ayer estuvo aqui el notario de Villazon?

El muchacho interrogo perplejo:

--¿Estuvo?

--Si; yo le habia mandado decir que deseaba verle. Hablamos un largo rato y convinimos en que manana volveria para recibir mis ultimas disposiciones.

Salvador se agito en su silla protestando:

--Pero, Dios mio, acabara usted por matarse con esa ansiedad.

--Al contrario; estos preparativos me tranquilizan; hallare reposo y bienestar en arreglar todas mis cuentas, y para que, despues de realizar estos propositos, tenga descanso mi corazon, es preciso que tu me hagas una solemne promesa.

--Por hecha la puede usted contar.

--Tu quieres mucho a Carmen, ¿no es cierto?

--Cierto es que la quiero mucho.

Se enderezo el de Luzmela conmovido y le blanqueo intensamente la faz cetrina.

--Oye bien, Salvador...: voy a dejar sola en el mundo a Carmen, y Carmen es mi hija; tiene apenas trece anos la inocente, y quedara en la vida sin sombra y sin nombre....

Se apago tremulante la voz del solariego; Salvador, inmutado por la gravedad de aquella revelacion que tal vez esperaba, se atrevio a decir, despues de meditar:

--Si usted la reconoce....

Otra vez se alzo, como en sollozo contenido, la voz temblorosa.

--Pero estoy fatalmente condenado a no poder hacerlo.... Esta unica flor de mi existencia es el fruto de mi mayor pecado...: no hablemos de el, que es irremediable; hablemos de ella, de la pobre flor sin sombra.

--?No estoy aqui yo? ?De nada podre servirle cuando tanto la quiero?

--Si; si que la serviras de mucho: esa es mi esperanza....

--Pues ordene usted, señor.

--Si tu fueras tambien mi hijo, yo te la confiaria descansadamente.

Estaba Salvador anhelante, mirando al enfermo, que continuo con su voz grave y triste:

--Pero no lo eres, no; yo te lo juro.... Por ahi se ha dicho que si...; ise dicen tantas cosas! Yo he oido el rumor de esta calumnia rondando en torno mio, y la he dejado crecer a intento, porque si esta mentira ponía una mancha mas en mi reputacion, ponía en cambio un poco de prestigio en tu juventud abandonada. Si eras hijo del señor de Luzmela tenias porvenir, y tenias un puesto en la vida...; pero no lo eres, no....

Estaba Salvador tremulo; tenía el semblante demudado y una expresion desolada en los ojos. Veía quebrarse en pedazos su mas cara ilusion. Era bueno; pero era hombre y habia sentido siempre atenuada la ignominia de su madre, creyendo culpable de ella al noble señor del valle, don Manuel de la Torre y Roldan. He aqui que don Manuel era inocente de la deshonra que le hizo nacer, y que Salvador, herido en su orgullo, veía el nombre de su madre hundirse en la infamia, como si hasta aquel momento hubiera estado solamente empanado de un leve rubor.

--Entonces, mi padre... murmuro temblando.

--Piensa solo en tu madre--respondio el caballero; los padres de ocasion somos siempre unos cobardes..., unos viles; ¡ellas, las madres si que son valientes en casi todas las ocasiones! La tuya lo fue; por verla yo, tan desgraciada y tan sufrida, cargar contigo denodadamente, dile apoyo y la cobre afecto. No me recate para ampararla, ni ella tuvo reparo en apoyarse en mi, honradamente. Cuando la pobre se alzaba sobre su dolor, confortada por mi amistad y purificada por tu inocencia, vino la muerte y se la llevo.... ¡Que no te sonroje su recuerdo; guardale con respeto y con amor!

Salvador interrogo otra vez con amargura.

--Pero, ?y mi padre..., mi padre?

--?Que te importa de el? ?Le debes gratitud por el ser que fortuitamente te dio, en la inconsciencia de su brutalidad?... ?Acaso podemos considerarnos padres siempre que afrentamos a una mujer?

--Quisiera, sin embargo, saber su nombre.

Don Manuel guardo silencio.

--Saber--anadio el mozo--su clase social.

El de Luzmela vio como se agitaba en este anhelo la vanidad del joven; vacilo un momento, y luego dijo con firmeza:

--Ya sabes que esta no es hora de mentir. Salvador: tu padre era un campesino de origen humilde lo mismo que tu madre.

--Y, ?vive?

--Emigro, y ya no se supo mas de el.

--?Era soltero?

--Lo era.

--?Y jamas consintio...?

--?En reparar su delito?... ¡Nunca!... ?No te digo que nada le debes? Eres hombre, y hombre cabal. Deja que esa humillacion pase por debajo de tu orgullo, y no le fundes en hechos de que no eres responsable.

Pero estaba profundamente abatido Salvador. En vano trataba de luchar contra la pesadumbre de aquella sorpresa que casi destruia su personalidad de un solo golpe inesperado.

Compadecido don Manuel, ablando su voz para decirle efusivamente:

--Todavia estoy aqui yo, hijo. En la negra hora de su agonia le jure a tu madre ampararte, y he tratado de cumplir mi juramento. Te eduque y te hice un hombre; docil ha sido tu condicion para que yo haya podido formar de ti un mozo tan noble y amable como para hijo le hubiera deseado. Si por creerte mio has tenido teson y firmeza para llegar a lo que eres... ?tan ajeno a mi te juzgas ya, que asi te amilanas y vacilas?... Aunque no te di el ser, ?no soy algo mas padre tuyo que aquel que te le dio?... ¡Y si te acobardas ahora que yo te necesito!...

No acabo don Manuel este sentido discurso sin que el joven hubiera levantado la cabeza, brillantes los ojos zarcos y sinceros, toda iluminada de una grata expresion su simpatica fisonomia.

Se quiso arrodillar con un movimiento espontaneo y devoto para suplicar.

--Perdon, senor, perdon.... He dejado arruinar todo mi valor indignamente, pero ha sido un momento; ya paso; estoy tranquilo, estoy contento si le puedo servir a usted de algo, yo, pobre de mi, que tanto le debo....

--Callate.... ¡Si me lo vas a pagar todo! Bien sabe Dios que no tuve nunca intencion de cobrartelo; pero ahora--anadio implorante--es preciso, hijo mio, que me devuelvas en Carmen todo el bien que te hice.

--Cuanto yo pueda y valga se lo ofrezco a usted dichoso.

--Pues oye.

Se recogio un momento a meditar, y dijo luego:

--?Que juicio has formado tu de mi hermana?

--?Juicio?... Ninguno; ¡la he tratado tan poco!

--Pero, ?que impresion te causa?

--Me parece buena senora.

--?Y que has oido de ella por ahi, como voz general?

--Dicen que es un poco rara; algo histerica.

--Si, tiene que serlo; era epileptica nuestra madre, y nuestro padre el hidalgo de Luzmela ¡bebia tanto ron!... Pero, en fin, ?la creen buena?

--Buena si.

--Te extranaran estas preguntas; pero yo te voy a decir una cosa: apenas conozco a mi hermana. Aqui, jugamos un poco de pequenos, ¡ya no me acuerdo de aquellos anos! En seguida me llevaron al colegio, desde alli

a la Universidad; cuando acabe la carrera ella estaba ya casada en Rucanto. Estuve aquí con mi padre corto tiempo, y partí a visitar la Europa, ansioso de ver mundo y correr aventuras. Ya te he contado cuanto mi padre me prefería y con cuánta liberalidad satisfacía todos mis caprichos. Derroche el dinero y la salud hasta que él me llamó para darme el último abrazo, y entonces me encontré mejorado en su testamento todo cuanto la ley permitía. El marido de mi hermana era un calavera, y mi padre les mermo la herencia todo lo posible. Sin embargo, yo era tan calavera como él; pero era su ídolo, y en mí no veía más que la hidalguía exterior, conservada hasta en los tiempos más tormentosos de mi vida. Siempre mi cuñado me miró con animosidad, tal vez por mi superior linaje, tal vez por las muchas preferencias que en vida y en muerte me prodigó mi padre. Estas diferencias me separaron mucho de mi hermana. Vino entonces mi casamiento, tan lleno de esperanzas para mí. Me creí reconciliado con el amor del terreno y con la paz de mi valle; restaure esta casa, sonando vivir siempre en ella en idílicos goces; evoque la visión de unos hijos robustos y de una patriarcal vejez...: ¡isueno fue todo! Desperté de él con la esposa muerta entre los brazos. Era la más rica heredera de Villazon, y, tan abundante en bondad como en dineros, quiso dejarme en prenda de su cariño toda la fortuna que tenía. Doblemente rico, perdida la ilusión de la dulce vida quieta y santa que acaricie apenas, de nuevo me lancé a los placeres locos del mundo, lejos de mi solar. Peregriné mucho; derrame el corazón y la vida a manos llenas; pero no fui tan insensato que llegara a empobrecerme. Algunas veces volvía yo a Luzmela con una vaga esperanza de poder quedarme por aquí, bien avenido con esta melancólica vida de memorias y ensueños; pero nunca lograba que de mi corazón volterio se aduenase la paz. En uno de estos viajes vine muy cambiado; me blanqueaba el cabello y traía en los brazos una niña. Me estuve entonces aquí un año entero; un año que fue para mi alma ocasión de intensas revelaciones; la niña, tan pequeña, tan impotente, iba poseyendo todo mi albedrío. En rendirla yo mi voluntad sentía un extraño goce lleno de encantos nuevos. Su inocencia me cautivaba en dulcísima cadena, y yo, que la salvé a esta niña del abandono, más por deber de conciencia que por amor de padre, me sometí a su hechizo con una dejación de mí mismo absoluta y feliz. Ya, desde entonces, solo salí de Luzmela por precisión y muy pocas veces. Mi vida tenía un objeto, y yo sentía santificarse mis sentimientos y levantarse mi corazón al suave contacto de aquella pequeña existencia pendiente de mí. Continuaba viendo a mi hermana contadas veces: mi cuñado me mostraba cada día mayor hostilidad; y yo, indiferente y orgulloso, no ponía jamás los pies en Rucanto. Pero no me era grato saber que mi hermana pasaba apuros y estrecheces, casi totalmente arruinada por su marido, y a menudo le mandaba reservadamente algunas cantidades como regalo para mis sobrinos, a quienes apenas conozco....

Calló don Manuel y se quedó abstraído breve rato.

Luego dijo:

--Y hemos llegado, querido Salvador, al caso que me preocupa y desvela. ¿Merecerá mi hermana que yo le confíe mi hija?... Tu, ¿qué crees?...

--Yo creo--respondió el joven--que no es muy fácil acertar con la respuesta, ya que ni usted ni yo la conocemos bien.

--Por eso vacilo....

--¿Y ha pensado usted en qué condiciones le confiaría la tutela de Carmen?

--Sí; lo he pensado: le dejaría a mi hermana la mitad de mi fortuna con la condición de que fuese una buena madre para la niña.

Salvador escuchaba con asombro a don Manuel.

--Pero eso--dijo--seria caso de una comprobacion delicada y dificil.

--Tengo previstas todas las dificultades: de todo ello hablaremos.... Yo quisiera dejarle a mi hija un constante testimonio de mi ternura, sin perturbar su alma con la tragica historia de su nacimiento. Puesto que a la cara del mundo no le puedo decir que soy su padre, ¿a que inquietar su inocencia con el descubrimiento de una perfida accion que cometi?... Quiero que mi memoria le acompañe dulce y serena, como la vida que ha disfrutado junto a mi. Quiero ser su providencia y su amparo mas alla de la muerte, sin que mi nombre caiga de su corazon, ennegrecido por la sombra de mis culpas.... Para ella quiero ser siempre bueno... ¡siempre!

Quedose el de Luzmela ensimismado; ardía en sus ojos la luz de la esperanza con radiante expresion.

Y mientras Salvador le contemplaba con recogida actitud, continuo don Manuel:

--Al enviudar mi hermana hace poco, se ha apresurado a mostrarseme afectuosa, lo que me prueba que antes no tenia libertad para hacerlo. Parece que la nina le es muy simpatica. Si ella ademas le lleva el bienestar y la holgura, ¿no ha de quererla bien?

--Yo creo que si.

--¿Verdad que si?

--Es verdad....

--Pero supongamos que me equivoco; que cometo un gran desatino, y que ella no trate bastante bien a la nina. En ese caso dejare a Carmen el derecho de reclamarle mi herencia, y todavia te quedas tu con otra parte igual a la de mi hermana.

--¿Yo, dice usted?

--Tu, que eres mi segundo heredero, a quien lego la mitad de mis caudales.

--Pero... ¿usted ha pensado?...

--Yo he pensado mucho, hijo mio; tu, si no quieres contrariar mi postrer deseo, seras un buen administrador de mi media fortuna; gastaras las rentas, como tuyas que seran, y el capital lo conservaras para cuando Carmen lo necesite. Figurate que por amor se casa pobre...; tu la dotas; o que se casa contigo...; la dotas tambien; o que se muere...; la heredas, quedandote tranquilamente con mi legado, que legalmente sera tuyo.

--¿Y si muriese yo?

--Se lo dejas a ella. Y si nada necesita, tuya sera entonces, sin condiciones, la herencia.

--Por Dios, señor, yo creo que jamas un testamento se ha hecho asi, de tan extrana manera....

--No se habra hecho; pero se va a hacer ahora; mejor dicho, ya se esta haciendo.

--¿Ya?...

--Si; le estamos haciendo tu y yo; un testamento moral entre dos hombres honrados.... Testo yo, y tu asientes; recibes mi legado y juras cumplir mi voluntad.... ¿Te figuras que estas condiciones que te impongo iban a

constar en papeles? No, hijo, no; se confirmaría entonces la opinión general de que estoy un poco "tocado"...; ya sabes que se dice por ahí....

--Sin embargo, señor, medite usted bien que es demasiado absoluta la confianza con que usted me honra. Puedo extraviarme; puedo pervertirme..., volverme loco; hagalo usted en otra forma, limitandome la acción; ajustandome el camino...; nombreme usted, si quiere, tutor de Carmen.

--Te nombro su hermano, su protector, acaso su esposo, dentro de mi corazón; ante la ley te nombro mi heredero sin condición alguna.

Salvador se paseaba por la sala agitado; mortificaba su barba rubia con una mano implacable, y sus espuelas levantaban en la estancia silenciosa un belicoso acento metálico.

Moria la tarde en la cerrazón sombría del cielo, y don Manuel tendía hacia el joven una mirada ansiosa.

Viéndole tan dudoso y alterado, dijole, al fin, con tono de dolido reproche:

--¡Si no quieres, Salvador, yo no te obligo!...

El se volvió hacia el enfermo; estaba pálido y tenía la voz angustiada.

--¿No querer yo servirle a usted? Es que me aterra el temor de no saber hacerlo; de no poder, de no ser digno de esta ciega confianza con que usted me abruma.

--Si no es más que eso....

Y don Manuel, alzándose del sillón, estrechó al muchacho en un abrazo ardiente, y teniéndole así, preso y acariciado, dijo con solemnidad:

--Doy por recibido tu juramento, y le pongo este sello de nuestro cariño.

Quiso Salvador confirmar: yo juro; pero el de Luzmela le tapó la boca con su descarnada mano.

--Esta jurado, hijo mío; ven y sientate otra vez a mi lado; no me sostienen las piernas.

Se sentaron.

Comenzó don Manuel a hablar animadamente con la voz impregnada de emoción y de dulzura.

Salvador le atendía en silencio, sin dejar de mesarse la barba febrilmente; y en esto se oyeron en el pasillo unas palabras recias y unos pasos sonoros.

--Son el cura y el maestro--dijo don Manuel contrariado.

--Entonces me voy, con su permiso; aun no hice hoy la visita en Luzmela, y esta cayendo la noche. ¿Cuándo quiere usted que vuelva?

Ya habían anunciado a don Juan y a don Pedro, cuando don Manuel respondió:

--Ven mañana temprano; te espero en mi despacho a las nueve, y te quedarás a comer.

Los dos hombres se estrecharon las manos fervorosamente, y Salvador hizo un breve saludo a los recién llegados.

Salio. En la meseta amplia de la monumental escalera encontro a Carmencita: estaba apoyada en la maciza reja del ventanal, y miraba al cielo o al campo ensimismada.

Al sentir las espuelas de Salvador en la escalera, se volvió hacia él sonriendo, y observándole muy atenta, preguntó:

--¿Le mandaste al padrino alguna medicina?

Bajaba el mozo embargado de emociones. La dulce voz de la niña le hizo estremecer. Contemplóla con un respeto y una sumisión que no le había inspirado jamás, y apremiado por su mirada interrogadora, replicó:

--Esta muy bien el padrino, querida.

Ella le tendió la frente esperando un beso, y el pobre muchacho se inclinó y le besó la mano con noble acatamiento.

Quedose algo asombrada Carmencita de la actitud turbada del que llamaba su hermano; apoyandose en la reja oía como se alejaba el caballo de Salvador y pensaba:

--¡Es que está malo, de verdad, el padrino!

III

Habían colocado una lámpara sobre la mesa, y don Juan y don Pedro se pusieron a mirar al de Luzmela. Parecía más hundido en el sillón que otras veces y como si los ojos se le hubiesen agrandado.

Sirvieron en seguida el chocolate humeante y espumoso, y mientras don Manuel lo tomaba a sorbos, con esfuerzo, el cura y el maestro lo saboreaban con deleite, mojando en los delicados pocillos hasta el último bizcocho y la última rebanada de pan rustrido.

Se había iniciado una trivial conversación, rota a cada bocado de pan o de bizcocho, hasta que retiradas las bandejas de encima del tapete, el criado presentó otra grande, de plata, con la correspondencia.

Miró don Manuel los sobres de sus dos o tres cartas, y las apartó indiferente; el maestro abrió un periódico y comenzó la habitual lectura.

Había el caballero cerrado los ojos; tenía las manos cruzadas sobre las rodillas.

Don Juan, a veces, hacía un punto en su tarea y por encima del papel miraba con inquietud al enfermo.

También don Pedro le observaba con atención, y miraba después a don Juan.

Y cuando ya los dos se estaban alarmando, por aquella quietud momificada de su huésped, este dio un respingo en la silla y dijo, con la voz entera y sonora.

--Perdone un momento, don Juan; me van ustedes a permitir unas preguntas, y aunque les parezcan extrañas han de responderme sin hacer

comentarios, ¿no?

Don Manuel había estado en América dos años, y esta interrogación expresiva ¿no?, importada de aquel mundo joven, la usaba todavía en ciertos momentos.

Se miraron con sorpresa sus dos contortulios, y ambos dijeron que "sí" varias veces, en contestación a aquel "no" interrogante.

--Vamos a ver--indago el solariego, que parecía un resucitado--: a ustedes ¿que les parece de mi hermana?

Hubo un silencio explicable, y a la par respondieron los dos señores:

--Nos parece bien; ya lo creo, muy bien....

--¿Creen ustedes que es buena?

--Ya lo creo; muy buena, sí señor.

--¿Y no dicen por ahí que es rara?

--Un poco rara; pero, poca cosa....

Hubo otra pausa, y asevero don Manuel:

--¿De modo que a ustedes les merece excelente opinión?

--¡Excelente!

El de Luzmela volvió a recostarse en el sillón, cerró de nuevo los ojos y cruzó otra vez las manos murmurando:

--Siga, siga la lectura, don Juan, y dispensen.

Don Juan leyó otro ratito; él y don Pedro se miraban mucho aquella noche, y, más temprano que de costumbre, se despidieron.

Encontraron en el corredor a Rita, que subía con Carmen de la mano, y le dijeron:

--El amo está peor, ¿eh?

--¿Peor?

--Mucho peor: tengan cuidado.

Aunque hablaban con misterio, la niña se enteró, y preguntó con ansia.

--¿Mi padrino?

Ellos ya bajaban la escalera y no respondieron nada.

Rita aceleró el paso llena de inquietud.

Carmen tenía los ojos muy abiertos en la semioscuridad del pasillo, y toda su alma se asomaba por ellos como escudriñando las tinieblas del porvenir.

Llegando a la sala, la mujer y la niña fueron derechas al sillón, y mientras Carmen se inclinaba devota a besar las manos del enfermo decía Rita acongojada:

--¿Se siente mal?

Sin responder a esto, el de Luzmela pregunto a su vez, mirando a la vieja:

--Oye, ¿a ti que te parece de mi hermana: es buena?

Atonita la mujer, creyo que deliraba su amo, y el quiso disipar aquel asombro explicando:

--No estoy "de la cabeza", Rita, no te apures, y responde.

Dijo Rita:

--Buena es su hermana, ¡que ocurrencia!

--Podia no serlo....

--Yo poco la tengo tratada; casose apenas yo vine..., ¿no se acuerda?

--Pero, ¿que has oido por ahi?

--Que es algo rara, algo "maniosa"; pero buena si.

Don Manuel soliloquio:

--¡Todos dicen que es buena!

--Sabe, que el genial se le habra corrompido algo con las desazones; pero el fondo sera querencioso y noble como el de todos los amos de Luzmela....

Tenia el enfermo una placentera expresion cuando volvio la cara hacia Carmen, que atenta escuchaba a su lado.

--Y a ti, hija mia, ¿que te parece? ¿quieres a mi hermana?

La nina clavo en el su mirada limpida, y tambien pregunto:

--¿La quieres tu?

--Yo si.

--Pues yo tambien, si....

--¿Te gustaria vivir con ella?

Carmen dijo prontamente:

--Quiero vivir contigo--y le echo los brazos al cuello con ternura.

El la enlazo en los suyos lleno de emocion, murmurando con la voz quebrada:

--Pero si yo tuviera que marchar....

La nina, sollozante, respondio al punto:

--No, no, por Dios; llevame entonces contigo.

Rita hacia pucheros y se llevaba a los ojos la punta del delantal, y don Manuel, incapaz de prolongar aquella escena sin descubrir el profundo dolor que le poseia, trato de calmar a la nina con tranquilizadoras palabras.

Cuando Carmen, un poco enganada, alzo la cabeza y miro al hidalgo, le vio demudado y con el rostro humedecido. Angustiada todavia, le

pregunto:

--?Lloras?...; ?sabes tu llorar?

El trato de sonreír diciendo:

--iSi son lagrimas tuyas!

Y la despido con un beso muy grande....

En la alta noche, cuando el monumental lecho de roble cruja sacudido por el convulso llanto del enfermo, murmuraba el triste:

--iQue si se llorar!... iHija mia, hija mia!...

IV

Despues de aquellos primeros ocho dias, la vida en Luzmela recobro su aspecto acostumbrado.

Carmencita dio sus lecciones con don Juan y bordo su tapiceria en un extremo del salon bajo la mirada solícita del solariego, que parecia un poco aliviado de sus achaques.

Salvador hizo al enfermo la cotidiana visita, larga y carinosa, y el maestro y el cura fueron todas las noches, como de costumbre, a hacerle un rato la tertulia a don Manuel.

La numerosa servidumbre del palacio, engolfada en el trasiego de las cosechas, llego casi a olvidar la angustia de aquella manana en que el notario de Villazon entro solemnemente al despacho del amo, y llegando poco despues muy descolorido el señorito Salvador, fueron avisados don Pedro y don Juan, con barruntos de testamento.

Una ansiedad dolorosa habia conmovido a los servidores de la casa, todos obligados, por innumerables favores, a guardar a su señor una fidelidad sagrada, y todos capaces de cumplir esta noble obligacion. ?Acertaria el de Luzmela en los pronosticos que hacia de su muerte? ?Iria a caer ya, marchito para siempre, aquel unico tronco de la ilustre casa de la Torre y Roldan?...

Durante algunos dias estos temores pusieron en la vida, siempre melancolica, de aquella mansion, un sello de tristeza y de inquietud profundas. Todas las voces se hicieron quedas y suspirantes alrededor del amo, que, sumido como nunca en sus cavilaciones y anoranzas, cayo en un abatimiento alarmante.

Pero habiase esponjado de nuevo el cuerpo lacio y consumido de don Manuel; se erguia en el sillón con mas arrogancia y tenia el semblante mas placentero y despejado.

Se fue tranquilizando la buena gente de la casa y volvieron en ella las labores a su centro natural.

Solo en los ojos hechiceros de Carmencita quedo encendida la penosa expresion de la duda, y a menudo posaba esta llama inquieta en el enigma de los dias futuros como una interrogacion inconsciente.

V

Don Manuel suena, como la tarde en que le conocimos.

Tambien ahora tiene los ojos abiertos sobre la cabeza gentil de Carmen; pero la nina no juega ni borda en el salon; esta en el jardin, hundiendo distraidamente la contera de su sombrilla en las hojas secas amontonadas por los senderos.

El abrego ha saltado brioso al amanecer, y ha despojado a los arboles de sus ultimas galas, ya mustias.

Tiene el cielo una intensidad de azul rara en Cantabria; a traves de una atmosfera de limpidez exquisita, todo el valle y los montes se abarcan de una sola mirada desde el balcon adonde asoma el de Luzmela su paciente silla de enfermo.

Algunas veces, sus ojos cargados con las imagenes de sus pensamientos se alzan un momento al cielo, al monte o sobre el valle, para caer siempre en extasis de adoracion encima de la nina....

Sonaba....

Veia aquella mujer bella y pura que tenia los ojos y los cabellos lo mismo que Carmencita; tenia tambien su misma sonrisa serena y su misma voz de plata. La veia caer acechada, perseguida por el, atropellada por su loca pasion, y asistia a todo el horror de su vergueenza, a todas las horas atormentadas de su vida, hasta que esta se extinguió en agonía tragica.

Con haber amado el tanto a aquella mujer, ¿fue ella el grande amor de su vida?... No: su amor inmenso y puro, supraterrano, inmortal, era la criatura recogida por compasion, como despojo palpitante de la tremenda aventura cuya memoria dolia siempre en el corazon del hidalgo. ¿Como pagaria su conciencia aquella deuda enorme? ¿Acaso el no fue el unico culpable? ¿No lo fue siempre, en todas las ocasiones en que una mujer encendio su deseo?...

Con tales remordimientos estaba el de Luzmela perturbado, y por esquivar tan intima turbacion, o porque fuese aquella para el una hora de evocaciones aventureras, cayo de pronto en su memoria otra pagina galante de sus anos mozos.

Esta no habia quedado mojada de lagrimas: risuena y gozosa, fue otra de sus grandes locuras. Y se iba aplaciendo el semblante angustiado del caballero al recordar aquella su expedicion a las Americas, dueno y señor de una criolla que le adoraba.

Ella le habia pedido, con calidas frases de terneza, un viaje a su pais, de donde seguramente la trajo otra aventura amorosa. ¿No valian sus caprichos la pena de "botar la plata"?... Fue el viaje una pura gorja en que a cada momento tuvo la bella indiana descubiertas por tentadora sonrisa las perlas nitescentes de su boca. Era una delicia vivir y gozar tanto, ¿"no"?...

Ya se habia aclarado toda la cara macilenta del enfermo con esta placentera memoria cuando Carmen grito sobresaltada desde el jardin:

--iPadrino, la _netigua_; espantala!

Y un ave de blando volar, de unas corvas y corvo pico, se sostuvo, retadora, un instante en el vano del balcon, agitando sus plumas remeras y graznando con lugubre tono.

Desde las luenes playas de la America virgen volvio el de Luzmela los ojos al pajarraco agorero, y le ahuyento de un manotazo en el aire con enojo violento; en seguida busco la mirada de la nina y encontro en ella una singular expresion dolorosa, como solo recordaba haberla visto igual en los ojos de otra criatura: de aquella triste pecadora que murio del dolor de haber pecado.... ?De donde habia sacado Carmen aquel secreto penar que se le declaraba en los ojos? Solo sabia don Manuel que desde hacia algun tiempo el rostro de la nina estaba ensombrecido por alguna extrana tristeza que a menudo ponía en su mirada una revelacion; y aquel destello misterioso llenaba de pesadumbre el alma del caballero.

Hizo un esfuerzo por levantarse, y apoyado en el barandaje de hierro, le dijo:

--?Pero te da miedo de la _netigua_?... No te asustes...; se fue ya. Sube.... ?no quieres subir?...

Ella alzo el azahar de su mano senalando al cielo, y por toda respuesta murmuro:

--Todavía... padrino.

El ave fatidica se cernia obstinada sobre el jardin.

Carmen corrio a la casa y subio al salon.

Ya don Manuel habia vuelto a sentarse y la esperaba.

La nina fue derecha a sus brazos con una inexplicable emocion, y su voz llorante interrogaba:

--?No te iras, padrino? ?Nunca te iras? ?No me dejaras nunca con dona Rebeca?

El, absorto, clamo:

--?No la quieres?

--No, no; ique miedo, que miedo tan grande!

--?Pero de quien, hija mia?

Paro un coche en la portalada, y Carmen sin soltarse del cuello del hidalgo, gimio:

--Otra vez la _netigua_....

Volvio el ave a aletear a la par del alero, graznando agresiva, cuando abriendo la puerta del salon anunciaron:

--Dona Rebeca.

Carmen imploro.

--Viene a buscarme; ino me dejes, por Dios, no me dejes!

El de Luzmela habia doblado la cabeza sobre el hombro de la nina, y sus brazos se iban aflojando en torno al cuerpo gracil de la criatura.

Cuando dona Rebeca entro en la sala y se acerco al grupo, viendo la cara mortal del enfermo, increpo a la nina.

--?Le estas ahogando?

Ella apartose prontamente, diciendo:

--?Yo?

Y al soltarse de aquel brazo ardiente vio con horror como el cuerpo de don Manuel se desplomaba sobre el respaldo de la silla.

Miraba el moribundo a Carmen con una angustia infinita. Habia adivinado tardiamente sus terrores y sus penas. La muerte llegaba implacable, sin darle acaso tiempo para reparar su fatal error, fruto de tantas meditaciones, y que ya antes de consumarse causaba a Carmen una desolacion tan profunda....

Todo lleno de espanto, el corazon de Carmencita se le subio a los labios para gritar con afanosa ternura:

--iPadre!...

Y de nuevo trato de abrazarle la infeliz.

Dona Rebeca la separo del caballero con aspereza, diciendole:

--iQue padre ni que _ocho cuartos_!

El de Luzmela abrio entonces los ojos inmensamente, con tal expresion desesperada y colerica, que la senora echo a correr, mientras la nina, vacilante, caia de rodillas, suplicando:

--iDios mio, Dios mio!

A los gritos de dona Rebeca acudio alarmadisima la servidumbre, y entre ayes y lamentaciones fue el moribundo transportado a su lecho.

En el mas ligero caballo de la casa partio a escape un hombre a buscar al medico, y otro volo a buscar al cura.

Dona Rebeca husmeo en la capilla, procurandose auxilios piadosos para aquel trance, y volvio al cuarto de su hermano, donde, muy diligente, encendio la vela de la agonía.

Antes habia dicho a Carmencita que trataba de acercarse a don Manuel:

--Aqui sobran los chiquillos; vete alla fuera.

La pobre criatura, desorientada y llena de temor, volvio a la sala, y de nuevo se hincó delante del sillón vacío.

Entretanto el de Luzmela pugnaba en vano por hablar. Su vida parecia haberse reconcentrado en los desorbitados ojos, que miraban con incensatez, hasta que, tras un nistagmo penoso los cerro para siempre.

Habia caido la tarde en una serenidad dulcisima; algun caliente suspiro del abrego removía en el jardín las hojas secas, llevando hasta la ilustre casa de la Torre y Roldán, clara y distinta la voz solemne del _Salía_, eterno arrullador de la vega.

Carmencita, absorta en su desconsuelo, se levanto de pronto estremecida por un resoplido siniestro, y, toda temblorosa, grito una vez mas:

-iLa _netigua_!...

De las habitaciones de don Manuel salian ya los chillidos agudos de dona Rebeca, y el ave agorera tendia sobre el azul cobalto de la noche su vuelo silencioso....

El hidalgo de Luzmela habia muerto.

SEGUNDA PARTE

I

Cuatro anos han pasado muy callandito sobre la vida de Carmen. Solo ella sabe que aquel monton de horas esta todo mojado de lagrimas, que no ha reido en su vida ninguna de aquellas cuatro primaveras con el alborozo de las ilusiones, ni ha cantado en su pecho ninguno de aquellos estios la enardecida estrofa de la juventud.

El singular testamento de don Manuel de la Torre fue un jiron de locura mansa que, desgarrado del noble corazon del solariego, quedo flotando sobre la cabeza inocente de su hija, como nube de un drama silencioso.

Habia quedado Carmencita llena de terror en las manos de dona Rebeca, y dona Rebeca tendia con ansia sus garras de _netigua_ hacia la herencia codiciada, sin poder apresar los caudales, por tener las unas llenas de la carne inocente de la nina, flor de pecado y de dolor.

Al consumir don Manuel aciagamente sus propositos de ultima voluntad, exacerbó todas las malas pasiones de su familia y sembró de torturas la senda de Carmen allí donde quiso dejar para ella rosas de piedad y lozanos capullos de ternura.

Todos los deseos del de Luzmela quedaron atados en su testamento, dentro de la rigidez del derecho legal, con solida habilidad y prevision, y dona Rebeca hubo de someterse con aparente comedimiento a las disposiciones de su hermano y fingir que cobijaba a Carmen en regazo maternal.

Con el tecnicismo severo de las clausulas testamentarias, la senora de Rucanto quedaba sometida al cargo de administradora de la media fortuna del caballero hasta la hora acordada por aquel, y solo a titulo de amparadora de la nina. Por el bienestar de esta velarian las leyes, "sin empecer la accion y facultades conferidas a un rancio solariego de los contornos, nombrado tutor de la pequena y asistido del derecho de retrotraer para la misma el legado de don Manuel en caso de que dona Rebeca no cumpliera las condiciones impuestas por el testador...."

Cuando llego a Rucanto la nina de Luzmela, la recibieron los sobrinos de don Manuel con indiferencia sublime, mirandola de hito en hito...; ifue aquella la primera vez que bajo los ojos turbada delante de su nueva familia!...

Desde aquella hora fatal, Carmen puede asomarse a las paginas de estos cuatro anos transcurridos, mirando su vida doliente al traves de una cortina de llanto, y puesto sobre los labios un dedito precioso en senal elocuente de silencio, como un angel timido y resignado, herido a traicion en las alas gloriosas....

II

Tenia cuatro hijos dona Rebeca. El mayor, Fernando, marino mercante, navegaba en mares lejanos; era un guapo mozo, de caracter aventurero y

de gallardísima figura; su madre sentía pasión por él, una pasión material, fundada únicamente en la belleza del muchacho. El segundo, rudo y torpe, hacía vida montaraz y solo paraba en Rucanto el tiempo preciso para comer y dormir; algunas veces, para pedir dinero y, con escasa frecuencia, para mudarse de ropa. Tenía el cuerpo recio, los ojos turnios, áspera la voz y fiero el ademán. Era mocero y borracho; se llamaba Andrés.

Le seguía en edad la joven Narcisca, una muchacha de veinticinco años, ojizarca y endeble, melindrosa y no mal parecida. Ella era, en ausencia de Fernando, el mimo de la casa, el centro adonde convergían todas las atenciones y de donde partían todos los designios. Doña Rebeca, con hacer honor a su nombre, había sido toda sumisión y desvelo para malcriar a su hija.

Quedaba aun otro muchacho, Julio, de veinte años, también enclenque, de cara macilenta y desapacible expresión; hurano y triste, andaba siempre solo por los rincones de la casa o de la huerta, en misteriosos soliloquios que a veces tomaban la forma de quejidos lamentables....

Había comprendido Carmen cuál era su destino y creía que siguiéndole cumplía la voluntad de su protector. Su inteligencia clara y su corazón noble se sobrepusieron a la debilidad de los trece años; dominando con valor admirable el terror que le inspiraba doña Rebeca, la acompañó docil a Rucanto, y allí se echó sobre los hombros su nueva vida, con un firme empeño de levantarla y llevarla gallardamente hasta el final del camino.

Cuatro años llevaba en la áspera ruta, y se había hecho una mujer a fuerza de sufrir y de llorar.

La vida de familia en Rucanto era espantosa. Carmen miraba siempre con el mismo miedo y el mismo asombro a doña Rebeca y a sus hijos.

A veces creía que se odiaban, a veces que se querían; siempre le parecieron un enigma viviente y trágico, una sima de pasiones pavorosas, a cuyo borde andaba la infeliz todo temerosa y estremecida, con un paso incierto de sonámbula, con una mirada pávida y llorosa, llena de lejana tristeza.

En sus meditaciones de niña temblaban los pensamientos chocando unos con otros, doloridos, ante el cuadro siniestro de aquel hogar. A menudo, una compasión inmensa flotaba benigna en el espíritu generoso de Carmen, preguntando: ¿acaso estos pobres no han heredado la maldad y locura?... ¿Son ellos responsables de ser locos o de ser malos?...

Y la realidad de las cosas respondía tirana que era un tormento durísimo vivir con aquella familia de enajenados, verdugos de la ajena y la propia felicidad.

Parecía imposible aprender aquellos genios ni llevar una hora seguida la corriente de aquellas voluntades, porque a cada minuto se tropezaba en el escollo de una mudanza o en el abismo de un arrebato. Todo era ciego y duro en la inconsecuencia monstruosa de semejante familia, y para el alma delicada y dulce de Carmen iba siendo una tortura inmensa aquel vivir tormentoso, sembrado de imprecaciones y gritos, desesperaciones y codicias.

Cuando la niña llegó a Rucanto, la instalaron regaladamente en el gabinete de Narcisca; entraba con ella en casa la abundancia, y tras la primera mirada inquisitorial y hostil, los sobrinos de don Manuel tuvieron para la intrusa una displicencia tolerante, única tregua de paz que se le concedió en aquella mansión belicosa.

Pasada fugazmente la primera impresión de sorpresa y bienestar, cada uno

dio en la casa rienda suelta a sus instintos, sin un asomo de compasion ni de ternura para la desgraciada forastera.

III

Antes que tal gente mostrase una acerba hostilidad a la muchacha, dona Rebeca la llamo algunas veces "sobrina" con un tono adulon un poco ironico; y todavia, despues que la sitio con todo el enardecimiento de un plan completo de campana, cuando en alguna encrucijada estrategica la queria congraciar, dabale aquel grato nombre de familia y pretendia halagarla con su vocecilla de falsete endulzada en la punta de la lengua.

El primer dia que dona Rebeca, como general en jefe, acometio a la nina, armada de toda la perfidia del mundo, fue y le dijo:

--Mi hermano no era tu padre...; que se te quite eso de la cabeza...; mi hermano no era nada tuyo...; no tienes sangre infanzona...; eres "hija de padres desconocidos"....

Ella humillo la frente enrojecida, sin responder.

Esta pasividad excito mas la agresiva intencion de la senora, que, persiguiendola con los ojos y con la actitud, continuo:

--Mi hermano estaba loco, loco de atar...: heredo de los abuelos esta dolencia.

Le acudio a Carmen un logico pensamiento, y delatandole en voz alta, pregunto:

--?No eran tambien abuelos de usted?

Dona Rebeca, furibunda, le puso los punos junto a la cara, gritandole:

--Tu eres la santa..., ?eh?...; la santa, ?y me insultas llamandome loca?

La infeliz, rompiendo a llorar, gimio:

--?Yo?...

--Si, tu, la santita, el agua mansa, que parece que nunca has roto un plato....

Y se dio a hacer gestos por la casa adelante, con las manos en la cabeza y la voz retumbante rodando por los pasillos.

Nueva espectadora de aquellas comedias ridiculas, Carmen se creyo realmente culpable y llego a suponer que habia sido grave indiscrecion preguntarle a dona Rebeca si era nieta de sus abuelos.

Otro dia, rinendo la hija y la madre, engalladas y descompuestas, estaban ya a punto de "agarrarse", cuando Carmen, entrando en la estancia, se interpuso entre las dos con impulso bondadoso.

Aprovecho Narcisa aquel momento para darle con sana un empellon, y la nina fue a caer de rodillas cerca de una mesa, sobre la cual una lampara vacilo, quebrandose.

--Es una loca--dijo Narcisa, avenida de pronto con su madre en tranquila

conversacion.

--Si, una loca; hija de su padre habia de ser--repitio la senora.

Carmen, sin hacer caso de la lampara, del golpe, ni de la injusticia de aquellas palabras, pregunto:

--?De que padre?

--De mi hermano; del simple de mi hermano, que estaba "poseido"....

La nina habia oido unicamente _de mi hermano_, y, de rodillas como estaba, junto las manos con transporte, sonando.

--Si; es cierto..., es cierto....

El furor de Narcisa volvio entonces a desbordarse ante la devota actitud de la muchacha, y de nuevo chillio a su madre con desatinadas veces.

--?No ves como se eleva? ?No ves como se cree igual a nosotras? ?Por que le dices que es hija de tu hermano?... Tu si que estas "poseida"; tu si que eres simple....

Huyo dona Rebeca con su paso menudo y cauteloso, y la hija la siguio a grito herido llenandola de injurias.

Carmen, sola en la habitacion, sintio que la duda quedaba todavia viva en su pecho; volvio los ojos a todos lados como para interrogar al misterio de su vida, y vio otros ojos turbados y malignos que se recreaban en su angustia.

Era Julio, que acechaba el dolor ajeno para manjar de su alma perversa. Estaba a veces adormilado en los bancos del pasillo o en el sofa de la sala, y cuando oia que, bajo los chillidos agudos de Narcisa o bajo las sinrazones de su madre, temblaba como un pajarillo la fresca voz de Carmencita, corria hacia ellas, recatandose detras de las puertas o a la sombra de las paredes para no perder ni un detalle de la escena dolorosa. Si le era posible ver las caras desde sus escondites, entonces una expresion tenebrosa se asomaba a sus ojos malecos.

No se acordaba Carmen de haber hablado con aquel muchacho una buena palabra en los anos que llevaba en la casona.

La voz aceda del mozo solo se alzaba iracunda contra su madre, contra su hermana o contra los criados. Se pasaba muchos dias encerrado en su dormitorio. Dona Rebeca decia que estaba enfermo. Debia de ser verdad, porque a menudo salian del aposento ayes y gemidos.

Lloraba entonces la madre; Narcisa se enfurecia, y si en tales ocasiones de tragedia llegaba Andres a Rucanto, rodaban los muebles, estallaban los cacharros en anicos, y las puertas se batian en tableteos formidables.

Los criados, siempre nuevos y de lejanos valles, pedian la cuenta con premura, y Carmen, llena de espanto, se escondia en el ultimo pliegue de la casa a temblar como una hoja.

Pasaba la tempestad, dona Rebeca guisaba, su hija ponía la mesa con mucha solemnidad, y todos comian amigablemente, con apetito y abundancia.

Era seguro entonces que Andres tenia dinero en el bolsillo y que Narcisa habia conseguido un traje nuevo o un viaje a la ciudad.

Julio, que no se aplacaba con dones, aparecia tranquilo a fuerza de

cansancio; y la fatiga de haber rugido furiosamente desplegada su frente hurana y le hacia aparecer menos repulsivo.

Solo Carmen en aquellas ocasiones, harto frecuentes, fingia comer y luchaba con el temblor de sus manos y con la inseguridad de su voz.

Y asi, mientras que la madre y los dos hijos mayores hablaban amistados y serenos, Julio descansaba desfallecido, ella oia, siempre horrorizada, el eco de las blasfemias y de los insultos, de los golpes y las amenazas que se habian alzado entre la madre y los hijos, apenas hacia una hora, y tantas veces y en tantos anos....

Era una casa temerosa la de Rucanto.

La fundo un quinto abuelo de dona Rebeca, que murio en un manicomio y que dejo lastimosa descendencia de locos y suicidas.

Desde entonces siempre se habian oido en ella gritos frecuentes, carreras y estruendos; siempre habian gemido las puertas, estremecidas por violentos impulsos, en el fondo oscuro de los corredores.

Una rafaga de locura hereditaria y perversa parecia conmover a los habitantes de la casona, y los vecinos de la comarca miraban siempre con supersticioso respeto aquella vivienda blasonada.

Se contaba que dona Rebeca habia sido muy desgraciada en su matrimonio.

Caso con un plebeyo, buen mozo y pobre, unico pretendiente que le deparo la fortuna. Era mujeriego y derrochador, y suponias que la dote de dona Rebeca le habia enamorado mas que la dama.

Aunque al publico trascendia la desavenencia de los esposos, nada cierto se supo de sus querellas intimas, sino que ambos se colmaban de improperios y andaban a medias en el mutuo lanzamiento de trastos a la cabeza.

Sin embargo, la opinion general culpaba al marido, vividor poco edificante; y dona Rebeca, que solia dar limosna y llorar en la iglesia, y que vivia encerrada en su casa, pasaba por ser "una infeliz" un poco estafalaria y algo tocada del mal de la locura.

Andres tenia mala fama; le temian los novios y los maridos, y era mirado con prevencion en el valle.

A Fernando se le conocia muy poco; decian de el que era bravo marino y que poseia rasgos de nobleza y bondad como el senor de Luzmela.

Julio parecia siempre un nino colerico y misantropo que habia sentado plaza de enfermo incurable, y Narcisa pasaba por discreta y, altiva, mediante la solemnidad de su empaque y el orgullo con que se amigaba--sin intimidad y con reservas--solo con dos o tres senoritas de las ilustres familias comarcanas....

Habian pasado anos de terrible escasez en la casona. Cuando llego la herencia de don Manuel a remediar la precaria situacion de la familia fue ya urgente levantar hipotecas y pagar trampas apremiantes. Como dona Rebeca era solo usufructuaria del legado, hubo precision de arreglarse con las rentas para hacer frente a la vida y remediar en la posible los pasados descalabros de la fortuna.

Dificilmente podian ir cubriendo las apariencias de reconstruir su posicion ruinosa; estaba por medio Carmencita como un obstaculo insuperable. Sin ella, hubiesen tomado del capital heredado lo imprescindible para remendar la hacienda rota y darse importancia de gentes poderosas.

Dona Rebeca y su hija andaban atarantadas con esta pesadilla, y una animadversion latente las separaba mas cada dia de la dulce nina de Luzmela....

Ya hacia muchos meses que la sobrina de don Manuel habia quitado el luto, y todavia Carmencita andaba vestida de negro, con resoba dos trajes. Ella no decia nada; pero algunas veces sentia una vaga pesadumbre al encerrar su cuerpo gallardo en aquellos habitos austeros y tristes.

Un dia, sofocada con la lana negra de su corpino, tuvo la tentacion de ponerse uno de sus vestidos blancos de Luzmela. La falda estaba sumamente corta; el cuerpo muy estrecho. Ingeniosa y lista, descosio dobladillos y lorzas hasta que la tela rozo completamente el borde de los zapatos. Luego, unas maniobras semejantes hicieron al corpino extender sus delanteros sobre el seno turgido de la nina. La manga, menos docil, dejaba ver el antebrazo alabastrino. Se miro al espejo, y asombrada de si misma, se ruborizo.

Entonces, con el amargo recelo de provocar el enojo de sus huespedes, iba a desnudarse, cuando Narcisa se presento en el aposento.

Mirando a Carmen, dio un grito, como si algo terrible le aconteciera, y llamo a voces a su madre.

La muchacha, sobrecogida, se replego a un extremo del gabinete, y dona Rebeca, que acudio a saltitos menudos, se llevo las manos a la cabeza y empezo a lamentarse con agudas exclamaciones, engarzadas en su sarta habitual de refranes y agravios.

--_iCria cuervos y te sacaran los ojos!..._ Esta ingrata se quiere quitar el luto de mi pobre hermano. _A muertos y a idos_.... iHermano de mi alma, que por ella se ha condenado; que esta en los profundos infiernos por culpa de esta mal nacida!...

Narcisa, impasible y majestuosa, presidia la escena como un juez severo, asistiendo con gestos de indignacion a los desatinados discursos de su madre, mientras Julio, que habia acudido sanudo y acechante al umbral de la puerta, fulguraba sobre la tremula nina su mirada monstruosa, y oyendo buhar y maldecir a las dos mujeres, toda su mezquina figura se estremecia de satanico gozo....

Palida y convulsa resplandecia tan bella la muchacha, que Narcisa hubiera querido aniquilarla con sus ojos acerados, cargados de ira.

Cuando la dejaron sola con su terror, se quito con manos temblonas el alegre vestido blanco, y otra vez se abrumo bajo la tela sombria de su luto. Estaba descontenta de si misma; tal vez dona Rebeca tenia un poco de razon; acaso habia algo de ingratitud de su parte en aquella involuntaria fatiga que le causaba la ropa negra, vieja y pesada. Mortificabase con la duda de si el antojo del vestido blanco habria ofendido la memoria de aquel hombre a quien en el fondo de su corazon llamaba padre, y le dolian, con violento dolor, las crueles palabras que acababa de oir sobre la condenacion de don Manuel. Toda su alma estaba sublevada de indignaciones porque la culpasen a ella de aquella condenacion posible.

Tanto oia anatematizar a todas horas la injusticia del testamento de su protector, que llego a tener sospechas de semejante injusticia; porque si ella no era, por fin, hija del noble solariego, ?que era en aquella familia, y que motivos habia para que la piedad del testador la asistiese por encima de los naturales derechos de la hermana?

Pero, y Salvador, ?no parecia tambien un extrano, un intruso que habia

venido a poseer libre y completamente parte de la fortuna del amigo?

Habia un gran misterio en la ultima voluntad de don Manuel, y Carmencita martirizaba en vano su inteligencia con aquellas profundas meditaciones.

Cuando en su presencia se insultaba acerbamente al difunto caballero, rompía a llorar descorazonada al sentirse impotente para defenderle de aquellas furias, y un lejano temor de que por haberla amado a ella purgase alguna injusticia el alma de aquel hombre la llenaba de sobresalto.

Siempre, en tales ocasiones, las dos terribles mujeres se burlaban de su angustia, y la escena terminaba con el mote convenido.

--La santa... es la santa.... ipobrecita!...

Ella, entonces, erguia su corazon acobardado para decirle a Dios en intima plegaria:

--¡Y bien, Señor, yo quiero ser santa; es preciso que lo sea...; hazme santa, Dios mio..., hazme santa de veras!

IV

Entretanto, Salvador Fernandez, medico municipal de Villazon, habia trasladado su residencia desde la villa al pueblo gracioso y pequeno de Luzmela.

En plena posesion del cuantioso legado del amigo, Salvador no habia pensado ni un momento en cambiar de vida ni alterar en nada sus costumbres humildes.

En el palacio de Luzmela como en la posada de Villazon, el medico era siempre un hombre bondadoso y amable, de caracter timido y vida sencilla.

Habia destinado para su uso las habitaciones de don Manuel, y en la casa se desenvolvian las horas serenas y blandas, mudas y lentas, igual que en los dias postreros del hidalgo.

Diriase que el espiritu benigno del solariego, con la amargura de sus memorias, con la bondad de sus sentimientos, presidia aun y gobernaba las labores y las intimidades de la pudiente casa labradora.

Salvador seguia visitando a sus enfermos con la misma atencion que cuando de su carrera hacia estimulo de prosperidad y base de la existencia, solo que ahora habia renunciado a la subvencion del Municipio para que otro medico la disfrutase.

Enamorado de su profesion, hizo de ella un culto piadoso, que practicaba en favor de los pobres. De la herencia que libremente podia disfrutar solo tomaba lo preciso para sostener el decoro de la casa y hacer algun viaje a las grandes clinicas extranjeras, en demanda de luces y medios con que extender en el valle la misericordia de su mision.

Asi las gentes le adoraban y le bendecian, y el paseaba por los campos su conciencia pura, con la santa simplicidad de un apostol del Bien, convencido y ferviente.

Desde que se reconocio hijo sin nombre de una infeliz aldeana, humillo su corazon en una mansedumbre dignificadora, que le conforto y sirvio de

alivio a sus intimas tristezas.

Luego, su vida tuvo un doble objeto santo y noble: derramar los consuelos de la mas piadosa de las ciencias sobre los dolientes sin ventura y velar por la dicha de Carmen.

Era para el una suprema delicia espiritual el consagrarse de lleno a pagar en la hija la inmensa deuda de gratitud contraida con el padre.

Su oracion cotidiana consistia en memorar los bienes recibidos de aquella prodiga mano que salvo a su madre de la desesperacion, la levanto de la ignominia y la honro haciendo del nino desvalido y miserable un hombre de sano corazon, enveredado por una senda segura de la vida.

Despues de enfervorizarse con esta membranza sentimental y preciosa, Salvador discurria amorosamente sobre el porvenir de su protegida.

El nada sabia de los misteriosos terrores que la nina le habia inspirado la sola idea de que dona Rebeca la llevase de la mano camino adelante, ni mucho menos sospechaba las torturas que la pobre criatura padecia en poder de los de Rucanto.

Como todas sus atribuciones sobre la pequena eran morales y secretas, Salvador no se atrevia a significarse visitandola demasiado y se limitaba a verla con toda la frecuencia posible dentro de una prudencia conveniente.

Antes que la nina partiese de Luzmela pudo el abrazarla y prometerla toda su fortuna y su desvelo.

Carmen habia llorado sobre aquel noble corazon con un silencioso llanto contenido y acerbo, que era acaso, mas que el desahogo del dolor presente, el presentimiento agudo del futuro dolor.

--Todo cuanto te ocurra, me lo contaras le habia suplicado el joven--.
Si sufres, si necesitas algo, me lo diras en seguida; prometemelo.

Ella le miro fijamente a los ojos y preguntole:

--?Lo mando mi padrino?

--Si, lo mando; te lo juro, Carmen.

--A mi no me dijo nada.

--Pero me lo dijo a mi todo; tu eras muy pequena para hablarte de estas cosas; ademas temia darte demasiada afliccion. El quiso que tu fueras muy dichosa, todo lo mas que sea posible, y que nunca le olvidases.

--No, nunca--repitio la nina sollozando.

Y, con voz firme, anadio despues:

--Yo hare todo cuanto el dejo mandado...; sere muy buena.

--Ya lo se; estoy seguro; pero es preciso que tambien seas feliz.... No olvides que yo soy tu mejor amigo, que Luzmela sera siempre tu casa..., que todo cuanto yo tengo es tuyo, todo, ?entiendes?

Ella, desconsolada, murmuro:

--iSi fueses mi hermano!

Enmudecido acaricio el aquella linda cabeza, ya inclinada por el

infortunio, y la niña, viéndole callado y afligido, saboreo la amargura del desengano irremediable.

V

En aquellos cuatro años transcurridos, Salvador visitaba a Carmen muchas veces. La dulce gravedad habitual en la niña le había engañado, porque aquella dulzura triste ya no era solo espejo de un alma sensible y sonadora, sino que era también sensual y transfiguración de un alma dolorida.

La niña había espigado mucho; su belleza, ya potente, se acentuaba con una encantadora delicadeza de líneas.

Lo más atractivo de su persona era el halo de bondad que nimbaba su frente y la serena expresión amorosa y profunda de sus ojos garzos.

Había en su sonrisa una mística expresión, siempre encesa, como en ideal culto de algún divino pensamiento.

Aquel sublime encanto de la joven era la desesperación de Narcisa y de su madre, que llegaron a odiarla.

Salvador participaba en la casona de la aversión que allí sentían por la niña de Luzmela; no en vano era otro heredero de don Manuel de la Torre.

Según doña Rebeca y su hija, los jóvenes favorecidos por el hidalgo podían considerarse unos ladrones, los secuestradores de la débil voluntad de un loco, cuyo testamento constituía un "atentado contra los sagrados derechos de la familia, una estafa perpetrada por aquel santurrón hipócrita y aquella gatita mansa...."

A pesar de estos finos comentarios, hechos sin recato ni vergüenza delante de la misma Carmen, las de Rucanto recibían a Salvador con agasajo y blandura, considerándole "un buen partido".

Delante de él halagaba doña Rebeca a la niña y ponderaba su crecimiento y donosura.

Narcisa, menos asequible al disimulo y más altiva, se conformaba con demostrar, en aquellas ocasiones, una tolerancia benevolenta hacia Carmen, concedida con un aire de superioridad y protección llenos de majestad.

Salvador era poco ducho en artificios de mujeres; todo sinceridad y nobleza, dejábase engañar fácilmente por las dolosas apariencias del buen trato que Carmen parecía recibir.

A veces, en sus breves visitas a Rucanto le acompañaba Rita, la buena anciana, siempre ganosa de ver a su santa querida.

Vivía la fiel servidora al lado del médico, ocupando en la casa de Luzmela su puesto de confianza, tantos años acreditado por una constante adhesión al difunto caballero.

En vano intentaría Rita continuar al inmediato servicio de Carmen. Doña Rebeca había manifestado a este deseo una ostensible oposición, y la anciana hubo de conformarse con visitar a la niña en todas las ocasiones posibles.

De estas visitas no salía nunca tan satisfecha como Salvador.

En una de las que hizo por aquel tiempo quedose como nunca mal impresionada, y, de regreso a Luzmela, iba murmurando:

--Esta triste la nina....

--Es su seriedad propia, su traje adusto, lo que le da esa apariencia melancolica--respondio el medico.

--No, no; cuando habla parece que va a llorar....

Salvador se quedo pensativo, un poco inquieto.

--Ademas--anadio la mujer, recelosa--jamás nos la dejan ver sin testigos...; muchos domingos voy a misa a Rucanto por buscar ocasion de hablarla al salir, y siempre a su vera estan la hija o la madre guardandola con codicia.

--Esta bien que Carmen no vaya sola.

--Bien estara; pero esas mujeres no me van gustando. Se dice que en la casa hay muchos disturbios, que los hijos son para la madre tan malos como lo fue el marido....

Salvador, muy preocupado, hablando consigo mismo, dijo en voz alta:

--Habra que averiguar si eso es verdad...; muchas veces la gente levanta fantasias calumniosas...; ellos son todos algo inconscientes, psicicos por herencia.... El mismo don Manuel murio de neurastenia renal y fue siempre exaltado delirante; pero era tan cabal en nobleza y corazon, que su enfermedad no marchito ninguno de sus bellos sentimientos.

Rita suspiraba.

--El, era otra cosa; nunca la "mania" que todos ellos padecen le dio por renir ni por danar...: gozaba en hacer bien, y si en sus tiempos fue enamorado y zarandero, pagado lo hubo en buenas obras.... Algo sospechoso andaba de su hermana, que a mi una noche bien me quiso sonsacar los sentires que de ella tenia...; pero ?como iba una a adivinar?... Teniala yo ademas poco tratada. Siempre la casona de Rucanto fue secreta y aduendada para los lugarenos.... Servidores del valle no los quieren; pero los forasteros que les vienen de criados poco duran, y, antes de najarse, algo murmuran en el pueblo.

--Pues es necesario enterarse de la verdad de esas habladurias.... Indaga tu, Rita; yo tambien he de averiguar algo de lo que nos interesa.

VI

Con aquellos indicios vagos y algunos mas seguros que Salvador fue adquiriendo, la incertidumbre se apodero de su espiritu y sintio una honda inquietud atormentadora.

Tuvo la idea de hacer llegar en secreto una carta a manos de Carmen para recabar de ella una explicacion categorica acerca de los misterios tenebrosos de aquella casa.

Despues penso pedir a dona Rebeca, francamente, una entrevista con la muchacha.

Se dirigio a Rucanto lleno de ansiedad.

Parecia que le esperaban o que le habian visto acercarse, porque le recibio con mucha gracia una sirviente, conduciendolo a la sala donde, con grata sorpresa, encontro a Carmen sola.

Estaba bordando.

Una nativa autodidaxia la hacia habil para toda clase de labores, y su naturaleza pacifica y bien dispuesta se avenia mal con la ociosidad.

Sonrio a Salvador con una encantadora picardia, muy nueva en su semblante.

El, gozoso de hablarla sin testigos y de verla tan alegre, le acaricio las manos, dudando si la besaria.

Le parecio aquella manana mas mujer, mas linda que otras veces, y como si estuviera un poco desconocida.

Sin que ella hablase, el la interrogo impaciente:

--?Estas contenta? Venia hoy a preguntarte, ansioso, si vives a tu gusto aqui, si te tratan bien; quiero saber con certeza si eres dichosa. Cuéntame la vida que haces, porque se dice por ahi que en esta casa hay una zalagarda continua, y a Rita le parece que tu estas triste.

Bajo la nina hacia el bordado sus apacibles ojos oscuros, y un poco turbada murmuro:

--?Yo triste?

--?Lo estas en efecto? ?Tienes algun deseo, algun disgusto? ?Es cierto que aqui no hay paz ni alegria?...

Carmen, esquivando una respuesta categorica, balbucio:

--Ellos rinen mucho; pero a mi eso no me importa...: iel padrino quiso que yo viviera con su hermana!...

--Siempre que ella fuese para ti buena como una madre....

La pobre nina tenia toda la voz llena de lagrimas cuando exclamo:

--iOh, una madre!... iMadre mia!...

Salvador, muy impresionado, volvio a tomar entre las suyas las manos de la muchacha.

--Tu sufres, Carmen; es preciso que me lo cuentes todo...: hablame pronto, antes que nadie venga.

Ella, serenandose, torno a sonreir con graciosa malicia.

--No vendran ahora, descuida; me han dado un encargo para ti...; te vieron llegar y me mandaron venir a esperarte....

Curioso, pregunto el medico:

--A ver, ?que se les ocurre a esas senoras?

Carmen, mirandole con franca mirada deliciosa, le conto sin mas preambulos:

--Quieren que te cases con Narcisa....

El solto una carcajada demasiado expresiva.

La nina, medrosa, le atajo:

--¡Calla, no te rias tan fuerte, hombre!

Pero el medico no podia calmar su hilaridad jocunda.

Ahogando la risa llevo a decir:

--?De modo que estan locas de cierto?

--Si; locas si lo estan....

--?O es que quieren burlarse de mi?

--No, eso no; lo dicen en serio; han hablado mucho solas; luego dona Rebeca me ha llamado con suma amabilidad y me ha explicado el asunto, entremetido en muchos refranes..., que "al buen entendedor con pocas palabras basta"..., que "mas vale pajarero en mano que...." El pajarero eres tu, ¿sabes?

--?Si?... Pues mira, le contestas que "no hay peor sordo que el que no quiere oír"... "que el que mucho abarca poco aprieta"....

Ella le interrumpe con argentina carcajada.

--Yo tambien tengo muchas ganas de reirme..., mira que casarte tu con Narcisa..., itendria que ver!...

--?De modo que gracias a esta embajada puedo, al fin, hablar contigo libremente?

--Si, ¿me querias hablar?...

--?No te digo que estaba muy inquieto por ti? Se comenta ahora mucho la guerra de esta casa....

--Dejalos que esten en guerra....

--Pero tu padeces.

--Yo estoy tranquila, Salvador; en todas partes tendria que sufrir.

--?Y por que, hija?

Ella volvio a inclinar la frente y, otra vez, eludiendo una explicacion, dijo:

--Estos dias estan muy amables conmigo.

--?Estos dias solamente?...

Carmen no queria responder con franqueza, y salio diciendo:

--?No sabes que va a venir Fernando?

--?El marino?

--Si.

--?Y a que viene?

--A pasar una temporada....: ese dicen que es bueno.

--Pero; ¿de verdad son malos los otros?

--¿Malos?... ¡Es que están algo locos!...

--Tu no tienes confianza conmigo, Carmen; eso me entristece....

Ella le miró cariñosamente.

--Si que la tengo...; ¿tu que puedes hacer?... Ya no tiene remedio....

--¿Como que no?... Yo puedo hacerlo todo; todo, ¿entiendes?... Y lo hare si es preciso; solo falta que tu me autorices para ello.

--¿Que harías?

--Llévate adonde estuvieras a tu gusto.... Para eso estoy en el mundo, para velar por ti.

--¿Para eso?

--¿Y lo dudas? ¿No te lo asegure el día en que saliste de Luzmela? ¿No sabes que el padrino me lo dejó encargado?...

Aquella evocación alteró la expresión resignada de la niña. Se ensombreció su rostro peregrino y estuvo a punto de romper a llorar.

Logró contenerse con un gran esfuerzo, y entregó su mano temblorosa al joven para protestarle.

--Gracias, gracias....

El, muy conmovido, besó religiosamente aquella linda mano, insistiendo:

--Dime, ¿te quieres ir de esta casa?

--No, no; aquí me quedare; si fuera necesario te avisaría.

--¿Me lo prometes?

--Prometido.

Se quedaron callados un momento; después Carmen preguntó con sobresalto:

--Y ¿que dire a dona Rebeca de mi comisión?... La he cumplido muy mal. De antemano sabía que tu ibas a reírte, y he gozado con que juntos nos burlásemos un poco de las dos.... No tiene Narcisca ningún novio, ¿sabes?, y te querían a ti porque eres rico. Me encargó la madre que te lo propusiese como ocurrencia mía...; que te dijese cosas muy buenas de la chica.... Y no te las digo por si acaso las crees y te casas con ella.... Luego estarías bien desesperado.... Además de ser locas son malas; hablan infamias de todo el mundo, de ti también, y del padrino....

--¡Pobre Carmen!... Así no puedes vivir.... Yo arreglaré esto.

Carmen, lanzada involuntariamente al terreno de las confidencias, añadió todavía:

--De Andrés tengo miedo..., y también de Julio....

Salvador estaba consternado; se había puesto de pie con impaciencia, y ella insistió, siempre alarmada:

--¿Y que le dire a dona Rebeca ... de "eso"?...

--?De que, hija mia?

--De la boda....

Y todavia la nina se rio, un poco burlona.

--Pues, le diras que yo no pienso casarme nunca.

--?Nunca?... ?Y es de veras?

La miro Salvador, largamente, para decir:

--Hasta que tu te cases.

Ella, enrojecida, no supo que replicar.

En la casa, sumida en raro silencio, se oyeron entonces pasos y rumores.

Salvador, deseando esquivar en aquel momento la persecucion de las senoras, se despido de Carmen aceleradamente, prometiendole volver muy pronto y haciendole prometer que, entretanto, ella le escribiria con reserva, poniendole al corriente de su situacion, sobre la cual era preciso resolver en definitiva.

VII

Era aquel un dia de emociones en Rucanto.

Saboreaba las suyas Carmencita, olvidada de todo para pensar en los dias felices de Luzmela, evocados por la carinosa visita de su unico amigo.

De pronto cayo sobre su ensueno la voz punzante de dona Rebeca, interrogando:

--?Se fue ya?

La joven se estremecio y, azorada, repuso:

--Ya....

--?Y no has llamado a "tu prima"?

Timida para disculparse, guardo silencio la joven, y dona Rebeca contuvo a duras penas su enojo, deseando explorar el resultado de las gestiones que la encomendo.

--Habla, hija mia; ?que te ha dicho el medico?... ?Le ponderaste a Narcisa?... La pobre Narcisa te quiere mucho; hoy me ha dicho que tienes ya que aliviar el luto y salir con ella a paseo. Vamos, explicate: ?confeso que le era simpatica?... ¡El siempre le echa unos ojos!...

Carmen, obligada a responder, torpe y confusa, dijo sencillamente.

--Me ha dicho que no piensa casarse nunca.

La senora, descompuesta en un instante, bramando de furor, alzo los brazos sarmentosos sobre la cabeza de la nina.

Luego se tiro de los pelos. Uno de sus desahogos favoritos era encrespase la melena blanca, que debiera ser albo nimbo de su ancianidad.

Con la voz temblorosa de despecho, inquirió:

--Y ¿le has ofrecido mi hija?... ¡Mi hija despreciada por ese advenedizo, un hijo de mala madre, ladrón, asesino!...

Carmen cerró los ojos, se tapó los oídos, se encogió en su silla pequeña, toda confundida y horrorizada.

Dona Rebeca seguía avanzando hacia la infeliz; le echaba encima su aliento fatigoso y le escupía en la cara los insultos.

--Te aborrezco, usurpadora, infame; que no puedes ver a mi hija porque es mejor nacida que tu, y más guapa y más rica....

Dio un manotazo furioso encima del bastidor, que rodó por el suelo. La débil madera del telar había gemido rota.

Entonces Carmen se levantó con un instintivo impulso de defensa.

Estaba blanca y tenía en los ojos un extraño fulgor.

Los puso en dona Rebeca con tal expresión de firmeza y desprecio, que la vieja abatió los brazos y la voz para murmurar:

--¿Me desafías?... ¿Te burlas de mí?... Tu eres la santa..., la santa....

Esta palabra mordaz, aplicada perfidamente, tenía el privilegio de aplacar las rebeliones de Carmen, tan humanas y tan justas.

Humilló la mirada, y cogió del suelo el bastidor.

Estaba pensando: ¡Santa! Todavía no lo soy; me sublevo; me he mofado de ellas con Salvador..., las he acusado..., casi las odio.... ¡Dios mío, hazme buena, hazme santa!...

Dona Rebeca, jadeante, necesitaba descansar; pasó en seguida de lo trágico a lo jocoso; con una extraordinaria facilidad, para decir:

--" _No por mucho madrugar amanece más temprano_".... "_El que con niños se acuesta_...."

Entró en aquel momento la señorita de la casa. Estaba muy retepeinada y garifa, en previsión de que la hubieran llamado para aceptar benigne los homenajes del médico, pero había oído los gritos de su mamá, y acudía cenuda y grave al lugar de la catástrofe.

Viendo a Carmen descolorida y confusa, desmelenada y rendida a su madre, adivinó el resultado de sus tentativas, y ya se iba a insolentarse, cuando una voz providente dijo en la puerta:

--Señora, un telegrama....

Dio dos saltitos dona Rebeca para apoderarse del papel azul, y Narcisca, olvidada de sus propósitos, giró como una veleta hacia la noticia telegráfica.

VIII

Aprovechó Carmen aquel afortunado momento para escaparse. Tenía en el

desvan un pequeño refugio donde había pasado muchas horas de miedo y de dolor.

Era un cuartito con una tronera alzada sobre el alero del tejado; nadie le habitaba, y ella solía subir allí a ver como el sol pasaba por el valle, a mandar un beso a la torre lejana de Luzmela y una oración al alto cementerio, donde su protector dormía ajeno a tanta desventura.

Se oía desde el alto rincón la voz recia del _Salía_, acordada en eterno cantar glorioso.

Carmen, engolfándose allí en la exaltación de los más altos pensamientos, no desdenaba la amistad de un ser miserable, que solía esperarla en el solitario lugar y acariciarla humildemente.

Era un gato, que habitaba casi siempre por aquellos andurriales huyendo de la escoba de dona Rebeca.

Tan ruin era y tan feo, que le llamaban _Desdicha_.

Carmen le llevaba con frecuencia algo de comer, y el pobre animal le pagaba su compasión con artísticos arqueos y amorosos ronquidos.

Muchas veces, contemplando ella los cambiantes policromos de los ojos del gato, pensaba que eran aquellas bestiales pupilas las únicas que en la casona la miraban sin encono; y cuando el maullido blando y lastimoso de _Desdicha_ la llamaba con carinosas inflexiones de gratitud, le sonreía como a un ser racional y le hablaba dulcemente, respondiendo a sus insinuantes confianzas....

En una de las frecuentes escapatorias al desván, Carmen había descubierto entre inservibles trastos la imagen tallada en madera de un Niño Jesús.

Media un palmo de altura, estaba desnudo y era una escultura tosca. La carita, atristada y borrosa, tenía unos ojos clementes, de los cuales habían resbalado a las mejillas unas lágrimas de muy dudoso arte.

A Carmencita le dio mucha lastima de aquel inconsolable dolor rodando por el rostro bendito.

Tomo la imagen y la aseó; y a escondidas, con sobresaltos y recelos, le hizo una túnica piadosa con el traje blanco de triste memoria.

El Niño estaba sobre un mundo dorado, encima de una peana rústica.

Busco la joven un rincón donde colocarlo, en uno de aquellos muebles rotos, y allí escondido le visitaba todos los días y le contaba en plática muda y tierna sus dolores solitarios.

Aquella mañana fue a verle y le pareció que él también estaba más afligido que nunca.

Después se asomó a contemplar la torre grave y maciza de Luzmela, la torre amiga de su corazón.

Mirandola estaba con sus bellos ojos empañados de tristezas, cuando _Desdicha_ la vino a saludar con expresivos arqueos y ronroneos apremiantes. Ella le acarició, prometiéndole un regalo para más tarde, y como algunas lágrimas ardientes cayesen entonces sobre la piel tigrisa del animal, volvió este hacia la niña sus ojos mortecinos llenos de mansedumbre y le dijo algo piadoso en su bárbaro lenguaje; después lamio con delicia las gotas calidas del llanto y tornó a sus arqueos y a sus ronquidos amistosos.

Carmen se inclino hacia el pobre _Desdicha_ hasta rozar con sus labios rojeantes la piel hirsuta del animal; luego le coloco blandamente en el alfeizar de la ventana, a la _raita_ del sol, y despidiendose con pesar de la vista del valle y del cantar del _Salia_, bajo al piso principal, porque era medio dia, y se comia alli a las doce en punto.

IX

El papelito azul decia:

"_Llego en el expreso.--Fernando_".

Y toda la casa se habia revuelto.

La comida no estaba pronta. Habia un trajin impaciente de muebles en habitaciones, y cada vez que la madre y la hija se encontraban en medio de tal jaleo, renian y se increpaban, porque Narcisa, celosa siempre del hermano buen mozo y seductor, opinaba que aquellos eran demasiados preparativos para recibirle, y protestaba con satiricas frases de aquella revolucion inusitada.

En esto llego Andres. Traia hambre y estaba de muy mal humor.

El retraso de la comida le solivianto, y al enterarse del motivo de aquellas alteraciones pregunto irritado:

--Y ?a que viene _ese_?

Dona Rebeca le contesto con autoritario tono:

--Viene a casa de su madre; hace seis anos que no le veo, tiene tanto derecho como tu a vivir conmigo.

--?Derecho?... El tiene carrera...; tu le prefieres porque es guapo, le consientes todos sus caprichos y le das dinero....

Descargo un punetazo sobre la mesa, con toda la reciedumbre de sus punos potentes, y platos y copas saltaron con estruendo y destrozo.

--iEsta borracho!--dijo Narcisa con desprecio.

El se revolvió como una fiera, y le tiro a la cabeza su baston de cachiporra.

Se dio a gritos dona Rebeca; Narcisa, ilesa, invento un desmayo, y Julio ilumino con un destello de feroz alegria su vidriosa mirada.

Andres, creyendo que habia herido a su hermana, improviso un segundo acto melodramatico, y aprovechando una iracunda mirada de su madre, fingio querer clavarse en el pecho un inofensivo cuchillo de postre.

La candida nina de Luzmela, con un espontaneo movimiento de humanidad, corrio a estorbarle el "suicidio", y aquella fue la primera vez que el miro a la muchacha con detencion y de cerca.

La encontro muy hermosa; toda su materia se estremecio, y al entregarle el cuchillo sin la menor resistencia le sobo las manos groseramente.

Quedo aplacado el guijarreno mozo por la magia de aquella sorpresa, y como Narcisa creyese prudente recobrase "del sincope", porque la sopa se estaba enfriando, se hizo la paz en un minuto, Julio dejo de sonreir,

y todos se sentaron a la mesa, provista de otros platos y de otras copas.

Comieron de prisa y comieron mucho; allí siempre se comia mucho. Con las bocas llenas de insultos, en discordia, en pelea, los guisos y las botellas se despachaban lindamente....

Dona Rebeca, muy amable con Carmen, la llamo _sobrinita_ varias veces y la insto a repetir de algunos platos.

La nina, incapaz de acostumbrarse a tales mudanzas estupendas, no sabia si temer o alegrarse en aquella ocasion, y sintiendose al fin contagiada por la extrana tranquilidad general, espero curiosa la hora del tren expreso, que era la de las cuatro de la tarde.

X

Creyo dona Rebeca oportuno dar dinero a su hijo Andres, con mas largueza que de costumbre, para que se fuera contento por muchos dias; pero el apunando el pago de la ausencia, no se alejo sin rezongar y sin echar sobre Carmen una mirada licenciosa.

Afortunadamente, la muchacha, distraida por los extraordinarios sucesos de aquel dia, no habia notado la brutal impresion que estaba causando en Andres.

A la hora oportuna bajaron las senoras a la estacion, y Carmen se quedo sola. Ella nunca salia sino a la huerta o al campo.... ?Que iba a hacer en lugares de publica reunion una chiquilla recogida de caridad y siempre enlutada y triste? La nina habia llegado a creer que dona Rebeca tenia razon en disponer asi de sus florecientes diez y siete anos, y no intentaba nunca quebrantar este decreto, martirial y absurdo, que la reclusa siempre en grave soledad.

Apenas salieron la madre y la hija, Carmen oyo que Julio aullaba en su dormitorio, y temiendo que saliera a asustarla desde algun rincon con sus ojos crueles, bajo al zaguan y se puso a escuchar el silencio de la tarde.

Sintiose a poco, por el jardin adelante, un rumor de palabras.

Sobre la dura voz de Narcisa y la chillona de su madre, otra, sonora y firme, se alzaba risuena.

Carmen se asomo a mirar.

Alli estaba Fernando, esbelto, seductor, con su cara palida y fina, su bigote negro, sus ojos endrinos y sonadores.

Tenia despejada la frente, rizo el cabello obscuro, y sensual la boca, sonreidora y correcta.

Entro el viajero en el zaguan, y quedose la muchacha fascinada, dudando si en efecto seria aquel Fernando Alvarez de la Torre hijo de dona Rebeca.

Pero lo era, porque viendola el replegada contra el muro, pregunto a su madre:

--?Esta es la hija del tio Manuel?

Y sin esperar respuesta, la abrazo con efusion, la miro con entusiasmo y declaro al fin:

--¡Es muy bonita..., muy bonita!

Carmen estaba encantada, Narcisa furiosa, y dona Rebeca parecia abstraída en perplejidades y temores, con un aire languido de victima, muy mal avenido con su figurilla inquieta y alocada. Sentia un enfermizo reblandecimiento de amor maternal hacia el marino, y veia avecindarse en torno suyo los iracundos celos de Narcisa.

Esta perspectiva, ¿la entristecia o la alegraba?... Era difícil averiguarlo, porque su aspecto, adolecido, parecia poco sincero. ¿Acaso no estaba ella en su elemento cuando mas fuertes se desencadenaban en la casona las tempestades familiares?...

Se habian quedado todos sumidos en un silencio molesto, durante el cual la galante sonrisa de Fernando siguió fija en el turbado rostro de la nina de Luzmela, y entonces la senora insto a su hijo a subir, ponderando con entrecortada voz, muy fingida y lacrimosa, los anhelos que sentia de verle a su lado y recrearse con su presencia.

Tan pronto como ellos desaparecieron, Narcisa empezó a trastear con bruscos ademanes; quitaba y ponía sillas de un lado a otro, empujaba a puntapiés el equipaje de su hermano, y silbaba unas amargas murmuraciones.

--Ya tenemos en casa el viril; ya está aquí el oráculo; se completo la sección de estorbos.... Entre chiquillas de la calle y señoritos guapos vamos a estar divertidos....

Carmen, sin atender a Narcisa, estaba sintiendo todavía como la acariciaba dulcemente la sonrisa serena del marino.

En pocas horas cambio Fernando el semblante sombrío de la casa.

Canto, abrió los balcones con estrepito, y una brisa otonal, odorante y pura, refresco las habitaciones lobregas, cerradas por el desuso mucho tiempo.

No quiso la que le habian preparado, sino otra mayor, con mejores vistas y peores muebles.

La casona, inmensa, tenía amplios aposentos desmantelados y medio ruinosos.

Todas aquellas ventanas carcomidas y gimientes las abrió el marino de par en par, y el sol se tendió perezoso en las estancias, y entraron con él en la casa los rumores soberbios del río y el garganteo melodico de los malvises.

Estaba la mies en derrota; los ganados, libres, seesteaban sonolientos, se refocilaban en barbaras persecuciones, o pacian en lentas cabezadas los brotes _siruenos_.

Tintineaban las esquilas en la mansa levedad del ambiente, y todo el valle se hermoseaba con traje de alegría en la paz georgica de la tarde.

Fernando prodigaba sus admiraciones a los encantos de aquel panorama delicioso, y saciando sus ojos de hermosura, rememoraba los años infantiles, prodigos en aventuras y promesas.

Mientras tanto, dona Rebeca habia dejado de renir a voces; Julio apenas salia de sus escondites, y Andres no habia vuelto a aparecer por la casona.

Narcisa, mas convencida que nunca de la importancia de su persona y de la sublimidad de su talento, se engolfaba en lamentaciones augurales, presagiando que el regreso tan festejado del marino habia de traer graves perjuicios al esclarecido solar de Rucanto....

Con el reciente trasiego de muebles, Narcisa tomo pretextos para lanzar de su cuarto la camita de Carmen, y la nina, muy contenta, eligio para colocarla un retirado gabinete desalhajado y achacoso, pero con recia llave en la cerradura y ancha ventana abierta al campo, sobre el camino de Luzmela.

Entonces, aprovechando los favorables vientos de paz que reinaban en la casa, se atrevio a bajar del sobrado la abandonada imagen del Nino Jesus. La puso encima de una rinconera adherida al muro espeso del dormitorio, y se complacio en su compania y en su devocion con misticos arrobos.

Pareciole que el vestidito de la imagen estaba un poco sucio y se lo lavo, para volverlo a poner muy bien alisado y pomposo.

Buscaba todos los dias algunas flores que ofrecerle y cada noche, antes de acostarse, le besaba con fervor en las divinas lagrimas.

Una manana de aquellas estaba peinando la acrespada peluca del Nino con su mano alba y tersa, cuando sintio una inquietud medrosa que le hizo volver la cara.

Por la puerta entornada, los ojos felinos de Julio la perseguian, apostados en la oscuridad como una maldicion.

XI

Fernando se complacia en manifestar a Carmen una simpatia franca, llena de atenciones.

Cuidabase poco de su madre y de su hermana, sin preocuparse de merecer su beneplacito.

Desde la primera mirada, vio como ellas aborrecian a la nina de Luzmela, y, sin protestar de esta monstruosidad, el se puso a quererla, porque le parecia digna de carino.

Dona Rebeca tragaba saliva, renegaba de todo lo criado, a media voz, y, quedito, en los pasillos y en los rincones, le decia a Carmen injurias y refranes con perversa impunidad.

Una calma aparente reinaba en la casona, porque Narcisa, sabiendo que le era imposible contrarrestar la influencia que Fernando ejercia en su madre, se contentaba con zaherirlos a los dos a cierta distancia del marino, apagando la voz y mordiendo las desesperaciones de su envidia.

El fracaso de sus tentativas conquistadoras cerca de Salvador la tenia frenetica.

Habia creido que, por miedo o por conveniencia, Carmen iba a cumplir a satisfaccion la extrana embajada; que no era lerda la nina ni le faltaba ingenio para enredar una madeja de amores. Pero no habia querido, no, ila picara, la taimada!...

Uno de aquellos dias en que tuvo ocasion de echarle a la muchacha en

cara lo que ella llamaba su "ingratitude", tantos cargos terribles la hizo y de tales apariencias de indignación adornó su resentimiento, que la niña llegó a creer en la posibilidad de su culpa.

Mostrose muy apurada entonces, y Narcisca, abusando de aquella turbación inocente, derrochó sobre la muchacha las recriminaciones y acudió después a las amenazas.

Carmen, llena de temor, trató de calmarla, insinuando alguna promesa.

--El me dijo--balbució--que no pensaba casarse...; pero creo que lo dijo en broma...; quedo en venir pronto....

La presunta novia apaciguó un tanto sus furores para manifestar:

--No; si a mi por el no me importa un bledo...: tengo pretendientes de sobra. Lo que siento es tu mala voluntad, tu poca complacencia.... Se trataba solamente de conocer sus intenciones..., de saber por que nos visita tanto.... Por ti no será...: ¡dicen que sois hermanos!...

La niña, recobrándose, contestó al punto:

--Si fuese cierto, por mí vendría....

--O no, que a los hermanos no les da tan fuerte. Ya ves lo que se molestan por mí los míos..., ¡como yo por ellos!...

No oyo Carmen estas últimas palabras, embebida en la ilusión de pensar que Salvador pudiera ser su hermano.

La otra argullo todavía:

--El bien me mira....

Distraída afirmó la muchacha:

--Si..., el bien te mira....

--Bueno; pues quiero conocer sus propósitos, porque así estamos perdiendo el tiempo, y yo me perjudico.

Aun dijo Carmen, perpleja:

--Tu te perjudicas....

--Pues es preciso que te enteres pronto y bien de su intención..., con disimulo..., y si no, ¡pobre de ti!

La niña, como un eco, repitió mentalmente:

--¡Pobre de mí!

XII

Y sin embargo, Carmen ya no era tan pobre; tenía un amigo influyente en la casa donde antes solo tuvo un Niño Jesús de madera y un gato feo y ruin.

Con lozana alegría empezaba a florecer su corazón amoroso; y seducida por aquellos primeros favores de la suerte, se sintió tan deseosa de paces y treguas en la batalla de su senda oprimida, que pensó en

congraciar con un ardid a la terrible señorita de la casa, escribiendo a Salvador dos renglones que pudieran convertirse en alguna esperanza para la cazadora de novios.

Y ella, tan sin artificios ni dobleces, imagino en seguida un medio facil y seguro de hacer llegar su misiva a las manos del medico.

Era un sabado, y dona Rebeca daba algunas limosnas en ese dia, por vieja rutina de la casa. Solia la nina repartirlas, y tenia un pobre favorito muy socorrido por ella en sus prosperos dias de Luzmela.

Aguardole, y, con misterio, le dio su papel para Salvador.

En el decia:

"Estoy bien y mucho mas contenta; no dejes de venir pronto a vernos y procura estar amable con Narcisa: es un favor que te pido".

Despues que el emisario partio, gozoso de servir a su bella protectora, Carmen se quedo arrepentida de inducir a Salvador a una farsa con aquel impremeditado ruego.

Quiso tranquilizarse pensando:--No sera mas que una medida para que ahora me dejen en paz; el lo hara con gusto cuando yo le explique....
--Pero ?que le explicaria?... Carmen enrojecio a solas, y sintio en su corazon un acelerado latido.

Quedose pensativa....

Entretanto, Andres se habia avistado ya con su hermano.

Llego el malviviente a la casona un poco menos feroz que otros dias.

El y Fernando se saludaron como si la vispera se hubieran visto.

El marino se contento con decir:

--Estas viejo, hombre....

Andres le atraveso con sus ojos bizcos, inexpresivos y torpes, y dijo un poco sarcastico:

--Tu estas mas joven.

Se volvieron la espalda. Fernando cantaba una barcarola. Andres buscaba a su madre para pedirle dinero.

En el corredor se tropezo con Carmen; parecia haberse olvidado de ella, y al verla dio un grunido y trato de hacerla una caricia.

Sobrecogida, no pudo evitar un ligero grito al esquivar su cuerpo inmaculado de las manazas brutales del hombron.

Salieron dona Rebeca y Narcisa de sus habitaciones, como dos viboras de sus escondrijos, silbando:

--¡Loca!... ¡Si esta loca!... ?Que escandalo es este?...

Andres, detenido en medio del corredor, perseguia a la joven con una mirada estuosa y voraz, y las señoras de la casa, asomadas unas a cada puerta, atisbaban procaces y malignas.

Fernando, desde la entrada del comedor, sonrio sobre aquella escena amarga, sin sorpresa ni indignacion aparentes, y le dijo a Carmen, que se le habia acercado medrosa:

--Anda, vente conmigo un poco a la huerta....

Se hizo el silencio en torno a aquella voz armoniosa que ejercia un milagroso imperio en la familia, y Carmen, bajo la proteccion de aquel influjo bienhechor, se apresuro a obedecer.

Salieron a la huerta por la puerta vidriera del pasillo.

La miraba el marino intensamente, con una delicia manifiesta; ella sentia una turbacion extrana.

Iban al mismo paso descuidado, por el sendero, y le dijo el:

--No tengas cuidado ninguno mientras este yo aqui....

Despues, de pronto, murmuro:

--¡Que bonita eres y que buena!

Ella, toda estremecida, se quedo silenciosa; su corazon aleteaba con unas agitaciones inefables.

Fernando suspiro. Se inclino para arrancar entre la hierba unas borrajas, ya casi marchitas, y con otra voz distinta, fraternal y confidencial, pregunto:

--?No tienes mas que este vestido, Carmen?

--Este, y otro mas viejo....

--Y, ¿cuando te quitas el luto?

--Cuando "ellas" manden....

El tiro las flores distraido y repuso:

--Le quitaras ahora para todos los Santos....

Entonces la nina le miro maravillada, tan llena de admiracion, que el, otra vez con acento ardiente, le volvio a decir:

--¡Que buena eres... y que hermosa! Te quiero mucho, Carmencita, ¿me quieres tu algo?

Haciendo esfuerzos por serenarse, balbucio ella con timidez encantadora:

--Algo, si....

--¡Divina..., divina!--murmuro el marino, casi en un soliloquio; y devoraba con delectacion el rubor de la muchacha y su emocion profunda....

Cuando volvieron de aquel breve paseo, Andres se habia marchado sin esperar a comer; Narcisa tenia un pliegue enigmatico en su frente orgullosa, un poco deprimida, y dona Rebeca parecia que habia llorado.

Carmen, embebida en algun pensamiento celestial, sin duda, mostraba una expresion nueva y radiante, y Julio, que la perseguia con ojos interrogadores, no quiso comer sin la sal de las lagrimas con que la nina de Luzmela solia sazonar las familiares viandas.

XIII

Estaba Salvador muy asombrado de los renglones de Carmen. Penso en ir a Rucanto al día siguiente con pretexto de saludar a Fernando, y le parecieron largas las horas hasta que llegase la de ver a su amiga.

Se recibió su visita en la casona con mucho agasajo.

Dona Rebeca hizo toda un puro caramelo, y Narcisa, que tardo en presentarse un buen rato, llegó emperejilada y grave. Era delgadísima y componía manosamente el desgarbo de sus formas mediante postizos fermentados. Vestía con lujo, y llevaba en la cara vulgar una expresión dura, y muchos polvos de color de rosa.

Fernando y Salvador se abrazaron cordialmente; contaban una misma edad y habían hecho juntos algunas memorables jornadas infantiles.

Cuando entro Narcisa en la sala, Salvador no pudo remediar cierto azoramiento mortificante, que ella interpreto a su antojo.

Llevaba el médico en la solapa una blanca margarita del jardín de Luzmela.

La señorita de la casa admiró con insinuante ponderación la gracia de la florecilla, y el joven, por no saber que hacer ni que decir, se la quitó del ojal, ofreciendosela.

Fue aquel un momento incomparable para Narcisa; tomó en triunfo la flor, y se la prendió en el pecho, rebosante de gozo....

Fernando convidó al médico a comer, y las señoras asintieron a la invitación con tan buena voluntad, que Salvador no pudo evadirse de aceptarla, aunque estuviese muy disgustado allí. No era experto en artes de coquetería femenil, y los manejos astutos de Narcisa le ponían nervioso.

Además, se hallaba impaciente por que Carmen le revelase el motivo de su extraña suplica, mientras ella parecía completamente olvidada de dar a su amigo esta explicación. Tenía en aquella hora una actitud singular y extraña que acrecentaba su belleza dulcísima. Abstraída y silenciosa, mostrábase ajena a todo lo que no fuera oculto embeleso de su alma.

Salvador la observaba lleno de incertidumbre; y solo pudo averiguar, al cabo, que de tarde en tarde la muchacha alzaba el vuelo de sus pestañas sedenas hacia los ojos fulgurantes de Fernando....

Cuando, a media tarde, volvía Salvador en su caballo hacia Luzmela, una pena asordada y mordiente lastimaba su corazón, y la gloria del valle y la canción del río, caían sin encantos en la sombra de su espíritu.

XIV

En uno de aquellos días, el marino pasó en la capital algunas horas.

A su regreso colocó sobre la mesa del comedor unos paquetes.

Narcisa corrió a curiosarlos y se complació a la vista de unas elegantes telas de finos colores.

Muy amable, dijo a su hermano:

--Has hecho compras, ¿eh?

Y él, con su galante sonrisa, respondió:

--Sí; unos trajes para Carmencita. Por ahorraros molestias, yo mismo avise a la modista de Villazon, que vendrá mañana para que la niña elija modelos.

Narcisa se puso verde.

Con las manos estremecidas sobre las telas, estuvo un momento dudando si podría tragar su despecho. Tenía asomadas a los labios desdenosos unas agrias frases de reproche y ofensa, y, con ellas extendidas por toda su cara descompuesta, salió de la estancia dando un tremendo portazo que alzó en todas las habitaciones un eco penetrante.

Fernando, sin perder su risueña actitud, volvióse hacia Carmen, que estaba inmóvil y pasmada, para decirle:

--¿Te gustan los colores?--y le señalaba las telas desdobladas.

La muchacha no se atrevía a responder ni casi a mirar.

Él se le acercó afectuoso y la obligó a levantar la cabeza, rozándole con la mano suavemente la redonda barbilla.

Con acento contenido y amoroso le suplicó, casi al oído:

--¿No te he dicho que mientras yo esté en Rucanto no debes temer nada?

Tenía Carmen cuajados de lágrimas los ojos y era presa de una emoción confusa, entre grata y doliente.

Llena de sinceridad infantil interrogó ansiosa:

--¿Y ¿estarás aquí mucho?...

Había tal anhelo revelado y temeroso en esta pregunta, que el impávido marino, tan señor de sí mismo y tan risueño, sintió una verdadera emoción de piedad y de ternura.

Ella estaba mirando a los preciosos ojos ardientes, cuando contestó:

--Estare... todo el tiempo que tu quieras....

--Entonces, siempre....

--Pues... siempre.... Ya sabes tú que te quiero mucho, ¿verdad?... Eres una santa, niña, una santa muy hermosa.

Ella, con la incomparable sorpresa de aquel lenguaje cálido y ferviente, llena de efusión murmuró:

--Tú eres bueno....

Bajo la influencia de aquel minuto grande y puro de su vida, reposó Fernando:

--No; no soy bueno...; sére, si tú quieres, "menos malo"...; pero, aunque no soy capaz de nada sublime, tampoco de nada infame.

Y como si quisiera justificar sus palabras, dejó de sugestionar a la niña con su voz conquistadora y con su mirada magnética; la hizo llegar a mirar los vestidos, y quiso hablar de ellos en conversación.

amistosa y festiva.

Pero Carmen seguía extasiada ante una revelación luminosa que la poseía toda de extraña y honda felicidad.

XV

Se supo en la casona y aun en los alrededores, que doña Rebeca y su hijo mayor habían tenido una larga y solemne entrevista.

Y aunque parecía imposible que la señora fuese capaz de sostener una conversación seria, sin exaltaciones y mudanzas, sin giros insensatos ni absurdas interpretaciones, ello fue cierto que Fernando la sometió a esta penitencia y que empleó en tal empeño toda la fuerza moral con que dominaba a su madre.

Se supo, también, que, al final de esta memorable confidencia, había sido llamada Narcisca, y que después de escuchar, con mal contenida impaciencia, las admoniciones de su hermano, más autoritarias que suplicantes, salió diciendo, evasivamente y con sana:

--Casate con ella y te la llevas a navegar; mientras tanto, mamá dispone al fin de su herencia, que ya es hora, y paga lo que debe y salimos a flote.... Eso es lo mejor que podías hacer; ya que tanto te interesa la chica, a la vez que la sacas de penas, nos sacas a todos.... Tu que eres el mayor y el preferido, debes ayudar a tu madre....

Se supo, en fin, que entre otras muchas cosas acordes y sensatas, inusitadas en aquella casa de locos y de suicidas, Fernando dijo con acento honrado:

--Yo no soy capaz de hacerla feliz...; yo no la merezco....

Maravillo mucho que doña Rebeca escuchase el severo sermón de su hijo sin tirarse de los pelos ni recitar siquiera un mal refrán, y que, por remate de cuentas, Carmen estrenase en paz sus lindos trajes y saliese a paseo a la Estación, después de la misa mayor del día de los Santos.

La miraron aquella mañana en el pueblo como a una desconocida; parecía otra.

Llevaba con exquisita gracia su modesto traje de señorita; se había recogido sencillamente los cabellos, cuyos ensortijados aladares daban a sus sienes puras la idealidad de una corona.

Pero lo más sorprendente, lo más admirable de la niña era aquella su incopiable expresión de delicioso ensueño, que encendía en sus labios sonrisas misteriosas y en sus ojos intensas y divinas luces.

Salvador la encontró al salir de la iglesia; iba Carmen con doña Rebeca y el marino.

La señora llevaba un semblante dolorido y amargo como si estuviera bajo el peso de alguna gran desgracia.

Fernando parecía un poco triste; su habitual sonrisa era algo forzada.

Solo Carmen iba poseída de íntimo gozo lleno de fulgores.

Se quedó Salvador absorto contemplándola, y el dolor causado por ella en el corazón del joven hacia días, se agudizó y le hizo palidecer.

Nada de esto advirtió la muchacha, engolfada en su interno delirio.

Fueron juntos los cuatro hacia la Estación, al paso menudo de dona Rebeca, que acentuaba su actitud de víctima musitando entre suspiros:

--_De fuera vendrá quien de casa nos echará...; unos nacen con estrella...._

Fernando y Carmen se adelantaron un poco, enveredados a la par por la mies adelante.

Mostrábase el otoño benigno y dulce, y era la mañana serena y luminosa.

Tenía el ambiente una cristalina diafanidad, una templanza gozosa.

Las praderas, enverdecidas con un pálido color de esmeralda, ofrecían suavidad fongé y amable, y en los hondones del terreno alzaban los arroyos su placido son.

Los bosques, despojados a medias, daban al paisaje una nota melancólica de marchitez poética, y su mantillo abundoso en amustriadas hojas, ponía un contraste pintoresco sobre el terciopelo verde de las campas.

La hoz trágica, abierta en el horizonte, levantaba sus montañas bravas y oscuras hasta el cielo, vestido de índigo color, terso y puro, sin un solo jirón de nube triste.

Carmen vivía con nuevas y potentes sensaciones toda aquella vida apacible y fecunda del valle.

Derramaba la sorpresa de sus ilusiones en las caricias con que miraba al cielo y al campo, al bosque y a la montaña, para luego recoger de toda aquella belleza más infinitos anhelos de vida imperecedera, de eterna esperanza de felicidad.

Cuando oyó a su lado la voz amorosa de Fernando, aquella voz que sabía tener para ella acentos subyugadores, irresistibles, se ruborizó de dulcísimo placer.

El no podía apartar los ojos de la joven.

Parecía que, mirándola, luchaba con una tentación dominante, y que, débil y antojadizo, se dejaba vencer de la mágica tentación.

Hablaron en voz baja, con las miradas confundidas y los corazones agitados.

Hacían una pareja encantadora.

Mientras tanto, Salvador, acompañando a dona Rebeca, iba gustando una cruel amargura insoportable.

Carmen no le parecía la misma.

No era su hermanita de Luzmela ni su protegida de Rucanto.

Era ya una mujer, era una novia; y lo era a los ojos de todos, a pleno sol, en plena posesión de todas las sensaciones divinas del amor, entregando su alma a otro hombre sin volverse a mirar si él padecía, si él se quedaba solo en el mundo, abandonado del único objeto de su vida....

Oía el médico, vagamente, el acento lamentoso con que dona Rebeca le iba diciendo:

--Pues si, alli se quedo, la pobre, trajinando; vino a "misa primera"...; es muy hacendosa, muy formalita...; ahora hay mucho quehacer en casa; icon Fernando y la ropa nueva de Carmen!... Porque es lo que yo digo: _tu que no puedes...._

Cuando llegaron al andén, donde después de misa solía pasear el señorío, Salvador se apresuró a despedirse con el pretexto de tener que visitar algunos enfermos.

Entonces, reparando el marino en la profunda alteración de sus facciones, observo:

--Tu también pareces enfermo....

El médico perdió su aplomo hasta el punto de no saber que contestar, y la despedida resultó fría y penosa.

XVI

Todo el resto de aquel día se pasó en Rucanto en una tesitura violentísima, pero sin una voz levantada, sin un insulto echado a volar.

Aquella calma amenazante parecía el presagio de una borrasca.

Dona Rebeca y Narcisa se eclipsaron en sus habitaciones, después de una comida silenciosa y triste.

Julio no se había levantado de la cama, y Carmen y Fernando todo lo hablaban con los ojos, en mudas contemplaciones, con una ansiedad llena de homenajes.

Uno y otro habían dejado casi intactos los platos en la mesa.

Como iban siendo breves las tardes, apenas dieron en el huerto unos paseos ya cayó la luz, y el paisaje se hizo impreciso y todo se enmudeció en la vega, a no ser la fresca voz del río elevada en gregario constante como un inmenso arrullo encalmado.

Los dos jóvenes entraron entonces en la salita baja y se acercaron a la reja que daba al jardín sobre el vano de la ventana.

Fernando buscó un taburete para sentarse a los pies de la niña, y como si cediera a un impulso contenido y frenético, con una embriaguez de palabras ardorosas, la habló de amarla mucho y amarla siempre.

Ella aturdida, hechizada, se dejó inflamar en aquel fuego divino que ya había prendido en su corazón, y respondió a la querrela amorosa con una encantadora reciprocidad de promesas.

El decía con una vehemencia arrebatadora; ella con una ingenuidad tan blanda y dulce que su voz regalada parecía un suspiro.

Hicieron su novela.

Se casarían, y él la llevaría en su barco por la llanura inmensa del mar bueno, de su amigo el mar.

Sería su viaje de novios como un vuelo sin fatiga por un desierto azul; sería la posesión pacífica y suprema de todos los gozos del amor, en un olvido absoluto de la tierra, en una excelsa meditación sin turbaciones,

en una vida nueva, sin límites, sin horizontes, inmensamente feliz.

Carmen veía como el cielo todo bajaba a su corazón confiado y noble; veía como era verdad que había en el mundo amor y ventura.

Fue aquel un idilio intenso, ferviente, vibrante, erigido en una hora de gloria humana, en que todas las ilusiones de Carmen florecieron con divinas rosas....

Una cosa acre, fría, inclemente, rodo encima de aquel himno armonioso.

Era la voz de Narcisa que pedía la cena.

Carmencita, incapaz de bajar de un solo paso desde el cielo rutilo y floreciente hasta el lobrego comedor de la casona, se deslizó hacia su dormitorio para recogerse un momento y componer su semblante transfigurado.

Iba casi a tientas por salas y pasillos penumbrosos, a los cuales la luna se asomaba un poco por las vidrieras desnudas.

No sabía la joven de cierto si pisaba en el tillo crujiente o en una nube esplendorosa y flotante, o ya en el barco milagroso de Fernando.... Iba alucinada, henchida de felicidad....

Al llegar cerca de su cuarto, sin miedo a nada ni a nadie del mundo, desasida de la tierra, elevada a todas las excelsitudes de la gloria, una sombra siniestra cruzó a su lado; la vio desvanecerse hacia el fondo oscuro del corredor. Con el corazón acelerado, entró en su aposento, y, buscando cerillas en su mesa, encendió una luz.

Miró en seguida a todos lados con zozobra, y encontró a su pobre Niño Jesús, colgado ignominiosamente de un clavo por los escasos cabellos rubios.

Corrió a libertarle de aquella burla sacrilega y vio con desconsuelo que habían tratado de sacarle los ojos.

Los tenía heridos, como si se los hubiesen pinchado con un punzón. En uno de ellos el cristal estaba roto con una incisión que laceraba toda la candida pupila.

Carmen no sabía que pensar de aquel ominoso atentado contra la sagrada imagen.

¡Había dado un tropezón tremendo desde su nube o su barco contra la siniestra sombra hundida en el corredor!...

Un minuto más que hubiera ella tardado, y el pobre Santo, indefenso, hubiera perdido sus dos ojitos clementes, llenos de lágrimas.

Irguióse la muchacha, indignada, con el Niño en los brazos, y le besó con ternura compasiva, dispuesta a defenderle y amarlo contra todas las sombras perversas de Rucanto.

Cerró su puerta con llave para bajar al comedor, y al entrar en él vio que Julio, a quien ella creía enfermo, estaba allí, espiándola con ojos acerados; y como fulgurase sobre ella una mirada sanada, semejante a una maldición, acercándosele, serena y valiente, le miró retadora hasta hacerle inclinar la cabeza.

Carmen paso la noche en vigilia febril.

El sueño de las altas horas le pesaba en los párpados, rendidos; pero acunada por la nave milagrosa de su novio y perseguida por la imagen fatidica de Julio, no podía dormir ni sosegar, hasta que, ya alborozado, se sumió en un leve descanso lleno de estremecimientos.

Despertose bien entrada la mañana y le pareció oír lamentos y carreras, como en los días aciagos de aquella casa.

No se inquieto gran cosa, pensando que la presencia benigna del marino encalmaría bien pronto aquella tempestad.

Empezó a vestirse lentamente delante de un espejito tan pequeño que se iba viendo en el "por entregas", y reparando en ello se sonreía.

Estaba llena de sonrisas Carmen aquella mañana.... Una sonrisa para el espejo donde, inclinándose, vio su cara preciosa un poco descolorida; otra sonrisa para la ventana, ya acariciada por el sol pálido de noviembre...; otra, para el cielo; los ojos garzos y acariciadores de la niña subieron hasta el dulcemente al través de los vidrios empañados por la helada.... Estaba todo azul; ¿no había de estarlo?... Azul tenue el cielo, dorado desvaído el sol, verde apagado la campiña...; ¡qué bonitos colores tenía la vida aquella mañana!

Y en el firmamento apacible cabalgaba una nubecilla blanca y graciosa que parecía una vela marina hinchada por el viento...; ¿si sería un barco?...

Carmen quedó absorta en una deliciosa meditación. Estaba abrochando los botones del peinador y volvió a mirar hacia el espejito, donde ahora se reflejaban sus dos manos nacarinas ajustando la tela sobre el pecho.

Y en esto llamaron a su puerta.

--Señorita, señorita..., tenga.

Y le dieron una carta.

--¡Cosa más sorprendente!...

La sirvienta se quedó allí, mirándola con rara curiosidad, y la joven, asombrada, preguntó:

--¿De quién es?

--Del señorito Fernando; me la dio para usted antes de marcharse.

--Pero, ¿se ha marchado?

--Y bien de madrugada...; tomo el primer tren.

Carmen se apoyó en el borde de su cama deshecha y tibia, y con las bellas manos temblorosas abrió la carta.

Leyó con ojos de sonámbula, desmesurados y turbios.

"Carmencita: Niña santa y hermosa, que me has querido en la hora más grata de mi vida, te digo adiós con mucha prisa y con mucha pena: con prisa porque debo separarme de ti cuanto antes; soy malo y temo hacerte mucho mal...; con pena porque me duele el corazón al dejarte.... Solo tengo una cosa buena: que me conozco. Esta única virtud la pongo humildemente a tu servicio por encima de mis tentaciones y de mis

ansias.... Olvidame: hazte la cuenta de que nuestro barco de novios ha naufragado y tu te salvaste pura y sana, en la playa del olvido.... Si hoy te hago sufrir un poco, perdoname pensando que he tenido lastima de ti y me trato sin compasion al decirte adios.... Fernando."

La nina de Luzmela alzo los ojos de la carta y paseo por el cuarto una sonrisa estúpida, que fue a posarse como una mariposa atontada sobre el Nino Jesus lastimado, erguido en su rinconera.

Se quedo Carmen mirandole como si nunca le hubiera visto...; ique feo estaba y que ajada la ropa! Pero ¿adonde miraba ahora el Nino Jesus?... No se sabia.... ¿Hacia la ventana?... No.... ¿Hacia la puerta?... Si; hacia la puerta.... ¿A ver?

Carmen volvio la cara y alli estaba todavia la criada, boquiabierta, haciendose la remolona, con una mano en el picaporte y otra en la cintura, como si esperase algun recado....

La señorita la miro sin dejar de sonreir, con una helada expresion que daba espanto, y la moza dijo:

--Con que se despide don Fernandito, ¿eh?

Entonces, Carmen, estremecida, agito maquinalmente la mano que tenia inerte sobre la falda, con la carta abierta, y respondio:

--Si....

La mozena dio dos pasos dentro de la habitacion, y confidencialmente relato:

--Estos señoritos son el diablo.... Ya ve, a usted la cortejaba, como quien dice, y lo mismo hacia con Rosa la del Molino.

Carmen movio lentos los labios para decir:

--Rosa....

--Si; usted "no caera".... Como usted apenas sale de casa, no conoce a la mocedad de Rucanto.... Pues es una, aparente ella, pinturosa de la rama y de mucho empaque....

Carmen volvio a decir, como en un delirio:

--iRosa!...

Y a tal punto oyeronse mas lamentables y distintos unos gritos agudos en el fondo de la casa.

La criada salio corriendo por el pasillo adelante y Carmencita volvio a posar los ojos, errantes y nublados, sobre el Nino Dios de madera.

Ya el nino no miraba a la puerta.... ¿Adonde miraria?...

La muchacha, sumida en la insensatez confusa de sus pensamientos, sintio clavarsele en el cerebro aquella curiosidad inexplicable, que le dolia como una punzada violenta.

¿Adonde miraba el Nino Jesus?

Con un andar forzoso y mecanico se le acerco lentamente.

El nino no miraba a parte alguna.

Estaba tuerto, estaba herido, estaba triste y despeinado..., con el

traje en desorden....

Después de contemplarle un rato en atenta inmovilidad, Carmen se agachó un poco para mirar otra vez su cara en el espejo.

También ella estaba despeinada y triste, con los labios blancos, las ojeras negras, los ojos huraños, el vestido a medio cenir.... ¡Qué feos estaban el pobre Niño de madera y la pobre niña de carne!...

Y se sonrió otra vez como una idiota.

Por su puerta entreabierta entro en aquel momento un agrio rumor semejante al graznido del carabo.

Todo el cuerpo de Carmencita tembló, y sin dudar ni un segundo, sin volver la cabeza, despierta a la realidad de los sucesos, en una brusca sacudida de su ser, murmuró:

--Es Julio, que ríe.

XVIII

Dona Rebeca se rebullía en su cuarto con las crenchas blancas tendidas en enredada madeja, con los brazos secos alzados como las quimas de un árbol marchito que se elevase al cielo pidiendo venganza.

Gesticulaba y maldecía y decía refranes a destajo....

Encima de una silla, con la tapa levantada y el seno vacío, se estaba muy echada para atrás, y muy burlona, una cajita de hierro, cuyo contenido se había llevado tranquilamente el joven Fernando, el hijo predilecto y mimado de la señora. Ella misma le había dado la llave de la caja, diciéndole muy acaramelada y blandamente:

--No quiero hacerte de menos, hijo; tu eres aquí el amo; para eso eres el mayor, un hombre de carrera, tan cabal y buen mozo....

Y el buen mozo tomó para su viaje los fondos de la familia, todos los ahorros de la renta, destinados a pagar deudas apremiantes, y "el quinto" de Julio, y salarios y obligaciones urgentes de la casa.

En las entrañas huecas de la caja dejó Fernando un billete que no era, por cierto, de Banco, y que decía:

"Tengo que marchar inmediatamente, sin tiempo para despedirme, y llevo este dinero porque lo necesito y porque algo he de disfrutar yo de la herencia de tío Manuel...."

Dona Rebeca, ante la insolencia provocativa de aquella arrasada, se desató en improperios contra el hijo guapo de su corazón, y pensando con terror en el desquite que Narcisa se iba a tomar a costa de aquel despojo, entono la salmodia estupenda de sus refranes:

--Al arca abierta, el justo peca.... Del enemigo, el consejo.... Fiate de la Virgen....

¡Era toda un puro berrinche la señora de Rucanto!

Narcisa, enterada del suceso, tuvo la más despiadada y cruel sonrisa para la boca abierta de la madre y de la caja, y encogiéndose de hombros comenzó a congratularse de haber acertado en sus pronósticos. Y todos

sus ademanes y sus dichos eran una jactancia orgullosa de sibila, una mofa hiriente y sangrienta para la desmelenada senora....

Julio no paro mientes en los gritos de las damas ni en la desaparicion de la bolsa, sino en la cartita que la criada, guinando maliciosa, llevo al cuarto de la novia. Aquel acontecimiento habia hecho reir a Julio a carcajadas por primera vez en varios anos.

Todo se desquicio lugubrementemente en la casa de Rucanto desde aquel punto y hora.

Ya no hubo un minuto de paz ni siquiera aparente; ya, sin la blanda influencia de Fernando, se volvio a endurecer la vida aspera y zaharena de aquella gente; ya, sin dinero y con trampas y apuros, volvio la estrechez de los dias negros a caer implacable sobre el tragico caseron.

Cuando Andres se entero por Narcisa de la hazana de su hermano, dio de punetazos a los muebles y de patadas a las puertas, y crujieron maderas y cristales, temblaron las habitaciones y rodaron las blasfemias de una estancia en otra con un eco sacrilego y temerario.

Dona Rebeca, tiritando de miedo ante aquel furor, huyo como alma diablesca por los misteriosos escondrijos de la casona.

En el paroxismo de su ira oyo Andres el nombre de Carmencita.

--?No sabes?--le decia su hermana, serena en medio de aquella borrasca--: "la dejo plantada".

El barbaro mozo se calmo de repente, deteniendo el trueno de su voz ante la imagen seductora de la nina.

--?Donde esta?--pregunto ansioso.

--No se; ahi, por algun rincon; esta muy triste.

--Quiero verla--rugio el monstruo.

Y se puso a buscarla por la casa adelante.

Iba diciendo siempre:

--Quiero verla, ¿donde esta?

Narcisa le contemplo con sorpresa primero; despues, con gozo; luego, con una crueldad brava y horrible.

Corrio tras el y le dijo con voz opaca, llena de perfidia:

--?La quieres?... Yo te la buscare.... Te la doy para ti..., te la regalo....

Y los dos se lanzaron a la caza de Carmencita, oteando febriles como dos canes buscones.

No la encontraban.

Andres se iba impacientando.

Para animarle, Narcisa le sirvio una incendiaria copa de ron. Luego que la hubo apurado de un trago valiente, dijo Andres:

--¡Otra!...

Y la terrible senorita se la volvio a llenar.

Todavía Andrés presentó la mano extendida, insistiendo:

--¡Mas!

Y todavía la hermana volvió a escanciarle.

Siguieron buscando. El mozo, tremulento, daba tumbos y juraba balbuciente; ella se reía y le iba proponiendo:

--Te casas con ella si quieres..., y si no..., no te casas....

Al atravesar la antesala encontraron a doña Rebeca, toda despavorida y angustiada, apretando convulsa un puño de pesetas.

La contempló Narcisca, cenuda, como indagando de donde había sacado "aquello"; pero ella se apresuró a depositar el tesoro en los hondos bolsillos de Andrés, prometiéndole:

--Ya te dare más..., mucho más....

Andrés se olvidó de Carmencita.

Metió su zarpa agresiva en el bolsillo repleto, y haciendo sonar las monedas con demente regocijo, hizo un ademán grosero y ganó la puerta de la calle, meciéndose en balances peligrosos y borbotando desatinos.

Le contempló Narcisca con desprecio olímpico, murmurando:

--Ni para _eso_ me sirve este bruto; pero si no es hoy será otro día....

XIX

?Donde estaba aquella tarde de infames maquinaciones la niña dulce y buena de los ojos garzos?...

No había encontrado ningún regazo suave donde llorar, ningún amable retiro donde consolarse.

Estaba escondida como un delito, oculta como una pena, en el cuartito del sobrado, recostada con fatiga y desaliento en el quicio de la ventanuca.

El gato, espeluznado, la rondaba mimoso, y ella, lentamente, le pasaba la mano por el lomo.

Ya no estaban los cielos azules, ni los campos verdosos, ni las horas doradas por el sol.

La tarde, cargada de tristezas, subía por el valle con trabajo, luchando con la neblina y con la lluvia. Venteaba, y todos los árboles, deshojados, accionaban con trágicos ademanes, alzando hacia las nubes grises sus brazos desnudos. Gemía la lluvia en incansable lloriqueo y todo era desolación y acabamiento en el paisaje, lo mismo que en el alma inocente de la niña de los ojos garzos.

Nublados de lágrimas, miraban aquellos ojos hacia el pueblo de Luzmela. Pero Luzmela se había hundido en la espesura sombría de la tarde.

Solo en algunos momentos, entre la niebla jironada, aparecía austero y lejano el perfil de la torre señorial.

Entonces Carmencita se enjugaba los ojos con presteza y miraba, miraba toda anhelante.

Y aunque ya la niebla se hubiera cerrado tragandose otra vez la silueta grave de la torre, la muchacha veia siempre a Luzmela, haciendo de la graciosa aldea de sus amores una evocacion intensa y fervorosa....

Alli, la iglesia, con su maciza planta de basilica, su puerta de arco de medio punto, sus saeteras y su campanario tosco, rematado por una cruz de piedra...; alli, el caserio breve y blanco, humilde y placentero...; alli, el palacio, con su patriarcal solana, su balconaje de hierro y su escudo nobiliario, y adosada al palacio, senoreandole y prestandole aspecto de fortaleza, la torre, sobre cuyos labrados dinteles campeaba la piadosa divisa _Credo in unum Deum_. La aldea habia tomado su nombre del palacio, que, rodeado de fincas rusticas, extendia sus dominios por la pujante ladera hasta el espeso ansar ribereno del _Salia_. Todo el valle era tributario de la casa noble de Luzmela. El palacio rico y el caserio pobre se confundian en una misma cosa: un cuerpo equilibrado y robusto, regido por el alma piadosa del dueno del solar.

--Alli, en Luzmela, todo era paz y amor--pensaba la nina sonadora--, asi como aqui, en Rucanto, todo es odio y venganza.

Y temblo la pobre.

Presto oido atento.... ?Renian?... ?La llamaban?... No; estaba muda la casona; Carmen podia seguir sonando.

Sonaba con la mirada desvaida y los labios entreabiertos..., estremecida de frio..., con las mejillas humedas de llanto.

Preguntaba, desorientado, su corazon:

--Pero ?quien soy yo? ?Como me llamo yo? ?Que hago en esta casa?... Padrino, ?eres tu mi padre?... Y mi madre, ?quien es?... ?Es una madre muy triste que anda por el mundo buscandome?... ?Era acaso una mujer muy blanca, muy bella, que se murio sonriendo?... ¡No se, no se quien era mi madre, ni quien mi padre, ni quien yo sea!...

Y de pronto se le ilumino la cara con un fugaz resplandor de alegria, mientras aun su corazoncito soliloquio:

--¡Ah, pero tengo un hermano!... Tengo a Salvador; lo habia casi olvidado.... Di, Salvador, ?eres tu hermano mio?... Yo quiero que lo seas..., yo quiero irme contigo, Salvador....

Y se quedo escuchando, como si su amigo fuese a responder, como si fuese a llegar en aquel momento.

Pensaba en el la nina con una dulce seguridad, con un suave y cordial afecto.

Salvador era para ella el recuerdo vivo de su felicidad huida, la personificacion de sus bellos anos infantiles. Le veia inclinado con afanoso interes sobre el padrino doliente; le veia alegrando siempre la sala silenciosa del palacio con el repique sonoro de sus espuelas y la jovial resonancia de su risa saludable...; le veia amable y servicial con los pobres del contorno, con los criados de la casa; siempre amoroso y complaciente con ella, la hija del misterio, convertida entonces en reina de un hogar.

Carmencita se exaltaba en la memoracion de aquellas horas apacibles de su vida, de las cuales solo le quedaba aquel testigo: Salvador.

La barba rubia del medico le recordaba a la nina la de los santos que veia en los altares: era una barba riza y suave que estaba pidiendo un nimbo celestial para la cabeza serena y dulce de aquel hombre todo bondad.

Y Carmen, desde la imagen benigna de Salvador lanzaba su pensamiento vertiginosamente a la imagen seductora y perfida de Fernando, y se estremecia con temblamientos angustiosos. Fernando le parecia un sueño delicioso y doloroso que le mordía el corazón. Abria los ojos despavoridos encima de aquella memoria incitante, y no sabia que cosa le atraia mas a la vision tentadora, si era el gozo de amarla o el quebranto de perderla.

Y cuando lograba sacudir de encima aquella imagen, con un poderoso arranque de su alma y de su cuerpo, volvia a llamar a Salvador en su auxilio; pero, sin acordarse nunca de que el era un hombre propenso al amor, con unos ojos sinceros y acariciadores que la miraban, como interrogandola, como averiguando.... No; ella solo pensaba.... ¿Salvador, eres tu hermano mio?...

XX

En vano Carmencita hubiera hecho a gritos aquella pregunta desde la tronera de la casona. Salvador no hubiera cruzado el camino al alcance de su voz apesurada.

Salvador estaba muy lejos de la paz gimiente del valle y del cantar ronco del _Salia_.

Despues de aquel memorable dia de Todos los Santos en que el medico vio a la nina enamorada de otro hombre, midio varias noches los salones solitarios de Luzmela con sus pasos automaticos y sonoros, y se agito insomne y nervioso, muchas horas, en el monumental lecho de roble donde don Manuel de la Torre murio sin consuelo.

Y una manana muy nublada y tormentosa, Salvador llamo a Rita y le dijo:

--Esta tarde salgo de viaje.

Rita, que andaba cavilosa leyendo misteriosos motivos en la pena visible del medico, pregunto alarmada:

--¿Adonde, señorito?

--Voy a Paris, como otros años.

--Pero siempre iba en primavera.... ¿Con este tiempo ha de salir de casa?... ¿No oye como "suenan las nubes"?... Habrá temporal.... El viento levanta tolvaneras por esos caminos.... ¿Tanta prisa tiene por marchar?...

--Prisa tengo, mujer; no puedo esperar ni un solo día....

Rita, convencida de la decisión del joven interrogó con blandura:

--¿Despidióse de la nina?

El se volvió a otro lado para responder.

--Ya me despedí.

--?Y queda contenta?

--Muy contenta...; como nunca....

--?Esta seguro, señorito?

--Segurísimo.... Anda, Rita, preparame el equipaje...: pon lo que te parezca...; poca cosa, una maleta pequeña.

--?Va entonces por poco tiempo?

--No lo se todavía...; ya vere.

Y se encerro en su cuarto, en un paseo incansable, como de fiera enjaulada.

Rita, sintiendo aquellos pasos violentos que desde hacia días retumbaban en los aposentos callados con isocrono rumor de maquina, movía la cabeza y suspiraba, mientras colocaba en una maleta camisas y calcetines y prendas interiores de abrigo.

Por la tarde, ya ensillado el caballo del señorito, próxima la hora del tren que había de tomar fuera del pueblo, rondaba Rita el cuarto del viajero, muy compungida.

Al salir le dio el médico la mano, y le dijo revelando preocupación secreta:

--Si ocurre algo en Rucanto me escribes o me telegrafías, ya te dire adonde.

Se despidieron.

Toda la servidumbre se asomaba al zaguán; los mozos de las cuadras se hacían los encontradizos en la corralada, y Rita, detrás del señorito, se enjugaba los ojos en silencio. Partió Salvador, diciéndoles a todos con la mano un adiós afectuoso; llevaba en el semblante extraña expresión de angustia.

XXI

Al siguiente día, el trasatlántico francés _San German_, que zarpaba del puerto de Santander, llevaba sobre cubierta un melancólico pasajero de barba rubia, que desafiando la crudeza de la temperatura y la desapacibilidad de la tarde, parecía embelesado en la contemplación de las aguas y de la costa.

Iba pensando aquel pasajero: ¡Pero que triste es el mar, Dios mío, y la tierra que triste es!

Se puso entonces a mirar el cielo, y después de una meditación extática dijo, mas con el corazón que con los labios: ¡Y el cielo también es triste!...

Ya de noche, Salvador, que era el pasajero de las contemplaciones doloridas, apoyado en la borda, escuchaba absorto la respiración sollozante del mar. La costa se había borrado en la lejanía y la sombra había caído densa sobre el impetuoso Cantabro, envolviendo al barco en el espíritu aterido y misterioso de la noche.

Al lado del joven pensativo resonaron unos pasos, que llevaban el compas, gratamente, a una linda barcarola.

Salvador volvió la cabeza hacia aquel lado y aguzó en la oscuridad su mirada.

Vio la talla aventajada de un hombre, y le pareció a su vez que aquel hombre le miraba con atención....

Y tanto se miraron uno a otro, que dos nombres, pronunciados con sorpresa, rodaron sobre la cubierta, entre la monstruosa palpación del buque, y fueron a extinguirse en el rumor profundo de las olas.

--¡Salvador!

--¡Fernando!

--¿Adónde vas?

--Al Havre...; ¿y tú?

--Exactamente, chico, al Abra de la Gracia, que diríamos los españoles traduciendo.... ¡Pero que encuentro más original!... Yo te hacía en Luzmela.

--Y yo a ti en Rucanto.

--Mi viaje ha sido imprevisto.

--El mío también.

--Asuntos profesionales, ¿eh?; empeños arduos y piadosos de ciencia y humanidad, ¿no?

--Sí..., cosas de humanidad...; y a ti, ¿qué te trae por estos mares?

--¡Ah!, cosas triviales, sin importancia, amigo. A mí, cualquier viento me hace girar como a una veleta.... Las velas de "este navío" se hinchan con todas las brisas que pasan.

Estaba Fernando tan risuero y gentil como de costumbre, tan dueño de la situación como solía estarlo.

Salvador, en cambio, tenía conmovido todo el cuerpo a impulsos de toda el alma. Barajaba, con loca precipitación, el viaje sorprendente del marino con el enamoramiento de Carmen, y en su espíritu se hacía una noche tan cerrada como aquella que envolvía a los dos mozos sobre la cubierta oscilante del _San German._

Por un momento tuvo el médico la desatinada idea de suponer que el marino llevaba a la muchacha en su compañía; pasó como un rayo por su imaginación febril la posible realización de un rapto o de una fuga, y, mirando a su rival a un paso de distancia, le preguntó con insensato afán:

--¿Y Carmen?

Esta pregunta, así aislada y ansiosa, podía haber sido una revelación para Fernando; pero no fue sino un motivo de dulce sonrisa, y contestó apacible:

--Pues tan buena, y tan bonita.

Como si Salvador hubiera querido preguntarle únicamente: ¿qué tal dejaste a la novia?

Aguijoneado por la impaciencia, y sin saber ya lo que decia, anadio el medico:

--Habra sentido mucho tu partida.

El otro, con infulas de filosofo, puso otra sonrisa benevola sobre estas palabras:

--?Mucho?... Las ninas de diez y ocho anos nunca "sienten" mucho, por muy romanticas que sean....

--?Es ella romantica?

--Todas las buenas lo son.

Salvador, asombrado, dijo:

--Si, ?eh?

--Pues claro, hombre; la bondad de las mujeres es puro romanticismo. Yo conozco mucho el genero; las mujeres son mi flaco...: lo tengo en la masa de la sangre, chico; ya ves, mi padre..., mis abuelos..., mi tio....

Salvador callaba mirando a Fernando de hito en hito con ardiente ansiedad.

El marino, con los ojos vagamente perdidos en el misterio del mar, siguio contando:

--Pues si: es romantica y tentadora la nina de Luzmela...; te confieso que hasta se me paso por la cabeza casarme con ella, y hasta se lo propuse en una divina hora de debilidad amorosa.... Tuve su alma en mis manos, una almita dulce y santa, llena de atractivos...; fui romantico yo tambien, adorando a aquel angel que vive en mi casa por un crimen de lesa humanidad. La misericordia y la simpatia me fueron metiendo a Carmen en el corazon; luego ella, con una adorable ingenuidad, hizo el resto, y llegue a sentirme apasionado por mi prima..., porque es mi prima, se lo he conocido en lo ardiente de la mirada, ?sabes?

Salvador dijo que si con la cabeza.

Y Fernando interrumpio su relato para interrogar:

--?No estariamos mejor en el salon de fumar? Aqui hace mucho frio.

--Vamos donde quieras.

Se cogio el marino del brazo del medico, y se hundieron ambos en la breve puertecilla de la camara.

Dentro del fumador se sentia mas intenso trepidante el resuello del buque y quedaba confusa y apagada la voz grave del mar.

Sentados en las blandas almohadillas de un divan, los dos amigos encendieron sus cigarros en silencio, y luego el marino, sin petulancia, con una sinceridad admirable, reanudo su relato:

--Pues Carmencita me queria, chico; ivaya una tentacion! Pero yo no soy malo del todo, Salvador; yo soy lo mejorcito de la familia, ?sabes?, y me dije: yo, a esta chiquilla la hago desgraciada si me quedo aqui...; yo pierdo a esta nina, porque en el mas honrado de los casos, casandome con ella, la pierdo...: ivaliente marido haria yo, prendado cada semana de una moza del contorno!... ?No sabes tu que yo me enamoro todas las

semanas?... Pues si, hijo, no lo puedo remediar.... Ya ves, amando a Carmencita por todo lo alto, me amartele atrocemente con Rosa la del Molino.... ¿La conoces?

Salvador hizo otro signo de asentimiento.

--Bueno; pues no me negaras que es una mujer con "todas las agravantes", una "super-hembra" con una "arboladura", y un "calado"....; vamos, te digo ique la mar y los peces de colores!...

Y Fernando dio una larga chupada a su cigarro, lanzo el humo leve al techo artesonado del saloncito y se quedo mudo y sonriente, como en la grata contemplacion de una gaya imagen.

Despues de un extasis breve y dulce, suspiro y dijo:

--No quise yo meterme en lios, alli a la vera de mi casa; bastantes escandalos hemos dado en el pueblo los senores de aquel solar.... ¡Luego, Carmencita!... Aquel era para mi otro cuidado mas fino, otra mira mas noble, Salvador...; me asuste al pensar que podia hacerla llorar y sufrir toda la vida, y tuve el valor de renunciar al divino manjar de su carino. Yo me conozco; muchas veces me he juzgado ya enamorado _de veras_, y me he equivocado siempre. En materia de amores, parece que pesa sobre mi la maldicion del judio. ¡Voy errante a traves de las mujeres y en ninguna me puedo detener...! He enganado a muchas, ia muchas!..., porque yo tengo partido, ¿sabes?... y yo tengo labia... y hasta parezco listo; hombre, ¿no te da risa?...

¡Vaya si al medico le daba risa....

Siguio su cuento Fernando.

--¿Pero a Carmencita la habia yo de enganar?... ¡Vamos, hombre, de eso no es capaz este cura!... Ya te he dicho que yo no soy siempre malo....

¡Que habia de serlo! A Salvador le estaba pareciendo un angel del paraiso.

El marino se volvio hacia su amigo, para preguntarle alegremente:

--¿Pero no dices nada? ¿Que te sucede?

--Estoy pensando en todas esas cosas que me cuentas.... Son muy interesantes.

Y para disimular un poco su ensimismamiento, anadio:

--Conque tu, ahora, al Havre....

--Si, hijo mio, camino de Paris. Voy a divertirme un poco antes de volver a navegar.... Las francesas.... ¡oh las francesas!... Las puras mieles, Salvador; ya las conoces....

--Si, ya las conozco--murmuro el medico.

Y dijo, de pronto, Fernando:

--Pero tu no eres de mi cuerda; no te divierten mis aventuras ni te enardecen mis proyectos.... Para ti la mujer es una cliente, un caso patologico.... Ya se que eres un San Antonio sin tentaciones.... Apuesto a que no has reparado en Rosa la del Molino, ni en la propia Carmencita; y, mira, esa era para ti que ni pintada...; ¿por que no la pretendes?

Desemblantado y confuso, contesto Salvador:

--No me querría....

--¿Como que no? Deja a un lado la modestia, hombre; tu no eres "costal de paja"; un mozo de carrera y de fortuna, de tu reputación y de tu prestigio; ¡pues ahí es nada! Eres digno de ella, Salvador, serías una primorosa pareja; y luego, chico, sacabas un alma del purgatorio, porque te confieso que la niña de Luzmela lo pasa muy mal con mi gente..., pero muy mal..., como lo oyes. Yo no sé su tutor que hace, ni acabo de entender ese lio del testamento de su padre; pero creo que alguien tendrá obligación de mirar por esa criatura, y esa obligación no se cumple.... Mira, hay en mi casa para ella hasta el peligro bárbaro de Andrés, ¿sabes?... Andrés la mira con buenos ojos..., es decir, con los malos ojos turnos que tiene y que no delatan ni una sola intención derecha. Luego, mi hermana la tiene una envidia feroz..., y mi madre..., yo no debía hablar mal de mi madre, ¿verdad?, pues solo te dire de ella que no está en su sano juicio. He hecho por Carmencita cuanto he podido. Mientras estuve allí la defendí contra todos y la proporcioné algunas alegrías.... Ahora tal vez ha llorado un poco por mi causa; no acierto nunca a hacer las cosas con perfección; pero te aseguro, Salvador, que me he portado con ella todo lo mejor que he podido.... ¡como que estoy una barbaridad de contento y orgulloso!... Choca esos cinco, hombre....

Salvador chocó, no "los cinco", sino "los diez", tendiendo las dos manos al marino con muda gratitud.

Había atendido a la última parte de aquella franca confianza con una inquietante perplejidad, sumiéndose en temores agrios y mordientes, con la conciencia alterada por la zozobra cruel de haber abandonado a Carmen en medio de los peligros siniestros de la casona de Rucanto. Hubiera querido unas alas para tenderlas hacia aquella niña querida que lo era todo para él en el mundo....

Tuvo que hacerse una dura violencia y seguir departiendo con su amigo sobre aquel inesperado viaje de los dos.

Afortunadamente, Fernando hizo el gasto de la conversación, y con su peculiar desenfado fue refiriendo jovialmente todas las fases de su escapatoria, sin omitir aquella de la desahogada caricia hecha por su mano a la cajita de hierro.

Con acento un poco cínico, comentó, riéndose:

--Esta mal hecho..., ya lo sé, ¡que demonio!; pero yo necesitaba salir de Rucanto a escape, sin despedidas ni explicaciones; me hacía falta dinero, y ya, de coger algo, cogí todo lo que había...; ¡que se arreglen como puedan!... Venía yo de muy mal humor...; sacrificarse duele, hombre; hace mala sangre y pone la vida oscura. Yo pensé: llevando guita abundante, puedo distraerme un poco...; olvidare sin dolor a la niña de Luzmela y a Rosa la del Molino...; ¿y no es también de justicia que yo pruebe el dinero de tío Manuel?

--Claro que sí--dijo Salvador distraído.

--Pues aquí me tienes, médico, caminito de París...; ¿y tú?

Salvador, vacilante, repuso:

--Probablemente también ire a París; pero por de pronto me detendré en el Havre unos días. ¿Tu vas derecho a la capital?

--A toda prisa, hijo; me interesa poco el gran puerto que los revolucionarios llamaron Havre-Marat....

Ya crecida la noche, se despidieron Salvador y Fernando en el charolado pasadizo de sus camarotes; pero el médico, apenas soportados unos

minutos dentro de la minúscula pieza, se aventuro de nuevo por los intrincados corredores de la cámara y ganó la cubierta, presuroso y anhelante, con paso de fantasma, sin alzar ningún ruido bajo la suela de goma de sus zapatos marineros.

Un desasosiego punzante le empujaba a moverse y a levantar sus ojos en callada consulta hacia el cielo.

Estaba toda la luz estelar presa en la extrema cerrazón de la noche, y en vano Salvador trataba de avizorar, con atónita mirada, el secreto sagrado de la altura. Su alma, serena y apacible en las corrientes diarias de la vida, se sentía en aquella hora atribulada con honda ansiedad.

Avaro de vivir para sus esperanzas, suponía que la muerte le acechaba, volando astuta en el seno del abismo, y a cada vuelta estridulante de la hélice se acongojaba pensando como la fatalidad le alejaba del rincón de su valle, donde la mujer de sus amores padecía y lloraba, tal vez llamándole, atormentada y perseguida.... Un pesimismo desesperante le hacía escuchar ecos de naufragio y agonía, y prestando atento el oído con demente zozobra, percibía distinta y trepida una voz de desgracia que nacía en el fondo gimiente de las olas y culebreaba entre la madeja de los mástiles, hasta extinguirse como un suspiro en la sombra infinita de la noche....

No sabía de cierto Salvador si era aquella la voz querrellosa y tímida de su amada, o un halito de misteriosa tragedia que iba a perderse a un desierto playal en las alas negras del viento....

Escuchaba y temblaba, y tenía llenos de lágrimas los ojos interrogadores, donde fulgía una varonil expresión enamorada y ferviente....

TERCERA PARTE

I

Carmencita tendía desolada sus manos en las tinieblas, a tientas en su senda, otra vez nublada por densa nube. Así andando, despavorida entre la sombra, llegó a la parroquia de la aldea, y se arrodilló delante de un confesionario.

Dijo sus dolores al padre cura, y el buen señor, compadecido, le dio unos consejos llenos de santa intención, y le dio, también, un librito de letra diminuta, escrito por un tal Kempis.

Al darsele, díjole el sacerdote con sentenciosa convicción:

--Le abrirás "a bulto" y leerás todos los días los renglones que la Providencia te ponga delante de los ojos...: esa es la fija...; así Dios te adivinara las necesidades diarias de tu vida y te dara paz y consuelo.

Obedeció sumisa la muchacha, y de hinojos, abatida y suspirante, leyó el primer día:

"Muchas veces por falta de espíritu se queja el cuerpo miserable. Ruega, pues, con humildad al Señor que te de espíritu de contrición y di con el profeta:

"_Dame, Señor, a comer el pan de mis lagrimas, y a beber con abundancia el agua de mis lloros...._"

Aquella tarde fue Rita a Rucanto, impaciente por ver a su nina y saber si era cierto que estaba tan contenta como el medico habia dicho.

Encontro abierta la casa, y a su llamada nadie respondia.

Fue subiendo la escalera lentamente y se deslizo un poco azorada por los pasillos.

Un silencio temeroso le salio al paso, y ya iba a retroceder asustada, cuando oyo unos quejidos lastimeros detras de una puertecilla.

Eran ayes y juramentos de una voz estridente y amarga.

Empujo Rita la puerta con recelo, cautelosamente, y vio en un cuarto hondo y destartalado una cama estremecida por un cuerpo tremuloso.

Sobre la almohada, de limpieza equivocada, se balanceaba una cabeza parda y amarilleaba un rostro en el cual refulgian las llamas diabolicas de unos ojos.... Aquel enfermo era el que gemia con acento maldiciente y desatinado.

Iba Rita a entornar la puerta, llena de pavor, cuando vio a los pies del lecho alzarse una figura delicada y gentil, que avanzaba hacia ella con los brazos abiertos, y a poco tuvo a Carmen acariciada sobre su corazon viejo y bondadoso.

Salieron las dos por el corredor adelante, y la anciana iba preguntando, atonita:

--Pero, ¿que tiene Julio?

--No se--dijo la mansa voz de Carmencita--; ya oyes como se queja; esta muy malo del cuerpo, sin duda..., y el alma ... ya ves como la tiene: solo salen de ella palabras horribles....

--?Y por que estas tu con el?

--Porque le tengo compasion...; nadie le quiere ni le cuida....

--?Y "ellas"?

--Estan muy enojadas...; no tienen dinero....

--Me dijeron que el marino se habia marchado.

Carmen, con la voz vacilante y el semblante muy blanco, dijo:

--Si....

--?Y es cierto que se llevo los cuartos?

--Dicen eso...; yo no lo se....

Desconocia Rita la pagina amorosa de Carmen, rapida y casi secreta, y observando con inquietud la turbacion de la joven continuo:

--Parece que andaba liado con Rosa la del Molino....

Se quedo callada la nina, mirando con mucha insistencia al ruedo de su vestido.

Habian llegado a su cuarto, y sentadas en las dos unicas sillas del

aposento, hablaron de Salvador.

Carmen, que ya tenia noticias de su partida, se maravillo de que no hubiera ido a despedirse de ella.

Entonces se quedo Rita muy asombrada, y descubrio por primera vez una mentira de seniorito.

--Aqui hay gato encerrado--penso, y trato de obtener de la muchacha alguna luz para alumbrar aquel misterio.

Pero ella hablo de Salvador con grato afecto, sin revelar ninguna cosa extrana.

Rita hizo girar por el cuarto sus ojos de presbita, curiosos y esforzados, y se condolio:

--Hija, que habitacion tan _ruina_ tienes...; ?no hay otra mejor para ti?

--Yo escogi esta; aqui estoy bien.

--No te criaste asi, que tenias en tu cama colgaduras de damasco y en tu gabinete sitaliales de tisu y mesas con marmoles....

Carmencita tendio por su rostro una sonrisa llena de lagrimas.

La vieja, angustiada, le acaricio las manos, y al punto exclamo:

-iQue frio tienes!... ?No llevas bastante abrigo? ?Estas tu tambien enferma?

La acogio en su regazo como para darla calor, y comenzo a besarla.

Carmen rompio a llorar con espasmo anhelante.

A Rita le resbalaban por las arrugas de las mejillas unos lagrimones como punos, y, con hipo de sollozos, le decia a la nina:

--Salvador vendra en seguida; te llevaremos a Luzmela...; no llores, santa mia, no llores, paloma....

Pero Carmen se repuso valerosa, enjugo su llanto con mano firme, alzo la frente y dijo con serenidad:

--?Para que ir a Luzmela si aqui tambien esta Dios?... Mira, alli tengo mi Nino Jesus...; vino una sombra una noche y me lo puso feo; pero es Dios...; tiene el vestido sucio y el pelo enmaranado...; pero es Dios....

La anciana sirvienta repuso atontecida:

--Nina, Dios no tiene la cara fea ni la ropa sucia.... ?que disparates cuentas?

Y, levantandose, fuese a mirar la imagen sostenida en la rinconera.

--iAve Maria!--murmuro--: vaya un santo...; isi parece un "enemigo"!... ?Y que sombra le puso asi?

--La de Julio....

-iValgame Cristo! Tu vives entre herejes.... ?Y cuando dices que fue eso, hijuca?

--Una noche....

Y la muchacha se quedo muda, obsesa en un pensamiento, llena la cara de una tristeza remota. Tenia cruzadas sobre la falda con indolencia las manos frias y palidas, y miraba a Rita con expresion apagada, con una sonrisa mustia que causaba dolor.

Contemplandola la buena mujer, sintiose mas alarmada y condolida, y corrio a decirle:

--Tu no estas bien aqui.... Tu te vendras "con nosotros"; es preciso cuidarte y alegrarte. En esta casa no tienes bienestar ni carino.... Yo creo que hasta padeces frio y hambre y sed....

La nina se levanto a su vez de la silla, fuese a la rinconera donde estaba el santo, y tomo de ella un librito que tenia por registro la hoja seca de una flor. Desplego aquella pagina senalada, y, con voz lenta y dulce, leyo a la asombrada mujer:

"Dadme, Senor, a comer el pan de mis lagrimas y a beber con abundancia el agua de mis lloros...."

Despues anadio:

--Esta es mi oracion de este dia...; ?como puedes suponer que yo tenga hambre y sed, puesto que tengo lagrimas abundantes?...

Un poco mas tarde volvia Rita hacia Luzmela, sola y acongojada, repitiendo:

--Esta poseida..., esta poseida ella tambien, lo mismo que su padre.... ¡Dios lo remedie!...

II

Habia pisado Salvador la tierra de Francia con un impetuoso deseo de atravesarla a escape en busca otra vez de la tierra espanola.

Dejo partir a Fernando solo, porque trataba de ocultarle su repentino regreso, y en el muelle se despidieron con un abrazo cordial.

Iba Fernando a buscar el primer tren que saliera para Paris; Salvador quedaba esperando que aquel tren partiera para tomar el inmediato en la misma direccion.

Cuando ya los dos amigos se habian separado, el marino se volvio de pronto para decir, jovial y sonriente, con su voz pastosa, suave como el terciopelo:

--Oye: cuando vuelvas al valle, llevas de mi parte "esto".

Y lanzo al aire dos besos sonoros, en la punta de los dedos, anadiendo:

--Uno, para Rosa la del Molino, y otro, para la nina de Luzmela....

Fulguro el medico sobre Fernando una mirada iracunda, apagada sobre la radiante sonrisa que ilumino toda la figura donjuanesca y marcial del marino....

Y los dos, amistosamente, se dijeron adios con la mano por ultima vez.

Salvador paseo unas cuantas calles del gran puerto frances, con aquel paso automatico y febril con que habia medido en Luzmela las estancias mudas del palacio.

Parado delante de la Bolsa, se puso a contar las cupulas del edificio con obstinado empeno: una... dos... tres... cuatro... hasta seis; y se alejo, repitiendo mentalmente: _seis cupulas..., seis cupulas...._ Siguió caminando a toda prisa, y en la plaza de Gambetta se encaro con las estatuas de Bernardin de Saint Pierre y de Delavigne, como si les fuese a echar un discurso. Despues de una larga contemplacion, les volvio la espalda con sumo desden y se puso a liar un cigarrillo.

En seguida echo a correr a la estacion, sin acordarse de que no habia comido en muchas horas ni de que sentia en el estomago el agudo malestar del hambre.

Tomo el tren y rodo por Francia como una masa inerte, con todas las sensaciones dormidas bajo el deseo unico de tener alas o de suplirlas con una desenfrenada carrera que le llevase, en un vuelo inaudito, a la casa temible de Rucanto.

Paso como un relampago por Paris.

El espectaculo, apenas entrevisto, de la gran capital le dio aquella vez la impresion de una inmensa sonrisa fria y galante; tal vez la sonrisa de Fernando, diciendole:

--Este beso para la nina de Luzmela....

Atraveso Versalles, la de los jardines de ensueno, cuna de reyes, de amores y de escandalos.... Salvador no estaba muy enterado de estos lances de historia cortesana; conocia vagamente un poco de todo ello, y apenas si aquellas memorias se asomaron un minuto a la niebla de sus pensamientos. El sabia de cierto unicamente su ciencia de medico y su amor de hombre..., su amor sobre todo.

Estaba seguro de adorar a Carmen con ciega pasion, y no le importaba como ni cuando de un carino fraternal y suave habia brotado aquel hondo y vehemente amor. No hacia tampoco averiguaciones sobre este punto; ¿acaso los males del alma debian analizarse "cientificamente", como los males del cuerpo? No; Salvador no trataba de escudrinar aquella sagrada dolencia que atormentaba su espiritu con dulcisimo amargor; dejaba su pasion quieta, clavada en su vida como un dardo de fuego, unica y decisiva en su destino. Le bastaba sentirla luminosa en su conciencia, ardiente y pura en su corazon.

Atraveso como en un sueno Chartres, Nort, Burdeos, Bayona.... Empezo a respirar por fin el "aire internacional" de los Pirineos, y se dilato su pecho con un aliento profundo de esperanza.

Llegando a Espana, recorrio con toda la rapidez posible la tierra que le llevaba a su valle norteno.

Cuando se sintio cobijado por las montanas y los celajes de su pais, tuvo a la vez una viva emocion de temor y de alegria. Fuese a rendir su viaje a la estacion de Rucanto, y, sin detenerse un punto, se dirigio a la casa de dona Rebeca.

Al hacer sonar el recio aldabon de la portalada se quedo asombrado y tremulo. ¿Que iba a decir? ¿Por quien preguntaria? ¿Como estaba el alli, anhelante y resuelto, rendido de rodar por mares y tierras con desatinado afan?... ¿Con que derecho llamaba en aquella puerta con aire tan firme y arrogante?...

No tuvo tiempo de mas cavilaciones, porque giro ante el la hoja enorme

pintada de rojo, bajo el dintel labrado, y la propia Carmencita se aparecio a sus ojos, siempre dulce y grave.

Mirandole con despacio, clamo absorta:

--¡Salvador!

El, mudo, fascinado, le abrio los brazos con tan fervida expresion de ternura, que la muchacha se refugio en ellos ansiosamente, y en ellos se quedo largo rato; iun instante para el enamorado galan!...

Bajo los arcos abiertos del portalon se sentaron en un banco de roble algo cojo.

Carmen manifesto la sorpresa que le causaba aquel regreso, tan imprevisto por ella como lo fue la partida de su amigo; le encontraba el semblante desencajado y todo el aspecto de fatiga y ansiedad.

El miraba con sobresalto la desalentada expresion de la joven, su blanchura enfermiza de lirio y el opaco fulgor de sus ojos.

Con voz de secreto le decia:

--Vengo a buscarte.

Contesto Carmen, muy sorprendida:

--?Como a buscarme?

--Si, acordemos en seguida un medio de que salgas de aqui.

--Pero, ¿por que, Salvador?

--?Y todavia me preguntas por que...? Yo se que aqui estas muy mal; que sufres mucho...; que corres graves peligros....

--?Quien te ha dicho eso?

El, mirandola santamente, como cuando era chiquitina, le respondio:

--Un pajarito...; ¿dijo verdad?...

Y se quedo pensando, ¿no es, acaso, Fernando "un pajarito"?...

Pero ella movia la cabeza y replicaba:

--Algo de mentira dijo.... Ademias, aqui estoy cumpliendo la voluntad de Dios.

--La voluntad de Dios es que yo vele por tu seguridad y por tu dicha.

--?Por mi dicha? interrogo incredula Carmen.

--Si, vengo a libertarte de los suplicios que aqui padeces; pero es preciso que tu consientas en ello...; ¿no consientes?

Ella, con lento ademan, saco del bolsillo su breviario diminuto, y desdoblando la hoja que aquel dia estaba senalada por la flor marchita, leyo con voz de rezo, un poco temblorosa:

"El mundo pasa y sus deleites.... Y asi el que se aparta de sus amigos y conocidos, consigue que se le acerque Dios y sus santos angeles.... Gran cosa es estar en obediencia, vivir debajo de un superior, y no tener voluntad propia...."

Plego Carmen el libro y quedose muda, mirando a Salvador.

El, todo alarmado, lleno de sorpresa, pregunto:

--?Y que es "eso"?

--Esto es la oracion que tengo hoy que rezar; esto es lo que Dios me manda hacer....

--?Dios te manda estar supeditada toda la vida a dona Rebeca?

--Si....

?Y tambien al barbaro de Andres? Carmen, inmutada, dijo:

--A ese no.

--Pues el es aqui el amo....

--Pocas veces esta en casa....

--Con una vez sola que venga y quiera "mandar en ti"....

Ella se asio con terror del brazo de su amigo.

--No, por Dios...; no digas eso....

--Es mi deber decirtelo...; ?quien te dio ese libro?

--El padre cura....

--?A ver?... Yo tambien quiero buscar una oracion para mi.

Y tomando Salvador el libro, abriole al azar y leyo:

"Si me oyeres y siguieres mi voz podras gozar de mucha paz.... Mi paz esta entre los humildes y mansos de corazon...."

Doblando el libro, le dijo a la muchacha:

--Ya ves, mi oracion es mas consoladora que la tuya; tomala para ti y medita si tienes tu en esta casa la paz de Dios, la santa paz que El vino a traer a los hombres, y si vives entre mansos y humildes de corazon....

Carmen, agitada, combatida, inclinaba la frente, y tenia en los ojos, profundos y tristes, una llama de incertidumbre.

Se sintio arriba crujir el tillado, y un pasito rapido y breve se oyo en la escalera.

Salvador le dijo a la nina con acento de suplica y de mando:

--Te libertare; vendre por ti muy pronto; esperame y ten animos....

Le estrecho las manos con afan, y ella callada y distraida, le presento la frente.

Puso el medico en aquella carne virginal el ascua de sus labios, y salvo los umbrales de la portalada antes de que dona Rebeca se presentase en el portal....

III

Rodo un coche dando tumbos por la aspera cambera lindante con la casona, y en las habitaciones de la misma hubo un revuelo de faldas y un atisbo fisgon a la vera de los balcones.

Llamaron en la puerta roja dos golpes secos y vibrantes, tan solemnes, que parecian decir, como en las actuaciones judiciales:

--Abrid, en nombre de la ley....

A dona Rebeca le temblaron los pellejos a falta de otra cosa, y la poca carne con que Narcisa contaba para adorno de su persona se puso toda de gallina, muy aspera y granujienta; Julio se revolvió en la cama hostil quejoso, y la nina de Luzmela se sintio poseida de una vaga inquietud.

Despues de carreras, exclamaciones y cabildeos, bajo la criada a abrir la puerta, y subio al punto diciendo:

--Que aqui esta el tutor de la senorita Carmen.

La senora de la casa, tan espavecida como si la hubiesen dicho: "Dese usted presa", contesto con un leve esbozo de sonrisa:

--Que pase..., que pase....

Repicaron pausadamente unas botas por el pasillo, y entro en la sala, sombrero en mano, vestido de negro, con rostro afable, algo impasible, el señor don Rodrigo Calderon, solariego del cercano valle del Nidal.

Con acento muy frio y muy cortes, y lenguaje abierto y conciso, expuso a dona Rebeca el motivo de su visita.

Le habian asegurado que su pupila, la senorita Carmen, estaba muy mal hallada en compania de la senora, y maltratada por esta y por sus hijos..., y la senora comprenderia que era preciso aclarar aquel asunto cuanto antes y resolver en consecuencia con energica resolucion.

Dona Rebeca apenas podia interrogar disimulando su despecho y su panico:

--?Y quien nos calumnia?... ?Quien ha dicho?...

--Persona que merece mi confianza; y la senora hara el favor de llamar a su pupila para que diga en concreto la verdad.

Salio dona Rebeca como un cohete, y en cuanto echo a Carmen la vista encima, le echo tambien los brazos al cuello.

La muchacha, horrorizada, iba a pedir socorro, cuando se sintio halagada y besada con besos humedos y repugnantes.

La bruja, lagotera y melosa, contaba, lloriqueando:

--Le han dicho a don Rodrigo mal de nosotros, hija mia; defiendenos tu que eres una santa..., salvanos de este disgusto tan grande.... Ya ves mi situacion....: sin dinero, con un hijo a las puertas de la muerte....

Y besa que te besa, le ponía a Carmencita la cara hecha una compasion, entre gotas de llanto y rezumos de baba.

Limpiandose las mejillas con su pañuelo, fuese la muchacha a la sala, llena de zozobra, detras de dona Rebeca.

Muy urbano y sereno, don Rodrigo la cometo a un interrogatorio prolijo y grave acerca del trato que recibia y de si convivia gratamente con aquellos senores. Y Carmen, en medio de sus angustias, fue habil y prudente para mentir poco y disculpar a la gente de la casona, viniendo a declarar, en suma, que era su voluntad seguir viviendo con aquella familia.

Satisfecho el hidalgo, muy correcto y galante, dijo que la senora debia disimular lo desagradable de su visita, pero que era su deber velar por aquella nina y que se congratulaba de que fuesen infundadas las acusaciones que se le habian hecho.... Tal vez un exceso de solicitud..., o alguna mala interpretacion, habia dado lugar a aquel "incidente", que el lamentaba.... La senora perdonaria....

Y como si tuviera mucha prisa, se despidio y repico otra vez delicadamente sus botas por el pasillo.

Salio entonces Narcisa de un escondite con su librote debajo del brazo y en la boca un surtidor de insolencias.

Se encaro con su madre para decirle:

--Todo esto es obra del medicucho ese, de acuerdo con la santita.... ?No te dije que aquella conferencia que tuvieron los dos la otra tarde traeria cola?... Todavia vamos a ver aqui una boda entre hermanos.... ¡Que escandalosos!

La senora, atajandola, interrumpe:

--"Tu prima" se ha portado muy bien en esta ocasion.... No consiento que la faltes.

Y almirada y ponderativa, torno a regalar a Carmen con caricias y frases de gratitud.

En seguida salio de la sala, no ya con su paso saltarin de todos los dias, sino con una carrera liviana y veloz, una especie de trotecillo fantastico.

Narcisa hizo tambien _mutis_, como en las comedias, por una puerta lateral, con su novela en la mano y en la sonrisa atica una despectiva expresion.

Quedose Carmen sola, sentada en el sofa de terciopelo carmesi, muy fofa y deslucido. Sobre la blancura agria de la cal destacaban en las paredes unas laminas cromadas, con marcos de madera un poco apolillados. En lontananza una consola sostenia sendos fanales colmados de flores de trapo, incoloras y deformes. El tillo sin un solo tapiz, combado y lustroso, daba una impresion de frio y ancianidad, como de espalda inclinada y desnuda en un viejo achacoso. Algunas sillas, companeras del sofa, se replegaban contra los muros con vergonzosa timidez.

Hundida en su asiento, la nina de Luzmela posaba una mirada atona y errante sobre la tristeza helada del salon enorme, y oyo vagamente alzarse en el silencio sepulcral de la casa un tarareo gangoso seguido de una escala vocal rota y aceda.

Carmen penso: dona Rebeca canta y corre y se rie.... ¡Lo mismo que el padrino!...

Y cerro los ojos, cansados de mirar realidades y visiones de tragedia....

Entretanto, Salvador, que esperaba a don Rodrigo a la salida del pueblo, escuchaba con desesperacion las terminantes explicaciones del caballero,

que, un poco impertinente y sagaz, comentariaba su visita insinuando:

--Acaso usted juzga con animosidad a la senora..., acaso siente usted por la senorita un interes excesivo....

Y siguió el coche su camino, tras una afable despedida del caballero, que volvía a encerrarse en su empinado y estrecho valle del Nidal....

En medio de la senda, bajo la luz livida del atardecer, Salvador, desorientado, inconsolable, murmuraba:

--Padece ella tambien la terrible psicasteria hereditaria...; es neuropata, con la monomania del martirio...; esta loca..., loca de remate.... ?Y no la podre salvar?

IV

Subia enero su cuesta invernal, desbordado en inclemencias, con los vientos desmelenados y las aguas roncadas y turbias, borbollantes, fuera de sus cauces rotos... Subia, espantoso y fiero, con una nube torva en la frente y las recias abarcas chocleando sobre los lodazales del camino.

En la casona, enero reinaba exterminador, silbando por las innumeradas rendijas de las ventanas; y en la cocina, enorme y abandonada, entraba por la bocaza bruna de la chimenea y se complacia en apagar el rescoldo mezquino del llar, casi cegado por un monton de helada ceniza.

Ya en aquel fogon descascarado no se guisaba en profundas cacerolas ni se trasteaba en continuo ajeteo. No habia mas que una sirviente inutil con quien dona Rebeca renia de la manana a la noche; escaseaban las viandas, y apenas si unas ascuas rusientes daban alli una idea remota de hogar.

El cuarto de Carmencita era un paramo. Los escasos muebles parecian perdidos a la sombra de las paredes, en una linea confusa como de horizonte. Por los cristales agujereados entraba el soplo gelido de los huracanes, y la colcha rameada de la camita temblaba estremecida por aquellas rafagas yertas, que adquirian voz de sortilegio y de amenaza.

Algunos lamentos de aquella voz siniestra, llegando al rincon del Nino Jesus, le henchian la tunica, deshinchada y sin alino, y le hacian balancearse sobre la rustica peana como en un panico acunamiento de terremoto. El techo de cal, reblandecido en humedas manchas, dejaba filtrar al aposento las gotas de la lluvia, recogidas en el suelo sobre algunos cacharros sin nombre ni forma, ollas extranas y panzudas de centenaria fecha.

Aquel lento gotear de enero dentro del cuarto tenia un son de quejido y de miseria que laceraba el corazon....

Todo era tedio y dolor en la casona.

Dona Rebeca rebuscaba en armarios, barguenos y arcaces algunos papeles escritos y sellados que parecian importarle mucho. Abria legajos, escudrinaba carpetas, y todo lo revolvia y desparramaba fuera de su sitio. Estas maniobras las acompanaba de paseitos menudos, adagios y murmuraciones. A intervalos renia con la criada, y otras veces se evaporaba, como por arte de duenderia.

Narcisa se habia llevado a su aposento las alfombras de la sala y un

brasero de cobre, donde, con insolente egoismo, acaparaba toda la lena combusta del hogar para confortarse y satisfacerse. Había hecho provision abundante de novelas terribles, y leía a la sazón, con tenacidad salvaje, una con santos de colores y un título que decía: La Condesa ensagrentada.... Allí se hacía servir la comida, y, cenuda y brava, apenas salía de su escondrijo. Un despecho picante y rabioso le mordía el corazón, viendo quebrarse en añicos sus ilusiones de boda con Salvador, y viendo como el médico alimentaba, con crecientes demostraciones, el interés que siempre le había inspirado la niña de Luzmela.

Carmen compartía sus horas densas y amargas entre las cavilaciones incoherentes en su cuarto y las calladas esperas a los pies de la cama de Julio.

La primera vez que entro a verle fue una tarde en que el enfermo se estuvo desganiando en un clamor de angustia: "¡Agua..., agua!", como si tuviera las entrañas adurentes y en el pecho lamentable un volcán enceso.

Todo callaba en torno a la voz implorante, que llegó a hacerse desmayada y balbuciente como la de un niño.

Dona Rebeca y Narcisa se habían sumido en una de sus frecuentes desapariciones, y la criada tampoco aparecía por ninguna parte.

Entonces Carmencita entro tímidamente en el aposento del mozo, llevando en la mano un vaso de agua de piedad.

La miro Julio, pasmado en medio de un quejido, y bajando los ojos, desde los serenos de la niña hasta la limosna refrigerante del agua, bebió ansioso y dejó de quejarse.

Carmen, llena de misericordia, se sentó callandito cerca de la cama, y allí se estuvo con las manos cruzadas sobre el regazo, con una blanda actitud de meditación y de tristeza....

El enfermo, de tarde en tarde, abría los ojos para mirarla sin encono y sin perfidia, como nunca la había mirado; y desde aquel día Carmen le cuidaba dulcemente, y le hablaba algunas breves frases consoladoras. Él, para contestarla, parecía como si hiciese un esfuerzo, tratando de adulcir la amargura de su voz, y ya nunca volvió a aorarla con expresión satánica de maleficio. Cuando le acometían las crisis tremendas de temblores y ayes, Carmen rezaba suavemente, con el bello semblante compungido, y sobre las palabras impías del enfermo tendían sus plegarias un callado vuelo de tortola, que parecía purificar aquel pesado ambiente de dolor y de terror....

Había caído la niña de Luzmela en una languidez insana y penosa.

Todo su cuerpo apabilado se desmadejaba en trágico abandono. En sus ojos divinos ya no lucían ensueños ni ilusiones, ni en sus labios había sonrisas gloriosas, ni aleteaba en su pensamiento el ave azul de la esperanza.

Se habían apagado todas las luminarias que la diosa juventud encendió triunfante en su corazón enamorado; habían enmudecido para ella todas las promesas del porvenir y se le habían cerrado todos los horizontes de sol, todos los caminos de rosas....

De aquel libro pequeño, que le dio condolido el padre cura, tomaba todos los días unas palabras y trataba de hacerse con ellas una vida humilde, llena de evangélica conformidad; pero aquel esfuerzo la dejaba siempre la boca amarga y el alma tremula, y la voz y los ojos llenos de lágrimas.

Toda estaba envuelta en una melancolia fatal, en una indiferencia morbosa que la iba consumiendo.

Su belleza tomaba un aspecto de ocaso prematuro que inspiraba compasion.

Abandonado el esmero de su persona, inerte, con una atonia enfermiza y dolorosa, parecia una planta afotista sin flores ni galas.

Y en medio de aquella languidez espiritual y de aquella debilidad fisica, el deseo de ser santa ardia en su corazon con encendimiento tenaz, atormentandole con la punzada hiriente de una idea fija.

Era aquella la unica luz que, con parpadeo vacilante, brillaba en su existencia.

V

Paso un mes lento y sordo, a media luz, con las nubes a ras de la tierra, y llego marzo alzando un poco la frente sobre las montanas gigantes que ensombrecian la vega.

Cuando marzo llego, el enfermo de la casona se estaba muriendo. El medico que le asistia solicitaba "una consulta" con acento augural, y dona Rebeca habia llamado a Salvador pensando: este no me cobra nada....

Entro el señor de Luzmela en el cuarto de Julio, con el alma abierta, un alma que rondaba en infatigable guardia de honor en torno a la nina triste de los ojos garzos. Ella estaba alli, timida y culpada, ante la mirada elocuente de su amigo. Delante de el se abrian en el corazon de Carmen todas las grietas profundas del dolor, porque aquel corazon atormentado pedia paz y calma y suspiraba por descansar en otro corazon blando y generoso; pero cada dia una nueva meditacion religiosa traia sobre aquellas ansias su mandato austero y rigido, helado como los soplos invernales que gemian en la casona al traves de todas las rendijas de los muros y de las puertas. Y al sentirse empujada al descanso y a la dulzura, Carmen subia su sacrificada voluntad a la excelsitud del proposito encendido en su alma, y sus labios, plegados en muda queja, musitaban:--Quiero ser santa..., quiero serlo.

La miraba Salvador aquella tarde sin reproches ni desvios, adivinando toda la tormenta ruda y callada de aquel inocente espiritu. Una compasion inmensa le dolia en el corazon y le ponía en los ojos un fulgor ardiente de ternura.

Todo el aspecto de la muchacha era una viva lamentacion de pena y de trabajo; el medico veia con espanto que Carmen finaba lentamente, en un profundo descuido de la vida.

Nada se dijeron al verse en el cuarto de Julio; se buscaron los ojos, y ella bajo los suyos, cobarde y sobrecogida.

Despues de examinar al enfermo, salieron los dos medicos a conferenciar a la sala; hablaron de "salicidad" y de "patomania" y se condolieron, con un poco de amargo desden, del temperamento proclive y relajado de aquella familia.... En el comedor les esperaba dona Rebeca, y entonces Carmen se acerco a Salvador como aguardando algunas palabras amistosas. Pero el sabia que, al hablarla, le iba a temblar mucho la voz, y se quedo callado y contemplativo, rimando, en una mirada codiciosa y compasiva, todo el poema desesperanzado de sus amores.

Ella, por quebrar aquel silencio triste entre los dos, le dijo:

--?Se muere Julio?

Respondio el unicamente:

--Si....

--?Y de que se muere?

Pensativo y como lastimado por aquel interes de la muchacha hacia el enfermo, Salvador repuso entre dientes:

--De... perversidad.

Carmen bajo hacia el suelo los parpados, cargados con la sombra divina de las pestañas, y murmuro:

--iPobre!...

Se quedo luego suspensa, sin alzar los ojos ni la voz, con los brazos caidos. Parecia mas alta, y, en la luz muriente de la tarde, daba una nota de emocion dulcisima, una delicada nota de sentimiento pasional....

Dona Rebeca, con mucho aparato de sollozos, se enteraba del proximo fin de su hijo y pensaba con terror en los gastos del entierro.

Ya los medicos se despedian, andando despacito con la senora a lo largo del corredor, cuando Salvador, vuelto hacia Carmen, que se quedaba sola, le dijo:

--No sentirias tanto mi muerte como la de Julio....

--iTu muerte!--exclamo ella.

Pero Salvador ya se alejaba, sin aguardar contestacion, y Carmen se volvio al lado del moribundo, pensando en su amigo con agitacion extrana, con vago arrepentimiento, mientras que dona Rebeca y su hija se oscurecian hacia un rincon, en amarga disputa....

Ya la muerte habia llegado a la alcoba de Julio y se habia aposentado encima de la cama. Estaba sola con su victima, y Carmen la saludo muy cortesmente haciendose sobre las sienes la senal de la cruz.

Aunque la nina no conocia a la vieja de la guadana, al punto que entro en el aposento "la sintio" y dijo:

--Ya esta aqui.

No creyo ella que llegase tan pronto, y penso, un momento, en avisar a la familia del agonizante; pero en seguida se acogio a la dulce idea de procurar que fuese apacible aquella ultima hora del infeliz peregrino, y que no le amedrentasen los gritos desatinados de las senoras de la casa.

Quedose mirando con respeto la figura triste de aquel hombre, detenido por la muerte en la mas lozana senda de la vida, y recordo una elocuente oracion de su libro que rezaba:

-iOh, dia clarisimo de la eternidad que no le oscurece la noche, sino que siempre le alumbraba la suma verdad; dia siempre alegre, siempre seguro y sin mudanza!... iOh, si ya amaneciese este dia y se acabasen todas estas cosas temporales!..."

Carmen se sumergio en la mistica contemplacion de _aquel dia_ y le parecio que se le iba acercando con una amaneciente claridad, espesa y

humeda como vaho de lagrimas. Sintio un dolor lancinante en el corazon y otro en la cabeza, y penso: ¿tambien yo tendre, como el padrino, rota una cosa en la frente y otra en el pecho?...

Las escenas lejanas de la muerte del de Luzmela se le aparecieron en una confusion tenebrosa, y se quedo "mirandolas" con los ojos abiertos y parados sobre la vidriera plegada del balcon.

Creyo sentir entonces que una cosa dura golpeaba los cristales con siniestro aleteo.... ¿Si seria la _netigua_?

Se acerco a observar, andando de puntillas con infantil sigilo. No era la _netigua_.

Sobre las nubes grises ningun ave tendia las alas.

Habia una infinita melancolia de desierto en la mansedumbre apacible del atardecer.

Se apagaba el dia en una quietud, en una soledad como de tumba sin flores ni plegarias.

El cielo, bajo, inmovil, deslucido, daba la impresion indecisa de un alma sin anhelos, de un corazon sin latidos.

Y encima de un cristal, un liston desprendido de la cornisa golpeaba lento cuando le estremecia, al pasar, una brisa sin rumores que bajaba de la montana....

Carmen, suspirando, se sento en el borde del lecho al lado de "la intrusa", y se puso a rezar por el alma del agonizante.

Ya Julio no se quejaba. Habia caido en prolongado estado comatoso, y rigido, yerto, se acercaba al dia _siempre seguro y sin mudanza_ de la eternidad.

Moria sin fatiga ni dolor, como en un dulce descanso de aquella enfermedad misteriosa y horrible que habia sido toda ella un estertor violento y una fatal agonia. Tenia los ojos entoldados por la nube fatidica del _no ser_, y la boca seca y dura, abierta en una mueca desgarrante. El delirio espantoso que padecio en los ultimos dias impidio que se le administrasen los Sacramentos, salvaguardia de las sagradas promesas de salvacion. Un sacerdote habia llegado aquella tarde con los Santos Oleos, y luego de haber ungido al moribundo, se habia marchado entristecido de no poder decirle cosa alguna a la pobre alma viajera.

Solo Carmen hablaba con la fugitiva en un coloquio de fervida compasion. Le decia, sin voz, en secreto de inefable gracia: ¿Por que has dado tantos gritos malos, alma de Julio?... ¿Por que has dicho tantos pecados y tantas palabras feas?... ¿Por que te has asomado a mirarme con odio, y por que me has amenazado y me has perseguido?... ¿Por que, di, maltrataste a mi Nino Jesus aquella noche?...

Todavia iba a preguntar ¿por que te reiste como un demonio cuando Fernando me engano?

Pero sin hacer aquella ultima interrogacion se levanto sollicita y atenta, porque habia crujido la hoja del jergon bajo el cuerpo tremulo del agonizante.

Carmen, poseida de piedad, comenzo a decirle con su voz hialina, como susurro de arroyo:

--Yo te perdono, Julio; yo tengo mucha lastima de ti...; yo te

quiero...; y Dios tambien te quiere y te perdona...; no te mueras con rencor ni con maldad...; reza..., reza el nombre de Jesus...; ya amanece tu dia, Julio....

Temblo otra vez la cama, y dos gotas de turbio cristal rodaron por las mejillas lividas de Julio. Sus labios de cirio se contrajeron con una postrera desgarradura, y Carmencita, inclinandose sobre aquella despedida suprema, le beso en la frente con una caricia sedosa y pura, llena de celestial encanto....

Cayo en la habitacion el manto de la noche sin estrellas ni luna, y el liston desprendido de la cornisa golpeo en el cristal con lento soniquete....

VI

En el palacio de Luzmela anidaban el dolor y la zozobra, en ayuntamiento infeliz.

Salvador, incapaz de contener por mas tiempo en su corazon la marejada viva de sus tormentos amorosos, se los habia confiado a la anciana Rita, en una buena hora de alivio y descanso, llevado a la intimidad, blandamente, por el afecto y confianza que le inspiraba la excelente mujer, y por el agobio violento de su carga de pesares.

Despues de la confidencia, se quedo Rita llena de inquietud y de pena. Movia la cabeza de arriba a abajo con una expresiva manifestacion de asombro desconsolado, como diciendo:--¡Valgame Dios!... ¡Valgame Dios!...

Mientras tanto el medico se paseaba, con los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos errantes en las palidas flores de la alfombra....

Tardo Rita en ordenar sus pensamientos, que saltarines y revoltosos, iban de aqui para alla lastimando el cerebro fatigado de la pobre vieja. Hizo un gran esfuerzo para arreglar aquel barullo mortificante de ideas desmandadas, y fue colocando cada cosa en su sitio dentro de su cabeza, con toda la serenidad posible, diciendose a la vez: "De modo que el seniorito quiere a la seniorita _para casarse con ella;_ que la nina no le quiere a el y esta empenada en hacerse santa y martir en la casona, sufriendo a los mismisimos diablos... y que ademas se muere porque esta comalida y alli no tiene _tresno_ ni cosa que lo valga...."

Y, en alta voz, mirando compasiva al abstraído paseante, inquirio:

--Y don Rodrigo, el del Nidal, ¿no tiene poderio para terciar entre usted y la nina y hacerla salir de aquella cueva de lobos?

Rompio su caminata Salvador y se dejo caer, fatigado, en una silla, para responder:

--Ya acudi a don Rodrigo y estuvo en Rucanto; pero Carmen no quiso decir la verdad; ciega en la mania de sufrir, disimulo el martirio que padece en terminos de enganar a su tutor; el es algo indiferente, no le gusta mucho molestarle, y se alegro de poder volverse a casa muy tranquilo, sin mas diligencias.... ¡Todo el mal esta en que Carmen no me quiere!

Y estas ultimas palabras temblaron en el silencio del salon saturadas de tristeza.

Anhelaba Rita consolarle.... ¡Le tenía tan en el alma! Cariciosa, le dijo:

--La niña le quiere...; hablome de usted, poco hace, con mucha ley...; pero para quererle como cortejo tendrá algún reparo.... ¡Como se ha dicho que si usted y ella eran hijos del señor!...

El médico, conmovido por súbita esperanza, con inseguro acento murmuró:

--Pero ella sabe que no somos hermanos....

Y se quedó seducido por la magia de una ilusión confusa, pensando: ¡Si Carmen me fuera esquiva solo por ese temor!...

Después, como hablando a sí mismo, fue diciendo:

--Ese libro que le dio el padre cura la confunde.

--Si--dijo Rita--; es un librito pequeño.... ¿Verdad?... También a mí "me le sacó" y me relató en él unas cosas muy apuradas "de comer y beber lloros".... ¡Valgame Dios!...

--El libro es hermoso..., un magnífico libro, Rita; pero ella está muy débil y enferma para una medicina tan amarga, y toma del libro, cada día, lo que tiene más de cauterio y revulsivo para curar los males en almas fuertes y viriles.... Así se pone peor..., así se está matando....

--¿Pero esta _picada_ del pecho, señorito?

--Picada está de locura....

Y Salvador, alzándose de la silla, volvió a cruzar el salón al compás de sus cavilaciones, mientras Rita suspiraba al son de las suyas....

VII

Aprovecho el médico la ocasión de haber sido llamado a la cabecera de Julio para menudear sus visitas a Rucanto, y doña Rebeca le recibía muy amable.

Narcisca, en cambio, le ponía una cara feroz y le zahería con ironicas frases, que alcanzaban con su acritud a la niña de Luzmela.

Pasaba Salvador grandes fatigas en aquellas ocasiones; pero las soportaba con resignación y hasta con alegría, compensado por el incomparable placer de hablar a Carmen y de mirarla.

Había tratado de averiguar si en la casona se tenían noticias de Fernando, temiendo que la voluntad tornadiza del marino le hubiera inducido a volver el pensamiento al punto donde, con rara liberalidad, dejó quietas sus últimas tentaciones de amor. Pero, con gozo, vino a convencerse de que el ambulante mozo se había sumido de nuevo en la aventura de su vida errante, sin dejar en el camino otra huella que la que deja un ave en el espacio con sus alas, o en el mar una onda con sus espumas.... Tampoco de Andrés había en Rucanto más que remotas nuevas en aquella temporada. Se le había visto en el alto puerto de Cumbreles, en montaraz vagancia con los pastores, y luego decían que "se había corrido" hacia Reinosá, con una cuadrilla de gitanos.

Cobró con esto Salvador un asomo de tranquilidad y un respiro en el anhelo con que llegaba a la casona, siempre que a ello se atrevía.

Una de aquellas tardes que fue, encontro sola a Carmencita, y apenas se saludaron, le pregunto Salvador:

--?Todavia lees aquel libro que te hace desvariar?

Ella dijo, con su voz de melodia triste:

--Todavia....

--Pues yo voy a traerte otro libro santo muy alegre, con tapas azules y letras de oro, si me prometes que leeras en el un poco todos los dias.

--Si dices que es santo....

--Ya lo creo; es el Evangelio..., ifigurate!

--Traemele pronto....

--Manana.

Se quedaron callados, mirandose. Ella tenia un destello de curiosidad en los garzos ojos entristecidos. El, con los suyos, le estaba diciendo un delirante discurso inflamado y sumiso. De pronto, la nina se le acerco confidencial, con una intima confianza rota por ella entre los dos, tiempo hacia, y le dijo:

--?No sabes que la pobre dona Rebeca no tiene ni un centimo?... Ahora, conmigo, es mucho mejor que antes....

Salvador, precipitadamente, interrogo:

--?Quieres tu dinero?

Ruborizada, torpe, confeso:

--Quisiera tener un poco para darselo.

--?Pero tu no necesitas nada para ti?

--Para mi no.

--Yo veo que te hacen falta muchas cosas, Carmen.

Ella repitio con desaliento:

--Ninguna cosa me hace falta....

Ya Salvador tenia en las manos su cartera, y tomando algunos billetes que contenia, los puso sobre el regazo de la muchacha.

--Yo te dare--le dijo con ardor--todo lo que necesites..., todo lo que quieras..., todo lo que tengo....

Ella, al mirarle, todavia encendida y confusa, le contesto:

--Gracias...; ieres tan bueno!...

--?No sabes que lo mio todo es tuyo?

Se sonrio Carmen preguntando:

--?Por que ha de ser eso?

--Porque Dios lo ha querido asi..., y si yo tenia algo que era mio

unicamente..., ya te lo di hace tiempo; te lo di en absoluto, para siempre, y me he quedado sin nada.... ¡Si tu quisieras!...

--?Que?--pregunto la nina.

Y entro Narcisa como un huracan, vociferando:

--Mama esta un poco mala, y yo no puedo estar aqui llevandoles a ustedes la cesta.... Con que....

Carmen y Salvador se pusieron en pie, sobrecogidos, y los billetes que la muchacha tenia sobre el regazo cayeron desparramados por el suelo.

--?Que es eso?--pregunto colerica la de la casona, con el gozo cruel de haber descubierto una intriga tenebrosa.

--Esto es... nada que a usted le importe--contesto el medico, alterado.

Y Carmen, atolondrada, se quedo quieta y muda.

--Esta casa--increpo entonces Narcisa, como un basilisco--no se ha prestado nunca a... porquerias.... Ya esta usted aqui de mas, señor de Fernandez....

Y se acerco a el tratando de cogerle por un brazo.

Hizo Salvador un movimiento de repugnancia como si se le aproximara un reptil, la midio con mirada despreciativa y colerica y salio de la sala muy altivo, sonriendose, con una audacia nueva en el, tan provocativa, que Narcisa le persiguio diciendole desvergueenzas, extinguido ya el resto de pudor que hasta aquel dia la contuvo en su tentacion de insultarle a la cara.

Y Carmen recogiendo del suelo los billetes, fuese a llevarselos a dona Rebeca, que de cierto parecia que andaba algo malucha.

VIII

Abril florecia. Tenian sus auroras nuevas un palido rosicler de esperanza; gentileaban las margaritas en las praderas, blanqueandolas con remedos de nieve; habian nacido muchas mariposas, y en los nidos recientes las hembras padecian la fiebre dulce y santa de la procreacion....

Todo el valle se henchia en gestacion potente, y ya el alba de una vida de milagro y de gloria vestia de flores los espinos y les ungia de perfumes.... Espejandose en el valle fecundizado, el corazon de la nina de Luzmela se dilatava tambien en un inconsciente afan de florecimiento, con barrunto de brotes y bella nostalgia de capullos. Los diez y ocho anos de Carmencita pedian lo suyo, aun en el apagado lenguaje de un cuerpo abatido y un alma herida.

Perdido el tino del sendero, cansada y doliente, la muchacha se agarraba ahora a su pedazo de vida negra, con instinto de juventud y de esperanza, como si no tuviera las manos desgarradas de los zarzales del camino...; y era que en la hermosura prodiga de su tierra hasta las zarzas echaban flores!...

No sabia Carmen si queria a Fernando; no sabia tampoco si le olvidaba; solo supo que la vida la llamaba a gritos desde los campos y desde los bosques, desde las huertas y desde los nidos, desde el cielo irisado en

amaneceres risuenos y desde los espinos en flor.

Y ella volvía la cara hacia aquel lado donde la primavera nacía cantando amores, y sentía todo su ser congestionado por el hechizo de vivir y por la ilusión de amar....

Cuando se daba cuenta de haberse entregado a estos éxtasis humanos, seducida por las voces sordas de la Naturaleza, un espíritu de religiosa austeridad la hacía estremecerse, y su alma, poseída del afán del martirio y de la santidad, respondía con todas sus escasas fuerzas al reclamo implacable de aquel afán.

Era entonces cuando buscaba enardecida los libros devotos para aplacar en los manantiales de su doctrina la sed y la fatiga del corazón.

En aquel libro de tapas azules y letras de oro que Salvador le enviara en secreto, con una carta insinuante y tierna, había leído Carmen con emoción:

"No traigas yugo con los impíos, porque ¿qué comunicación tiene la justicia con la injusticia? O, ¿qué compañía la luz con las tinieblas? O, ¿qué concordia Cristo con Belial?... ¿Qué parte tiene el fiel con el infiel?... Por tanto, salid de en medio de ellos y apartaos, dice el Señor, y no toqueis lo que es inmundo".

Maravillada de la limpieza y altura de estas máximas del Evangelio, Carmen sentía crecer su repugnancia instintiva hacia la existencia y los seres de la casona, y miraba al cielo puro con un inconfeso anhelo de volar, con un callado presentimiento de las alas ligeras y giros alegres, abstraída con delicia en la contemplación de las mariposas y de las aves suspirando con hastío en su cárcel sombría de Rucanto.

En una de aquellas divinas horas de resurrección de tierras y corazones, Carmen subió a su observatorio del sobrado para mirar a la naciente primavera cara a cara y calentar al sol su alma aterida.

Todo el paisaje, en la calma de la tarde abrilena, cantaba un hosanna de triunfo; y del celaje diáfano, de la vegetación lujuriosa, de las hiedras humeantes y de las glebas en oro se alzaba en voz sin acentos, valiente y subyugadora, un fervido ¡aleluya! que a la niña de los ojos garzos le apreso el alma. Cautiva la tenía, puesta en una milagrosa sonrisa que había florecido en sus labios, cuando sintió tras de sí un jadeo de carne brava y un resuello caliente y brutal.

Sin tiempo para volverse a mirar se encontró prisionera en unos brazos duros y torpes, y el aliento de Andrés, apestando a vino, la encendió la cara.

No supo si fueron los labios del mozo una cosa ruscante que le dolió en el cuello, ni supo de donde había sacado ella un grito de furiosa rebeldía y una fuerza salvaje para desasirse de aquel abrazo exultante y ansioso.

Andrés, impulsado hacia atrás por las dos manos breves y nerviosas de la niña, dio un traspié no muy gallardo y soltó una palabrota soez.

Ella tocó casi el dintel de la habitación, y en aquel momento las dos hojas de la puertecilla se plegaron rápidas como por infernal conjuro y se corrió un pesado cerrojo, cerrándolas en firme, al son de una implacable risa de mujer....

Había llegado Andrés a la casona aquella mañana, desarrapado y sucio, borracho y rendido de fatiga en los bárbaros azares de sus aventuras. Su hermana le instó a dormir y a descansar sin descubrir su presencia; y espiando a Carmencita, la vio subir al sobrado, y fuese a despertar a la

fiera, azuzandola con el nombre de la muchacha y con la promesa de que arriba la hallaria sola y suya..., regalada..., ofrecida..., esperandole....

Le empujo hacia la escalera, poniendose un dedo en los labios en senal de silencio y prudencia, y Andres subio en calcetines y en mangas de camisa, como le habia sorprendido durmiendo aquella tentacion monstruosa....

Al ver el mozo como la puerta cerrada le aseguraba la presa, se rehizo sobre sus piernas, no muy fuertes, y avanzo de nuevo hacia Carmen con los brazos extendidos.

La alcanzo; la tuvo cenida y manoseada brutalmente; la tuvo saturada por su aliento avinagrado, maculada por sus besos voraces y estuosos.... Ya se reia, con una risa sadica y proterva, una risa de victoria y ufania.... Pero la muchacha se defendia, convulsa y desesperada, con denuedo asombroso y tenaz que centuplicaba sus fuerzas y ponía en sus ojos profundos una lumbre de sagrado furor.

Con la suprema vibracion de todos sus nervios, Carmen se desprendio por segunda vez de las garras feroces, y en aquel minuto de libertad providente le puso al mozo las dos manos en el pecho y le dio un empujon con todo el vigor juvenil de su noble sangre sublevada y de sus musculos en tension.

Andres, no muy libre de los vapores del vino, cansado y temblequeante, rodo por el suelo, levantando sobre el tillado trepido una nube de polvo.

El golpe recio de la caida retumbo por la casa abajo como el eco sordo de un trueno. El hombron, pataleando, con la boca llena de blasfemias y los punos crispados, trataba de levantarse, y Carmen media, con mirada de loca, la altura de la ventana.

Desdicha, el gato errante y hambriento, que habia presenciado aquella escena, huía por los aleros ondulantes con un galope de terror; y en un alambre tendido sobre el hueco de la tronera, dos golondrinas, recién llegadas, coqueteaban en un delicioso _palique_ discutiendo sus proyectos de anidar....

Andres ya se incorporaba rugiente, mascullando amenazas espantosas; y la muchacha, sin dar un grito, con los labios secos y los ojos llenos de llanto, le esperaba inmóvil, apoyando en la ventana sus brazos doloridos, sumida en un desesperado proposito.

Se abrio entonces la puerta, tras un violento coloquio de dos voces agudas y punzantes, y dona Rebeca aparecio en el umbral, oportuna y piadosa por primera vez en su vida. Carmen tenia, detras de sus lagrimas, una desgarradora expresion de extravio.

Se abalanzo hacia la puerta entornada y la traspuso, haciendo vacilar a la senora. En la escalera tropezo a Narcisa y la empujo, dejandola pegada a la pared, con la boca abierta. Atraveso la casa en una desalentada carrera, bajo al corral y a poco la portalada roja se cerraba con estrepito detras de la nina de Luzmela.

En pleno campo corrio sin tino, huyendo siempre....

En la casona, sobre la cumbre del tejado, _Desdicha_ maullaba con lastimera voz y las dos golondrinas rimaban dulcemente su poema de amor en el vano de la tronera.

IX

Nadie pudo averiguar por que artes diabolicas fue restituida Carmencita aquella misma noche a poder de dona Rebeca.

La vieron vagar por el campo como enajenada, con los, cabellos destrenzados y flotantes y la ropa abierta en turdigas.

Un pastorcillo de Luzmela, que tomando las ovejas la tropezo, oyola suspirar un nombre conocido, como en demanda de amparo, y ademas la vio tender sus manos en la sombra creciente de la noche y no atinar con ningun sendero y perderse en la soledad silente de la vega.

Al dia siguiente, despues de rumiar mucho aquel encuentro extrano, el pastorcillo llegose al palacio de su aldea a tiempo que la tarde caia, y pidiendo hablar al seniorito, le disparo este discurso:

--Que ayer vide a la nina de esta casa llorando y sola por las mieses y llamandole a uste.... Y que digo yo que iba muy desmelena y con el habito rompido....

Salvador, desalado, se aseguro:

--?Pero era ella, de cierto?

--Era ella, como yo soy Pablo....

--?Y como no has venido a escape?...

Lo cavile despacio y ahora, en un pronto, me determine....

Tampoco se supo en que tiempo inverosimil Salvador ensillo su caballo por si mismo; y mientras Rita clamaba a todos los santos del cielo y el pastor se quedaba con un palmo de narices, el volaba hacia Rucanto, en velocisima carrera, que levantaba chispazos de lumbre bajo las herraduras del potro.

Llegando a la casona, ato la brida del animal jadeante en el aldabon de la portalada y llamo con mayor solemnidad y brio que lo hiciera en reciente ocasion don Rodrigo el del Nidal.

No tenia Salvador cobardia ni miramientos como aquella otra vez que, a su regreso de Francia, espero en aquel mismo sitio, sobresaltado por el eco arrogante de su llamada.

A la moza que abrio la puerta le pregunto, aspero y breve:

--?La seniorita Carmen?

--Esta en la cama.

--?Que tiene?

--Una punta de calentura.... Saliose ayer de casa como una loca, y cuando la encontramos parecia que no estaba en sus cabales.... La acostamos, sin que haya querido desnudarse.... A usted le mienta mucho.... Manana dice la senora que llamara al medico....

--Manana, ?eh?--rugio Salvador.

Pisaba fuerte, estaba fuera de si, violento y arisco....

Llevame a su cuarto..., ipronto!--le dijo a la moza.

Fue la mujer delante, guiando por difíciles encrucijadas, y al llegar a una puerta en un rincón, dijo:

--Aquí es.

Entró el médico sin llamar; estaba el cuarto envuelto en la media luz del atardecer, y él fue derecho a la cama y, se inclinó sobre el cuerpo inerte de Carmencita.

Parecía que estaba dormida; pero a la blanda voz de su amigo abrió los ojos, y, mirándole con inquieta expresión, balbució:

--¿Eres tú?... ¡Cuánto has tardado!

--Pero ya no me voy sin ti--dijo él, energético y amoroso--. Aunque tú no quieras, te llevo ahora mismo.

Parecía que quería clavarle sus palabras en el corazón, mientras la pulsaba con ansiedad devoradora.

Ella dijo, con acento mimoso de niña pequeña:

--Sí, yo quiero que me lleves.... Pero ¿cómo?... No puedo andar.... Estoy muy cansada....

--Tengo abajo al _Romero_, ¿sabes? Nos lleva a los dos en un vuelo.

--¿En un vuelo?--murmuró Carmen con deleite--. Yo tengo muchas ganas de volar....

Salvador temió que delirase. Tenía un poco de fiebre y estaba muy decaída.

Se oyó un rumorcito en la puerta y avanzaron unos pasos de duende por la estancia.

El médico, sin hacer caso de que entraba doña Rebeca, le dijo a la niña:

--Te bajare en brazos.... Vamos en seguida.... ¿No tienes un abrigo?

Y paseó una mirada por el cuarto, que tenía un dramático aspecto de pobreza.

Estaban los muebles en desorden y empolvados, las sábanas del lecho amarillentas y mal zurcidas, y sobre la colcha rameada, tumbado como un despojo, el Niño Jesús, calvo y tuerto, lleno de heridas y con la túnica desgarrada.

La propia Carmencita completaba aquel cuadro de punzadora tristeza.

Tenía el vestido hecho pedazos, enmarañado el cabello, las unas sucias y el semblante demudado y miedoso.... La lucha horrible del día anterior había dejado en sus delicadas muñecas unas manchas carbonadas.

Salvador midió con aquella sola mirada la escena desoladora, y no solo con pena, sino con ira, con imperio y furor, le dijo a doña Rebeca:

--¡A ver, un abrigo; tenemos mucha prisa!

--Pero ¿adónde van ustedes?--arguyó la vieja, estupefacta.

Carmen se asió a una mano de Salvador, atemorizada, mientras él respondía orgulloso:

--Vamos a la paz y al amor...; vamos a Luzmela....

--?Tambien Carmen? Eso no puede ser--quiso decir la senora, afilando el grifo de su vocecilla.

Pero el medico no la dejo engallarse, y la interrumpio:

--Carmen tambien.

--?Y con que derecho se la quiere usted llevar?

--La llevo... porque es mia.

--?Suya?... Pero esta enferma....

--Yo la sanare....

--Eso no puede ser.... Es imposible--repitio.

Salvador la agarro por un brazo y la llevo al otro extremo de la habitacion, casi en vilo.

Ella iba chillando:

--iAy..., ay..., ay!...

La ordeno el, zarandeandola:

--Callese usted, dona,... Bruja, y escuche.... Cabe en lo posible que Carmen renuncie la herencia de su padre en favor de usted..., y cabe en lo posible que reclame su legado.... Esto depende de que usted nos deje o no ir en paz.... Y ahora, pronto, un abrigo; no espero ni un minuto mas.

Dona Rebeca salio del cuarto como una centella y en seguida volvio con un chal en la mano.

Carmen, incorporada y anhelante, decia:

--Me llevare mi Nino Jesus....

Pero Salvador la alzo en sus brazos, envuelta en el chal, protestando:

--De aqui no te llevas nada....

Y salio con ella triunfalmente, con la gallardia de un galan de comedia.

En la antesala, una sombra siniestra se doblo, tal vez en reverencia de ironica despedida, tal vez al peso de una maldicion secreta.

Y en el patio enlosado y en el corral, abierto a una palida luna recién nacida, se percibia un rumor cauteloso y tetrico, como de cipresal mecido por un halito de muerte....

X

Que alegre sono el golpazo postrero de la puerta roja detras de los dos viajeros!

Carmen, segura en los brazos firmes y cuidadosos de su amigo, se dejaba mecer y regalar como un nino en la cuna.

Habia dado un suspiro de profundo alivio, y todo el gozo de la noche azul se le metia en el alma, con halagos de primavera y de ilusion.

Sobre la frente inmaculada de la joven se alzaba como un nimbo el oro de la barba rizada de Salvador, que parecia hermoso con el victorioso encendimiento de sus ojos zarcos, la sonrisa de noble ufaneza y el bizarro alarde con que amparaba a Carmen junto al corazon. Refrenando el impaciente retorno del _Romero_, desafiaba al porvenir, alta la frente, y gloriosa la vida, abierto con sumision el campo a su carrera y abierta con dulzura la noche a su mirada.

La brisa odorante de la campina corria a la par del _Romero_. La brisa columpiaba las flores, leda y gentil, muy acariciadora, y el caballo andaluz, fino y esbelto, bebia brisa y aromas, dejandoles al pasar la espuma blanca de su aliento.

Cuchicheaba la vida un secreto rumor de promesas en el misterio delicioso de aquella noche de amor, y acompasada con el ritmo solemne de la Naturaleza, la voz de Salvador, apasionada y feliz, secretaba al oido de Carmen:

--Ahora siempre vas a estar fuerte y gozosa; ahora vas a ser otra vez la reina de Luzmela... y, ademas, la reina de mi vida.

Ella se estrechaba suspirante contra el pecho del mozo, y decia:

--Tengo sueno....

Con los labios sobre los cabellos enmaranados de la nina, le iba contando el medico un cuento de hadas.

--Duermete y suena, que yo te voy a regalar unas cosas muy bonitas.... Vestidos de seda, cadenas de oro, anillos y pendientes....

Alzo ella la cabeza con un infantil movimiento de curiosidad, y sonrio, murmurando:

--¡Que precioso!...

--Y tendras--anadio la voz sugestionadora--una cama dorada, con panos de brocatel...; un tocador vestido de encajes..., ¿quieres?...; unas anforas de bronce llenas de rosas....

Carmen, levemente, como en el extasis de un encantamiento, respondia:

--Si....

--Y tendras un Nino Jesus hermoso, con tunica de damasco y corona de plata, dueno del altar elegante de la capilla, sonriente, mirandote con los santos ojos, sanos y dulces...; ¿tu no sabes que Dios es muy hermoso?

--Si....

--Pues ¿como te empenabas en amarle unicamente en aquel Nino tuerto, calvo y sucio de la casona?

--Me daba lastima....

--Y Dios ¿no inspira mas que lastima?

--Yo no se....

--Dios, alma mia, inspira admiracion suma y fervor y entusiasmos y

alegrías. Dios hace sonreír.... Dios hace gozar....

--¿Hace gozar?--interrogo la muchacha, con ansiedad de antojo.

--Ya lo creo--afirmaba la voz convicta y enamorada--. Todo lo bello y santo de la vida, Dios nos lo da para disfrutarlo.... ¿No ves la noche, que encantadora?... Pues es nuestra y de Dios....

Ella paseó los ojos un instante por la paz divina de aquella hora, y otra vez respondió:

--Sí....

--Yo te llevaré--contaba Salvador--a ver muchas cosas admirables que hay en el mundo.... Iremos por la tierra y por el mar curioseando la vida....

--Pero Carmen interrumpió, pronta y asustada:

--Por el mar no....

--¿Le tienes miedo?

Dijo la niña, con timidez humilde:

--Tengo miedo a los barcos....

Y la imagen apuesta de Fernando flotó un segundo, al claror de la luna, delante de los viajeros, sonreidora y liviana, como una tentación.

Pero el médico, transformado ya en un hombre impetuoso y triunfador, seguro, audaz:

--Tu ya no tendrás miedo a nada...; tu serás mi mujercita..., mi gloria, y ya nadie jamás podrá darte, ni perseguirte, ni hacerte llorar...; ¿no sabes que vamos a la paz y a la dicha?...; ¿no sabes que vamos a Luzmela?

Carmen, toda estremecida, toda confusa por un vago tropel de pensamientos y sensaciones, se desvinculó un poco de los brazos que la mecían, y mirando a Salvador con hondo afán, le preguntó:

--Dime: ¿quién era mi padre?

Él detuvo un minuto la respuesta y luego dijo, con acento cálido y seguro:

--El amor.

La niña, incrédula, pero fascinada, sonreía.

--¿Y mi madre?

--El amor.

Tornó ella a sonreír, sacudiendo sobre su frente las crenchas rebeldes del cabello; después, muy ansiosa, volvió a preguntar:

--Y tú..., ¿quién eres?

Otra vez dijo la voz, convencida:

--El amor.

Y el amor fue a buscar, sediento, un beso en los labios preguntones de

la muchacha.

Pero ella le detuvo con un breve gesto de mujer, lleno de gracia, ordenandole:

--Espera....

Y en seguida, como si ya no quisiera mas palique ni tuviera mas ansiedades, se volvio a recostar con abandono inocente en los brazos amigos, musitando:

--Tengo sueno....

Salvador, acogendola como cuando era chiquita, todavia quiso averiguar:

--Y ?que espero, di, Carmencita?

--Espera que yo descanse.... Espera que amanezca y que salga el sol....

En la temperie blanda de la noche resbalaron estas palabras pias, con inflexiones armoniosas de romance, y la mansa brisa que corria a la par del _Romero_ fue llevando el eco de la voz romancesca por los confines serenos del paisaje.

Entonces, en la adumbracion del bosque senero y en el cantar ululante del _Salia_, la resonancia maravillosa de aquella voz repitio, intensa y vibrante:

--iEspera!...

Y los rizos murmurantes de las hojas nuevas, y las resplandecias apacibles del cielo, y el olor generoso de la tierra, y toda la respiracion misteriosa y profunda de la vida, repitieron en un solo acento, penetrante y firme:

--iEspera!...

Ya la torre de Luzmela, un poco desalmenada, seria y noble, se recostaba en el azul sin mancha del celaje.

Un gallo trasnochador lanzo su canto estridente fuera de las tapias enzarzadas de su corral.

El potro andaluz, instigado por la querencia de la cuadra, dejo deshacerse en el viento, con un bravo resoplido, el ultimo copo blanco de espuma.

Carmen descansaba en regalada quietud, tal vez sonando con el Dios bienhechor y piadoso de las almas buenas, y Salvador, inflamado de anhelos, saboreaba la inmensa felicidad de luchar y de sufrir con la esperanza en los brazos.

XI

Cuando Rita recibio a la puerta del palacio el maltratado cuerpo de su nina, tomole bajo su cuidado como un sagrado deposito y le hizo reposar entre lienzos albos y finos, orlados de puntillas, en la cama dorada, bajo la colcha joyante y rica....

Mimada y socorrida, hermoseada por la limpieza y el esmero, con el cabello alisado sobre las sienes y el alma aquietada, la nina de Luzmela

cerro los ojos en la placidez de un sueño leve, incompleto, que no la desligaba de la realidad y la permitía memorar los suplicios de sus cinco años de esclavitud al través de la sonrisa de su libertad.

En el dulce sopor de aquellas horas, cobijada por la piedad y el amor, Carmen sentía una secreta voluptuosidad en remover las imágenes espantosas de la casa de Rucanto y hacerlas desfilar en su memoria como una procesión negra, maldita y condenada.

Con su breve mano de niña levantaba el velo de compasión que había echado siempre su bondad sobre aquella familia enloquecida y bárbara, y se iban presentando en la escena de sus dolores la hermana y los sobrinos de don Manuel en traza alegórica, en caricatura de miedo y de risa.

Dona Rebeca iba delante, montada en una escoba; llevaba a medio cubrir las piernas, secas y nudosas como lenos, y en los pies unas alpargatas cenicientas.

La melena blanca, corta y, desigual, agitabase erizada, sacudida por el viento; lucía un corpiño de color de ala de mosca, prendido con alfileres, y en la falda, mezquina y desgarrada, un landre voluminoso lleno de llaves de alacenas, cofres y arcas.... Iba cantando, en voz de falsete, planidera y, tenaz, una extraña canción hecha con refranes y majaderías.

Marchaba detrás Narcisca, muy tiesa, con la cara verde y el traje amarillo; llevaba en el pecho una margarita blanca muy marchita. Le habían puesto en los labios un candado cruel y tenía en los codos dos bocas horribles, abiertas por sangrienta desgarradura de la carne en una explosión de sapos y culebras.

Detrás de Narcisca se arrastraba Andrés "a cuatro patas", sobre un charco de vino hediondo, luchando por levantarse, en un pataleo intercalado de blasfemias y amenazas.

Después llegaba Julio, amortajado, andando sin pasos ni ruidos, como un alma en pena; había desmesuradamente los ojos, con expresión satánica, y lanzaba unas desatinadas imploraciones.

Pasaron todos y se fueron alejando en una sombra espesa y flotante, húmeda y fatal, como nube preñada de tormenta, mientras Carmencita, desde la blandura suave de su lecho, sonreía con una sutilísima sensación de placer.

Cuando la procesión temerosa había desaparecido, se presentó en remota lejanía la silueta gentil de Fernando; llevaba en la mano un ramillete de borrajas y una gorra de marino sobre el endrino pelo rizado.

A Carmen se le aceleró entonces el corazón con un latido ardiente, y la imagen de Fernando se inclinó, muy galante y zarandera, para ofrecer el ramo de flores a una moza que pasaba. Carmen no la conocía...; ¿quién sería?... Le pareció que le estaban diciendo al oído, con oficiosidad maliciosa:—Si...; es Rosa, la del molino; una de mucho empaque..., pinturosa de la rama....

La niña de Luzmela volvió la cabeza hacia otro lado, muy despreciativa, con un desdenoso gesto de mujer de calidad.... Se había encalmado ya su corazón en un compás armonioso y grato.

Abrió los ojos, sus divinos ojos oscuros, encendidos otra vez con un sano fulgor de alegría, y vio como la luna, al través de los vidrios descubiertos, ponía a los pies de su cama una pálida alfombra de luz que iluminaba tímidamente toda la habitación.

Con aquel rutilo gozo de la noche alumbro la muchacha la memoria de los serenos días que disfruto en aquella noble casa, hasta la infausta hora de la muerte del hidalgo.

Siempre que el recuerdo de aquella muerte le acudía, sentía en torno suyo el sordo rumor de unas alas hostiles y el graznido agorero de un ave siniestra.

Un fatalismo implacable la sacudió obligándola a incorporarse, tremula, bajo aquel susto misterioso, huyendo del vuelo torpe y del canto augural.

Vio entonces a Salvador, vigilante y desvelado, contemplándola con insaciables arrobos, con infinita y atenta solicitud.

Ella, sin sorpresa, segura de que allí la estaba acompañando el constante amigo de su alma, le preguntó, con voz lagrimeante de niña miedosa:

--?Todavía vuela por aquí la _netigua?_

Salvador ignoraba que Carmen unía siempre a la idea de la muerte la aparición del ave fatídica; pero al notar el entristecimiento de su semblante, adivinador y cuidadoso, le dijo, como quien cuenta una infantil conseja:

--Ya no volverá la _netigua_ nunca a volar sobre tu jardín. Yo la maté, ¿no sabes?, con mi escopeta cazadora, desde el balcón de mi cuarto. Cayó, sin vida, encima de un rosal, y me costó encontrarla, porque las flores que ella lastimó al caer la cubrieron de hojas....

--?Toda la cubrieron?

--Toda; y así, cubierta de rosas, la hice enterrar.... ¡Ya no hay _netigua_!...

Carmen, con voz de maravilla, repitió como un eco:

--¡Ya no hay _netigua_!

Y, con la cara radiante, posó otra vez en la almohada su cabeza peregrina.

Salvador la pulso, acariciándola como a un ángel o como a un niño, blanda y dulcemente. La fiebre que, al atardecer, la enardecía, había remitido en el bienhechor reposo de aquellas últimas horas, y al esconder los ojos a la sombra ideal de las pestañas, el buen sueño reparador la besó en los párpados, hasta que, vigilada de cerca por el amor, se quedó dormida.

XII

Engendrada en el seno recatado de aquella noche de abril, nació la primera mañana de mayo, rasgando los tules candidos de la aurora desenvolviéndose, con divina gracia, del manto azulino que la luna había puesto pálido de luz.

Todo el júbilo de la primavera se asomó al cielo y se fundió en un azul profundo, nuevo y triunfante, que recortó en su intensidad milagrosa los montes gigantes, los bravos montes de Cantabria.

Blanquearon en el valle todos los senderos, tendidos sobre el verde lozano de mieses y praderas, y en todos los nidos se inicio una armonia de gorjeos, y en todas las hojas rezaron las brisas una plegaria henchida de misteriosas promesas, impregnada de secretas caricias.

Las aguas del _Salia_, mugientes y espumosas, aplacieron su cantar valiente en una mansedumbre de homenaje, como diciendole "un escucho" de amor a la manana.

En los surcos floridos de la vega, tambien las mansas arroyadas le contaron una dulce querella a la luz gloriosa que nacia.

Y toda la tierra fue aromas, y todo el aire armonias, y toda la vida resurreccion y victoria....

El alma de Salvador estaba de rodillas, afanosa y esperanzada, delante de aquel amanecer feliz.

Carmen le habia dicho: "Espera que yo descanse, espera que amanezca..., espera que salga el sol...."

Y llegaba, por fin, la hora bendita, la hora sonada, la sublime hora....

El medico miraba, extatico, a su amada, dormida, entregada a el en abandono de fraternal confianza, segura y serena bajo la egida del noble amor....

Una deliciosa brisa, saturada de la belleza y la poesia de la manana, bajo al jardin, muy despacito, despues de besar en silencio la ventana de Carmen; a su paso, todas las flores hicieron a compas una graciosa reverencia.... Se prendio en los cielos el primer rayo de sol y Carmen abrio los ojos.

Acaricio con mirada curiosa la habitacion, elegante y alegre, y miro a Salvador, fascinada, muy, sorprendida.... Venia del pais del sueno y del olvido.

Gozandose el en aquel asombro risueno, le conto:

--Anoche te salve; te redimi; te traje conmigo a la paz y al amor, ¿no te acuerdas?... Aqui esta la primavera, vestida de galas para ti...; aqui esta mayo, loco de alegria, lleno de rosas...; aqui esta la manana de mi esperanza.... Carmen, ¡acuérdate!: ha salido el sol.... Dios te mira y te sonrie y te ofrece la felicidad...; ya se acabaron las sombras de tus penas..., ya toda la vida para ti es luz....

Ella, posesionada de la realidad hermosa de aquel dia, con sus ilusiones que se despertaban y sus ansias que renacian, miro a Salvador con inefable promesa, y haciendo una sola frase elocuente y candida, respondio unicamente:

--Si..., ya me acuerdo...: ¡estamos en Luzmela!...

INDICE

PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE

TERCERA PARTE

End of the Project Gutenberg EBook of La Nina de Luzmela, by Concha Espina

*** END OF THIS PROJECT GUTENBERG EBOOK LA NINA DE LUZMELA ***

***** This file should be named 11657.txt or 11657.zip *****

This and all associated files of various formats will be found in:

<http://www.gutenberg.net/1/1/6/5/11657/>

Produced by Stan Goodman, Virginia Paque and the Online Distributed Proofreading Team.

Updated editions will replace the previous one--the old editions will be renamed.

Creating the works from public domain print editions means that no one owns a United States copyright in these works, so the Foundation (and you!) can copy and distribute it in the United States without permission and without paying copyright royalties. Special rules, set forth in the General Terms of Use part of this license, apply to copying and distributing Project Gutenberg-tm electronic works to protect the PROJECT GUTENBERG-tm concept and trademark. Project Gutenberg is a registered trademark, and may not be used if you charge for the eBooks, unless you receive specific permission. If you do not charge anything for copies of this eBook, complying with the rules is very easy. You may use this eBook for nearly any purpose such as creation of derivative works, reports, performances and research. They may be modified and printed and given away--you may do practically ANYTHING with public domain eBooks. Redistribution is subject to the trademark license, especially commercial redistribution.

*** START: FULL LICENSE ***

THE FULL PROJECT GUTENBERG LICENSE
PLEASE READ THIS BEFORE YOU DISTRIBUTE OR USE THIS WORK

To protect the Project Gutenberg-tm mission of promoting the free distribution of electronic works, by using or distributing this work (or any other work associated in any way with the phrase "Project Gutenberg"), you agree to comply with all the terms of the Full Project Gutenberg-tm License (available with this file or online at <http://gutenberg.net/license>).

Section 1. General Terms of Use and Redistributing Project Gutenberg-tm electronic works

1.A. By reading or using any part of this Project Gutenberg-tm electronic work, you indicate that you have read, understand, agree to and accept all the terms of this license and intellectual property (trademark/copyright) agreement. If you do not agree to abide by all the terms of this agreement, you must cease using and return or destroy all copies of Project Gutenberg-tm electronic works in your possession.

If you paid a fee for obtaining a copy of or access to a Project Gutenberg-tm electronic work and you do not agree to be bound by the terms of this agreement, you may obtain a refund from the person or entity to whom you paid the fee as set forth in paragraph 1.E.8.

1.B. "Project Gutenberg" is a registered trademark. It may only be used on or associated in any way with an electronic work by people who agree to be bound by the terms of this agreement. There are a few things that you can do with most Project Gutenberg-tm electronic works even without complying with the full terms of this agreement. See paragraph 1.C below. There are a lot of things you can do with Project Gutenberg-tm electronic works if you follow the terms of this agreement and help preserve free future access to Project Gutenberg-tm electronic works. See paragraph 1.E below.

1.C. The Project Gutenberg Literary Archive Foundation ("the Foundation" or PGLAF), owns a compilation copyright in the collection of Project Gutenberg-tm electronic works. Nearly all the individual works in the collection are in the public domain in the United States. If an individual work is in the public domain in the United States and you are located in the United States, we do not claim a right to prevent you from copying, distributing, performing, displaying or creating derivative works based on the work as long as all references to Project Gutenberg are removed. Of course, we hope that you will support the Project Gutenberg-tm mission of promoting free access to electronic works by freely sharing Project Gutenberg-tm works in compliance with the terms of this agreement for keeping the Project Gutenberg-tm name associated with the work. You can easily comply with the terms of this agreement by keeping this work in the same format with its attached full Project Gutenberg-tm License when you share it without charge with others.

1.D. The copyright laws of the place where you are located also govern what you can do with this work. Copyright laws in most countries are in a constant state of change. If you are outside the United States, check the laws of your country in addition to the terms of this agreement before downloading, copying, displaying, performing, distributing or creating derivative works based on this work or any other Project Gutenberg-tm work. The Foundation makes no representations concerning the copyright status of any work in any country outside the United States.

1.E. Unless you have removed all references to Project Gutenberg:

1.E.1. The following sentence, with active links to, or other immediate access to, the full Project Gutenberg-tm License must appear prominently whenever any copy of a Project Gutenberg-tm work (any work on which the phrase "Project Gutenberg" appears, or with which the phrase "Project Gutenberg" is associated) is accessed, displayed, performed, viewed, copied or distributed:

This eBook is for the use of anyone anywhere at no cost and with almost no restrictions whatsoever. You may copy it, give it away or re-use it under the terms of the Project Gutenberg License included with this eBook or online at www.gutenberg.net

1.E.2. If an individual Project Gutenberg-tm electronic work is derived from the public domain (does not contain a notice indicating that it is posted with permission of the copyright holder), the work can be copied and distributed to anyone in the United States without paying any fees or charges. If you are redistributing or providing access to a work with the phrase "Project Gutenberg" associated with or appearing on the work, you must comply either with the requirements of paragraphs 1.E.1 through 1.E.7 or obtain permission for the use of the work and the Project Gutenberg-tm trademark as set forth in paragraphs 1.E.8 or 1.E.9.

1.E.3. If an individual Project Gutenberg-tm electronic work is posted with the permission of the copyright holder, your use and distribution must comply with both paragraphs 1.E.1 through 1.E.7 and any additional terms imposed by the copyright holder. Additional terms will be linked to the Project Gutenberg-tm License for all works posted with the permission of the copyright holder found at the beginning of this work.

1.E.4. Do not unlink or detach or remove the full Project Gutenberg-tm License terms from this work, or any files containing a part of this work or any other work associated with Project Gutenberg-tm.

1.E.5. Do not copy, display, perform, distribute or redistribute this electronic work, or any part of this electronic work, without prominently displaying the sentence set forth in paragraph 1.E.1 with active links or immediate access to the full terms of the Project Gutenberg-tm License.

1.E.6. You may convert to and distribute this work in any binary, compressed, marked up, nonproprietary or proprietary form, including any word processing or hypertext form. However, if you provide access to or distribute copies of a Project Gutenberg-tm work in a format other than "Plain Vanilla ASCII" or other format used in the official version posted on the official Project Gutenberg-tm web site (www.gutenberg.net), you must, at no additional cost, fee or expense to the user, provide a copy, a means of exporting a copy, or a means of obtaining a copy upon request, of the work in its original "Plain Vanilla ASCII" or other form. Any alternate format must include the full Project Gutenberg-tm License as specified in paragraph 1.E.1.

1.E.7. Do not charge a fee for access to, viewing, displaying, performing, copying or distributing any Project Gutenberg-tm works unless you comply with paragraph 1.E.8 or 1.E.9.

1.E.8. You may charge a reasonable fee for copies of or providing access to or distributing Project Gutenberg-tm electronic works provided that

- You pay a royalty fee of 20% of the gross profits you derive from the use of Project Gutenberg-tm works calculated using the method you already use to calculate your applicable taxes. The fee is owed to the owner of the Project Gutenberg-tm trademark, but he has agreed to donate royalties under this paragraph to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation. Royalty payments must be paid within 60 days following each date on which you prepare (or are legally required to prepare) your periodic tax returns. Royalty payments should be clearly marked as such and sent to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation at the address specified in Section 4, "Information about donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation."
- You provide a full refund of any money paid by a user who notifies you in writing (or by e-mail) within 30 days of receipt that s/he does not agree to the terms of the full Project Gutenberg-tm License. You must require such a user to return or destroy all copies of the works possessed in a physical medium and discontinue all use of and all access to other copies of Project Gutenberg-tm works.
- You provide, in accordance with paragraph 1.F.3, a full refund of any money paid for a work or a replacement copy, if a defect in the electronic work is discovered and reported to you within 90 days of receipt of the work.
- You comply with all other terms of this agreement for free

distribution of Project Gutenberg-tm works.

1.E.9. If you wish to charge a fee or distribute a Project Gutenberg-tm electronic work or group of works on different terms than are set forth in this agreement, you must obtain permission in writing from both the Project Gutenberg Literary Archive Foundation and Michael Hart, the owner of the Project Gutenberg-tm trademark. Contact the Foundation as set forth in Section 3 below.

1.F.

1.F.1. Project Gutenberg volunteers and employees expend considerable effort to identify, do copyright research on, transcribe and proofread public domain works in creating the Project Gutenberg-tm collection. Despite these efforts, Project Gutenberg-tm electronic works, and the medium on which they may be stored, may contain "Defects," such as, but not limited to, incomplete, inaccurate or corrupt data, transcription errors, a copyright or other intellectual property infringement, a defective or damaged disk or other medium, a computer virus, or computer codes that damage or cannot be read by your equipment.

1.F.2. LIMITED WARRANTY, DISCLAIMER OF DAMAGES - Except for the "Right of Replacement or Refund" described in paragraph 1.F.3, the Project Gutenberg Literary Archive Foundation, the owner of the Project Gutenberg-tm trademark, and any other party distributing a Project Gutenberg-tm electronic work under this agreement, disclaim all liability to you for damages, costs and expenses, including legal fees. YOU AGREE THAT YOU HAVE NO REMEDIES FOR NEGLIGENCE, STRICT LIABILITY, BREACH OF WARRANTY OR BREACH OF CONTRACT EXCEPT THOSE PROVIDED IN PARAGRAPH F3. YOU AGREE THAT THE FOUNDATION, THE TRADEMARK OWNER, AND ANY DISTRIBUTOR UNDER THIS AGREEMENT WILL NOT BE LIABLE TO YOU FOR ACTUAL, DIRECT, INDIRECT, CONSEQUENTIAL, PUNITIVE OR INCIDENTAL DAMAGES EVEN IF YOU GIVE NOTICE OF THE POSSIBILITY OF SUCH DAMAGE.

1.F.3. LIMITED RIGHT OF REPLACEMENT OR REFUND - If you discover a defect in this electronic work within 90 days of receiving it, you can receive a refund of the money (if any) you paid for it by sending a written explanation to the person you received the work from. If you received the work on a physical medium, you must return the medium with your written explanation. The person or entity that provided you with the defective work may elect to provide a replacement copy in lieu of a refund. If you received the work electronically, the person or entity providing it to you may choose to give you a second opportunity to receive the work electronically in lieu of a refund. If the second copy is also defective, you may demand a refund in writing without further opportunities to fix the problem.

1.F.4. Except for the limited right of replacement or refund set forth in paragraph 1.F.3, this work is provided to you 'AS-IS', WITH NO OTHER WARRANTIES OF ANY KIND, EXPRESS OR IMPLIED, INCLUDING BUT NOT LIMITED TO WARRANTIES OF MERCHANTABILITY OR FITNESS FOR ANY PURPOSE.

1.F.5. Some states do not allow disclaimers of certain implied warranties or the exclusion or limitation of certain types of damages. If any disclaimer or limitation set forth in this agreement violates the law of the state applicable to this agreement, the agreement shall be interpreted to make the maximum disclaimer or limitation permitted by the applicable state law. The invalidity or unenforceability of any provision of this agreement shall not void the remaining provisions.

1.F.6. INDEMNITY - You agree to indemnify and hold the Foundation, the trademark owner, any agent or employee of the Foundation, anyone providing copies of Project Gutenberg-tm electronic works in accordance

with this agreement, and any volunteers associated with the production, promotion and distribution of Project Gutenberg-tm electronic works, harmless from all liability, costs and expenses, including legal fees, that arise directly or indirectly from any of the following which you do or cause to occur: (a) distribution of this or any Project Gutenberg-tm work, (b) alteration, modification, or additions or deletions to any Project Gutenberg-tm work, and (c) any Defect you cause.

Section 2. Information about the Mission of Project Gutenberg-tm

Project Gutenberg-tm is synonymous with the free distribution of electronic works in formats readable by the widest variety of computers including obsolete, old, middle-aged and new computers. It exists because of the efforts of hundreds of volunteers and donations from people in all walks of life.

Volunteers and financial support to provide volunteers with the assistance they need, is critical to reaching Project Gutenberg-tm's goals and ensuring that the Project Gutenberg-tm collection will remain freely available for generations to come. In 2001, the Project Gutenberg Literary Archive Foundation was created to provide a secure and permanent future for Project Gutenberg-tm and future generations. To learn more about the Project Gutenberg Literary Archive Foundation and how your efforts and donations can help, see Sections 3 and 4 and the Foundation web page at <http://www.pglaf.org>.

Section 3. Information about the Project Gutenberg Literary Archive Foundation

The Project Gutenberg Literary Archive Foundation is a non profit 501(c)(3) educational corporation organized under the laws of the state of Mississippi and granted tax exempt status by the Internal Revenue Service. The Foundation's EIN or federal tax identification number is 64-6221541. Its 501(c)(3) letter is posted at <http://pglaf.org/fundraising>. Contributions to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation are tax deductible to the full extent permitted by U.S. federal laws and your state's laws.

The Foundation's principal office is located at 4557 Melan Dr. S. Fairbanks, AK, 99712., but its volunteers and employees are scattered throughout numerous locations. Its business office is located at 809 North 1500 West, Salt Lake City, UT 84116, (801) 596-1887, email business@pglaf.org. Email contact links and up to date contact information can be found at the Foundation's web site and official page at <http://pglaf.org>

For additional contact information:

Dr. Gregory B. Newby
Chief Executive and Director
gbnewby@pglaf.org

Section 4. Information about Donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation

Project Gutenberg-tm depends upon and cannot survive without wide spread public support and donations to carry out its mission of increasing the number of public domain and licensed works that can be freely distributed in machine readable form accessible by the widest array of equipment including outdated equipment. Many small donations (\$1 to \$5,000) are particularly important to maintaining tax exempt status with the IRS.

The Foundation is committed to complying with the laws regulating

charities and charitable donations in all 50 states of the United States. Compliance requirements are not uniform and it takes a considerable effort, much paperwork and many fees to meet and keep up with these requirements. We do not solicit donations in locations where we have not received written confirmation of compliance. To SEND DONATIONS or determine the status of compliance for any particular state visit <http://pglaf.org>

While we cannot and do not solicit contributions from states where we have not met the solicitation requirements, we know of no prohibition against accepting unsolicited donations from donors in such states who approach us with offers to donate.

International donations are gratefully accepted, but we cannot make any statements concerning tax treatment of donations received from outside the United States. U.S. laws alone swamp our small staff.

Please check the Project Gutenberg Web pages for current donation methods and addresses. Donations are accepted in a number of other ways including including checks, online payments and credit card donations. To donate, please visit: <http://pglaf.org/donate>

Section 5. General Information About Project Gutenberg-tm electronic works.

Professor Michael S. Hart is the originator of the Project Gutenberg-tm concept of a library of electronic works that could be freely shared with anyone. For thirty years, he produced and distributed Project Gutenberg-tm eBooks with only a loose network of volunteer support.

Project Gutenberg-tm eBooks are often created from several printed editions, all of which are confirmed as Public Domain in the U.S. unless a copyright notice is included. Thus, we do not necessarily keep eBooks in compliance with any particular paper edition.

Each eBook is in a subdirectory of the same number as the eBook's eBook number, often in several formats including plain vanilla ASCII, compressed (zipped), HTML and others.

Corrected EDITIONS of our eBooks replace the old file and take over the old filename and etext number. The replaced older file is renamed. VERSIONS based on separate sources are treated as new eBooks receiving new filenames and etext numbers.

Most people start at our Web site which has the main PG search facility:

<http://www.gutenberg.net>

This Web site includes information about Project Gutenberg-tm, including how to make donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation, how to help produce our new eBooks, and how to subscribe to our email newsletter to hear about new eBooks.

EBooks posted prior to November 2003, with eBook numbers BELOW #10000, are filed in directories based on their release date. If you want to download any of these eBooks directly, rather than using the regular search system you may utilize the following addresses and just download by the etext year. For example:

<http://www.gutenberg.net/etext06>

(Or /etext 05, 04, 03, 02, 01, 00, 99, 98, 97, 96, 95, 94, 93, 92, 91 or 90)

EBooks posted since November 2003, with etext numbers OVER #10000, are filed in a different way. The year of a release date is no longer part of the directory path. The path is based on the etext number (which is identical to the filename). The path to the file is made up of single digits corresponding to all but the last digit in the filename. For example an eBook of filename 10234 would be found at:

<http://www.gutenberg.net/1/0/2/3/10234>

or filename 24689 would be found at:

<http://www.gutenberg.net/2/4/6/8/24689>

An alternative method of locating eBooks:

<http://www.gutenberg.net/GUTINDEX.ALL>

Livros Grátis

(<http://www.livrosgratis.com.br>)

Milhares de Livros para Download:

[Baixar livros de Administração](#)

[Baixar livros de Agronomia](#)

[Baixar livros de Arquitetura](#)

[Baixar livros de Artes](#)

[Baixar livros de Astronomia](#)

[Baixar livros de Biologia Geral](#)

[Baixar livros de Ciência da Computação](#)

[Baixar livros de Ciência da Informação](#)

[Baixar livros de Ciência Política](#)

[Baixar livros de Ciências da Saúde](#)

[Baixar livros de Comunicação](#)

[Baixar livros do Conselho Nacional de Educação - CNE](#)

[Baixar livros de Defesa civil](#)

[Baixar livros de Direito](#)

[Baixar livros de Direitos humanos](#)

[Baixar livros de Economia](#)

[Baixar livros de Economia Doméstica](#)

[Baixar livros de Educação](#)

[Baixar livros de Educação - Trânsito](#)

[Baixar livros de Educação Física](#)

[Baixar livros de Engenharia Aeroespacial](#)

[Baixar livros de Farmácia](#)

[Baixar livros de Filosofia](#)

[Baixar livros de Física](#)

[Baixar livros de Geociências](#)

[Baixar livros de Geografia](#)

[Baixar livros de História](#)

[Baixar livros de Línguas](#)

[Baixar livros de Literatura](#)
[Baixar livros de Literatura de Cordel](#)
[Baixar livros de Literatura Infantil](#)
[Baixar livros de Matemática](#)
[Baixar livros de Medicina](#)
[Baixar livros de Medicina Veterinária](#)
[Baixar livros de Meio Ambiente](#)
[Baixar livros de Meteorologia](#)
[Baixar Monografias e TCC](#)
[Baixar livros Multidisciplinar](#)
[Baixar livros de Música](#)
[Baixar livros de Psicologia](#)
[Baixar livros de Química](#)
[Baixar livros de Saúde Coletiva](#)
[Baixar livros de Serviço Social](#)
[Baixar livros de Sociologia](#)
[Baixar livros de Teologia](#)
[Baixar livros de Trabalho](#)
[Baixar livros de Turismo](#)